

APRIL AYERS LAWSON

---

*Virgen  
y otros relatos*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

Portada

Virgen

Tres amigas en una hamaca

Así es como tienes que tocar siempre

Los efectos negativos de la educación en casa

Vulnerabilidad

Agradecimientos

Créditos

*Para mi abuela, Francis Rothel,  
cuyo versículo favorito era:  
«Porque no nos ha dado Dios espíritu de cobardía,  
sino de poder, de amor y de dominio propio» (2 Timoteo 1, 7)*

Virgen

## I

Jake no tenía intención de mirarle los pechos, pero ahí estaban, ridículamente hermosos, resplandecientes casi, asomados al profundo escote del vestido azul claro. Había leído los artículos de prensa, por descontado. Recordó que, en uno de ellos, explicaba que apenas seis meses antes del primer tratamiento de radioterapia estaba amamantando a su hijo pequeño. Y entonces reparó en que no llevaba sujetador.

¿Qué habría dentro: implantes salinos o de silicona? ¿Y qué tacto tendrían, uno y otro? Puede que llevara demasiado rato mirando. (¿Cómo esperaba que la gente no se las quedase mirando con un vestido así?)

Se había dado cuenta.

¿Se habría dado cuenta su mujer? Era poco probable. Se fijaba en él más bien poco últimamente.

–Hay que ver, menuda casa –dijo él apresurado.

Aunque no eran lo que se dice amigos, ella había estado en su oficina, con su hija pequeña, y habían estado comentando los planes de patrocinar una unidad móvil de mamografías. Habían conectado, le dio la impresión, y ese tiempo que habían pasado juntos persistía en su mente con la tensión de un problema. Pero ahora lo había pillado sin duda alguna mirándole los pechos, hacia los que debía de tener sentimientos extraordinariamente encontrados, y parecía molesta.

–¿Qué significa eso exactamente?

–Solo quería decir que tienes una casa muy bonita –respondió Jake.

–Es demasiado grande, ¿verdad?

No sabía qué responder: la casa, a kilómetros de la carretera y enmarcada, en esa tarde primaveral, por una exuberancia vegetal casi de otro mundo, era en realidad la finca de una antigua plantación que incluía alojamientos independientes para los criados y los esclavos; por supuesto que era, desde un punto de vista técnico, demasiado grande, pero ¿qué se suponía que tenía que decir?

–Es preciosa –sorteó como pudo.

Insatisfecha, se dirigió a su esposa:

–¿Tú no dirías que una casa de este tamaño es demasiado grande, incluso para una familia de cinco?

Sheila, examinando el recibidor con su cara en forma de corazón levantada hacia el alto y enorme techo, pareció meditar la pregunta. Jake estaba muerto de vergüenza.

Para su alivio, Sheila respondió que estaba segura de que a los niños les encantaba contar con todo aquel espacio.

–La verdad es que mis hijos parecen ansiar espacios pequeños –dijo la anfitriona–. Los gemelos una vez se pasaron un día entero dentro de un cajón de embalaje. Cuando yo tenía su edad odiaba los sitios estrechos. Gritaba cuando la gente me cerraba la puerta del cuarto, que compartía con mi hermano y tenía más o menos el tamaño de un armario. Me temo que estamos condenados a querer lo contrario de lo que tenemos. –Se volvió de nuevo hacia Jake y dio la impresión de perdonarlo en ese mismo momento–. En fin, pasad y tomad algo. Qué pareja tan adorable hacéis, ¡como recién casados!

La gente a menudo los tomaba enseguida por recién casados. A Jake eso le preocupaba, pero cuando le preguntó a Sheila si a ella le molestaba, se echó a reír. Le explicó que lo que quería decir eso en realidad era que la gente se los imaginaba enfrascados en sexo del bueno. Que Sheila diese a entender que conocía la diferencia entre sexo del bueno y sexo del malo también lo inquietaba. El problema de casarse con una virgen, comprendía ahora, era que te casabas con una chica que solo se convertiría en mujer después del matrimonio.

–Ya me puedes soltar la mano –le dijo ella en la fiesta esa noche.

No se había dado cuenta de que la llevara cogida.

Sheila tenía veintidós años y se acababa de licenciar en música en la Universidad Bob Jones. Jake tenía veintiséis, y antes de este trabajo había sido reportero en un diario de Charlotte. Adoraba el pestazo a papel prensa que impregnaba su cubículo y los cierres a altas horas de la noche, la euforia que lo invadía después de entregar un artículo. Y entonces, en una fiesta –ella había ido en coche a Charlotte con unos amigos–, había conocido a Sheila, con su belleza reservada, al margen en cierto modo del ruido y el fulgor de aquellos veinteañeros luciendo su atractivo. Estaban en el apartamento de un

amigo de un amigo. Cuando salió al balcón a fumar, se la encontró allí sentada en una silla de jardín, con un vestido azul turquesa que resplandecía en contraste con el atardecer anaranjado, mirándolo con una expectación tan palpable que Jake sintió que llegaba con retraso. Ella, con su pelo castaño rojizo y brillante y su expresión perspicaz, le pareció descaradamente pura, y pasaron toda aquella cálida noche de verano sentados en el porche del apartamento de su amigo, observando a la gente a través de las puertas de cristal, inventando diálogos cómicos para ellos, analizando sus gestos. No había cenado. Alguien en un apartamento vecino estaba haciendo carne a la parrilla, pero a pesar del olor de los filetes, se quedó con ella.

–Odio flirtear –dijo ella en un punto de la noche en el que la gente empezó a emparejarse. Él siguió la dirección de su mirada hasta el salón del apartamento, donde una chica cruzaba la sala a zancadas sobre unos tacones de aguja–. Y odio los zapatos de tacón alto.

Jake había reparado, cuando salió al porche a fumar, en los tacones azules abandonados en el suelo, en sus pies descalzos.

–¿Sabes por qué le gustan tanto a la gente?

Él le respondió que siempre había pensado que era porque estilizaban las piernas, y ella replicó excitada:

–Por la lordosis. ¿Sabes? El arco que traza la espalda de una mujer durante el apareamiento.

La observó mientras ella se subía a sus tacones y le decía que prestara atención al efecto que tenían en su postura.

–¿A que tenemos una cultura enferma? –dijo ella.

Jake examinó su culo, sus pantorrillas tonificadas y le dio la razón sin reservas mientras proseguía con sus críticas, consciente de que también ella, con las mejillas encendidas a la luz de las lámparas que llegaba del otro lado del cristal, estaba excitada. Sheila le dijo que ojalá dejase de fumar, porque no quería que tuviese un cáncer, y él se apresuró a apagar el cigarrillo que se estaba fumando con el talón del zapato. Sheila le pidió que le diera el paquete y luego, mirándolo a los ojos, lo lanzó a sus espaldas por encima de la baranda. Él no sabía si debía estar enfadado o impresionado: Sheila era etérea, pero también un poco arpía. Cuando el fin de semana siguiente empezó a hacer planes de conducir hora y media hasta su pueblo para verla, le dio la impresión de que tal vez ya estaba enamorado.

La boda se había celebrado en una catedral incrustada en la ladera de una montaña, al atardecer, con el verano a punto de terminar. Fue casi perfecta, solo enturbiada por un tío borracho y distanciado de la familia con el que tuvieron que lidiar los parientes de Sheila –alguien le había llamado un taxi antes de la ceremonia– y por su propia madre, que se presentó justo cuando el cuarteto comenzaba a tocar la primera pieza con la falda y la blusa que había llevado la noche antes en el ensayo. Se sintió silenciosamente humillado –sabía que había bajado hasta Atlanta después de la cena para encontrarse con un hombre con el que había estado chateando por internet– y molesto por su aspecto escuálido, por su pelo canoso y demasiado largo. No quería imaginársela envejeciendo sola. Pero la tensión se desvaneció tan pronto como Sheila, con su vestido color marfil, los hombros descubiertos, se encaminó al altar. Y aunque era ella la que avanzaba hacia él, a Jake le embargó la sensación de que era él quien se acercaba a ella, y no sintió ni una pizca de ese miedo sobre el que le habían advertido otros hombres casados.

Sheila había empezado con las excusas cinco meses atrás. Estaba viendo la tele, bebiendo una cerveza después del trabajo, y ella entraba en el salón y le anunciaba que tenía que salir a por papel de cocina, o que tenía antojo de helado y había olvidado comprar la última vez que había salido. «Yo te acompaño», le decía él.

Pero ella alegaba que no tardaría mucho, o que quería escuchar un CD nuevo, y eso significaba que quería estar sola. Jake no había tardado mucho en comprender que ella prefería escuchar sola los discos nuevos, porque él no tenía mucho oído, al menos en comparación. Así que dejaba que se marchase. A veces volvía enseguida. Pero algún que otro día habían pasado horas. Los jueves tenía ensayo de noche con la orquesta, y después de una de las sesiones no volvió a casa hasta cerca de las dos de la mañana, diciendo que había ido a tomar un café con una amiga de la orquesta y que había perdido la noción del tiempo. Esa noche, él había llegado con el coche al mismo tiempo que ella cruzaba como un rayo la acera, y recordaba que le había parecido especialmente arreglada para ir al ensayo, con el pelo, por lo general liso, ondulado como cuando salían por ahí. Después de abrazarse, ella se había vuelto a cogerle la mano y la había estrechado con detenimiento al tiempo que de un modo confortador –demasiado confortador– le masajeaba la palma



con el pulgar. «Sáltatelo», le había rogado él, para ponerla a prueba, pero ella hizo como si no lo oyera. Se echó a reír y se encaminó a su coche.

Una tarde, cuando pretendía llamar a su mujer a casa, oyó la voz de su madre en el teléfono: había marcado su número por error. Estuvieron charlando unos minutos. Pero al hacerle lo que le parecieron preguntas inofensivas, debieron de filtrarse en su voz parte de las sospechas que le despertaba su mujer, porque su madre comenzó a reírse de él.

–¿No somos los dos un poco mayorcitos para que andes controlándome?

«Controlar» era el término que utilizaba ella para referirse a las indagaciones más torpes de su hijo acerca de su vida sentimental, las que hacía siendo adolescente.

–¿Qué he dicho? –preguntó él, con un sentimiento de frustración bien conocido.

–No es lo que dices –le explicó ella, con la exasperación propia de una hija hacia su padre–. Es el tono. Me hablas como si hubieses llegado ya a la conclusión de que te voy a decir algo que no quieres oír. O como si cualquier cosa que pueda decir es mentira.

Jake pensó en cómo era ella cuando estaba enamorada; en cómo, cuando era pequeño, se agachaba para mirarlo a los ojos con aquella intensidad antes de ir a la escuela, y sus manos rozaban su pelo y sus mejillas antes de acabar descansando leve, reverencialmente, sobre sus hombros; en cómo, una vez fuera, cruzando el aire frío camino de la parada de autobús se sentía un ser sagrado, envuelto en la calidez del amor de su madre y el milagro de su propia luz. Entonces era demasiado joven para comprender los efectos del romance: que ella le dispensaba el excedente de los sentimientos hacia otro hombre. En las pausas entre hombre y hombre nunca era capaz de tocarlo exactamente de la misma manera. Jake suspiró. Cuando le hacía daño se convertía para ella en todos los hombres que le habían hecho daño.

–¿Qué más?

–Solo espero que no le hables a tu mujer como me hablas a mí –respondió ella.

Quería confiar en su mujer, de verdad que quería. Pero no podía evitar darse cuenta, en público, de cómo Sheila devolvía un tipo de miradas masculinas en las que antes no parecía reparar. Estaba hablando con ella de

alguna película que acababan de ver, o del trabajo, y notaba cómo sus ojos se apartaban de él para examinar la espalda de un joven camarero o los hombros de un hombre mayor que su padre. Alguna que otra vez, hasta había llegado a ver cómo intercambiaba una larga mirada con un desconocido y le brindaba una media sonrisa insinuante –justo delante de sus ojos–, y cuando Jake le preguntaba si lo conocía, que era su manera de decirle que la había pillado, ella respondía: «Es solo que me ha recordado a alguien que conocía.» O, con tono desconcertado, desdeñoso, como si Jake estuviese paranoico: «Solo estaba siendo amable.» No solo era desagradable por lo que era en sí, sino también porque era la clase de comportamiento que asociaba a su madre. De nuevo sentía ese desasosiego de cuando era pequeño, atesorando nervioso los cortos periodos de paz que tenían entre amante y amante, y temiendo en todo momento que cualquier desconocido que encontrasen en una tienda, en el parque, el zoo o el museo pudiera muy bien acabar en su casa. Comprendió la facilidad con que las noches de cine y las cenas de tortitas, los sábados por la mañana leyendo el periódico juntos –su madre interrogándolo divertida sobre lo que hubiese leído y deleitándose en sus respuestas («¿Por qué no me ayudas a entender eso, don Sabelotodo?»)–, eran reemplazados por la comedia de su enamoramiento, por un monstruo (repugnante, fuerte e imbécil, le parecía siempre a él) que lo quería ver muerto.

Ahora, en esta fiesta, en esta noche de primavera, en este caserón enorme, en el que una sala daba paso a otra como en un laberinto, todas ellas acogedoramente agradables, con su inteligente discordancia de muebles y alfombras orientales, como el interiorismo de una revista, tendría que vigilar a Sheila. O sería incapaz de vigilarla. Ya notaba cómo quería apartarse de él y salir a explorar, y sabía que lo haría.

Ella, como de costumbre, parecía ajena a sus sospechas.

–Esa mujer... es tan interesante... –dijo, con una sonrisa, refiriéndose a su anfitriona–. Me pregunto si era así de curiosa antes de ser rica.

Llevaba un vestido azul oscuro sin tirantes. No dejaba de echar atrás los hombros descubiertos y de estirar los brazos. De un tiempo a esta parte, daba la impresión de que estaba siempre haciendo estiramientos, sobre todo en público.

–Lo dudo –respondió él, que había decidido no desvelar todo lo que sabía de ella (como si fuese posible *explicar* lo que sabía)–. Las cosas así cambian a la gente.

–¿Tú crees que cambian de verdad, o solo lo parece? –preguntó ella, examinando la multitud. Sheila preferiría estar en el lado contrario. Ella era así. Nunca delataba ninguna culpabilidad acerca de lo que le estaba haciendo, y que se comportara con tanta normalidad estando con él lo llevaba a pensar que o lo amaba tanto que sus sentimientos hacia otros hombres no afectaban a sus sentimientos por él, o que no lo amaba en absoluto—. Porque yo creo que ya lo llevas todo dentro. Lo que tú eres. Cuando termina la infancia. Lo que creo es que te vas volviendo una versión más y más pura de lo que ya eres.

–Quieres decir de *quien* ya eres.

–No, no quería decir eso –dijo en voz baja, pensativa, como hablando para sí.

## II

Supo que era virgen en la tercera cita, comiendo pasta en un restaurante italiano, después de que el camarero les ofreciera la carta de vinos.

–¿Sabes? Supongo que debería decírtelo: yo no bebo. Mis abuelos de uno y otro lado eran alcohólicos, así que en mi familia no bebe nadie. Pero no me importa que tú bebas. Y además supongo que debería decirte también que no me acuesto con nadie. Hasta que me case. O sea, que soy virgen. El sexo para mí no es solo algo físico, sino algo profundamente espiritual que quiero experimentar solo con mi futuro marido, al que quiero entregarle mi pureza como regalo. No quiero que te lleves una idea equivocada.

Comprendió que no era la primera vez que Sheila soltaba ese pequeño discurso, que lo presentaba al mismo tiempo como un desafío y un disuasivo. Pero a él no lo disuadió. Para entonces había caído fascinado ya por el milagro de su boca, de sus manos, de su pecho alzándose al respirar. Le venían pensamientos que le avergonzaba demasiado expresar en voz alta: despertar en un lecho intacto de nieve, flores recién cortadas, el olor de pan horneándose. Pensó, curiosamente, en mujeres saliendo del agua del estanque local, el pelo mojado aplastado contra los hombros, regueros de agua resbalando en cascada por sus miembros desnudos. En primaria, el día de la foto del anuario, había visto en el patio el vestido nuevo de una niña con el bajo blanco marfil salpicado de barro.

Se descubrió ajustándose los puños de las mangas, alisándose el pelo.

–Respeto mucho eso –le dijo. Hasta la imagen de su tenedor pinchando la comida le resultaba ahora intrigante.

Ella no pareció sorprendida.

Las fotos de Sheila de niña le revelaron a una persona con gafas, turbadoramente flaca, con ropa holgada. Sus padres eran unos fundamentalistas devotos que tenían la televisión en blanco y negro en el desván y una biblioteca reducida a los estudios bíblicos. De un modo cordial pero cauto, lo vigilaban con una mirada que Jake no sabía interpretar. Un recelo ribeteaba su aire de optimismo puritano, y sus voces iban derivando hacia unos tonos de advertencia que a él le resultaban escalofriantes cuando el sol se acababa de poner y el beige del salón parecía gris antes de que encendieran las lámparas. Pero los constantes ofrecimientos de aperitivos y de té de la madre lo tranquilizaban.

–La gente nace con un vacío en su interior –dijo el padre, un hombretón barbudo que trabajaba en la construcción. Mientras hablaba acariciaba, suave, rítmicamente, el lomo enmarañado del viejo terrier de la familia, con una mano tan ancha como el propio perro–. Si no lo llenas con Dios, se hace más grande. El vacío engendra vacío. La nada engendra nada.

–Y el amor engendra amor –añadió la madre. Era una mujer esbelta con una sonrisa afable, el pelo oscuro cortado como un chico y camisa una talla más grande.

–El amor engendra compasión –la corrigió el padre–. Y la compasión engendra amor. La compasión es el amor de Dios.

La madre de Sheila asintió enérgicamente. Sheila estaba concentrada en quitarse las cutículas y levantó la cara para lanzarle una mirada con los ojos en blanco. (Ella era así: a veces se tomaba la religión en serio, a veces hablaba de ella casi como si les siguiera la broma.)

–¿Crees en el amor de Dios? –le preguntó su padre.

Por supuesto, respondió Jake, aunque pensó: *Por supuesto que no*. Su madre había picoteado en todas las religiones importantes y en alguna de las secundarias, había flirteado incluso con el ocultismo, y a Jake la religión le parecía una anulación innecesaria y muy a menudo desesperada de la propia voluntad. Ese tono tan prendado de sí mismo que había en la voz de la gente cuando hablaba de su intimidad con un poder superior lo deprimía. Tenía que combatir la dentera cuando la madre de Sheila, que olía al mismo detergente

para la ropa que usaba su hija, le daba un abrazo de despedida y le susurraba al oído: «Dios te ama.» Y cuando un mes antes de la boda –conteniendo la respiración, los ojos cerrados– dejó que el padre de Sheila lo ahogara en el agua de la pila bautismal de su pequeña iglesia de pueblo, sintió náuseas.

Pero le gustaba imaginar a Sheila, con su pelo rojo y su expresión de tranquila curiosidad, saliendo de esa pequeña caverna de privación. En sus fotos de la universidad –en la sucesión de estas, desde el primer curso hasta el último– podías verla, a esa que él consideraba su Sheila, destacándose sobre el mundo. La caverna se convirtió en el trasfondo que la definía. Su cuerpo se hizo más grácil, los hombros se enderezaron, el pelo adquirió un tono rojizo aún más intenso, y la simplicidad de su ropa se tornó elegante; pero lo que más había cambiado era su forma de mostrarse ante la cámara. El semblante tímido y esquivo de la adolescente dio paso a una mirada de frente, sus ojos iluminados por algo parecido a la impaciencia. El uniforme –la falda larga de color caqui y la camisa blanca– parecía enfatizar la comodidad con su cuerpo, una comodidad que a él le transmitía un apetito sexual latente. Sheila tenía, con esos labios carnosos, lo que sus amigos y él, de adolescentes, habrían denominado «cara de guarrilla», y la ironía del asunto le hacía reír.

Pensaba, sentía, que ella se moría de ganas de perder la virginidad con él.

Parecía transmitírsele a través de sus largas piernas, que dejaban al descubierto las minifaldas –llevaba siempre minifalda ahora que se había licenciado, salvo cuando visitaba a sus padres, para los que se vestía como la bibliotecaria de una escuela de primaria–, y con la manera en que presionaba los pechos contra él cuando se besaban. Cuando sus manos se pasaban de insistentes, Sheila apartaba la cara, con el largo pelo rojizo cayéndole en la boca, y le decía, con tono dulce y de disculpa: «Tenemos que parar», y se desenredaba de sus brazos. Era casi como estar con una chica de instituto.

No le importaba. Su futuro juntos pronto había tomado forma en sus fantasías. Era pura, inteligente y talentosa –era primera viola en la orquesta del condado–, y apasionada. Una noche, hablando por teléfono, le contó que una vez, cuando después de deslizar el arco por las cuerdas en el primer compás de la segunda pieza de un concierto sintió las vibraciones del resto de los instrumentos de viento en torno a ella, se estremeció con lo que creía que fue una energía orgásmica. La formalidad de sus conciertos se convirtió para él –desde su asiento rodeado de desconocidos en el auditorio oscuro, mirando

a Sheila, con su vestido negro, en el círculo de luz que compartía con los demás músicos en una especie de anticipo erótico.

La primera noche, en la habitación del hotel, Sheila llevaba lencería de encaje negra y lo besó con entusiasmo; pero cuando sus manos y labios descendieron más allá de su vientre, empezó a tensarse. Le sujetó la mano y la apretó contra su muslo. Jake lo intentó de nuevo, y ella acabó por apartarse él, envuelta en las sábanas levemente rígidas del hotel, y se quejó de que estaba mareada por el viaje en avión. Él sabía que estaba asustada; habían pasado muchas cosas: la ceremonia, el vuelo, su primera vez en Londres (quería escuchar a la Sinfónica de Londres). Pasaron el resto de la noche acurrucados el uno junto al otro en la cama del hotel viendo películas europeas que parecían sugerir que la gente no era capaz de comprender jamás su auténtica realidad; todo con un tono de encantadora extravagancia. Se sintió mejor. Arropado. La frustración que provenía del cuerpo de Sheila apretado contra el suyo solo sería problemática de manera temporal. Le inspiraba ternura, en realidad, que supiera tan poco de los hombres.

Al día siguiente la vio animada y llena de energía, encantada con las vistas de la calle bulliciosa que tenían desde su ventana: las aceras lustrosas de lluvia, los escaparates, los londinenses con todo su espectro de paraguas. El viento soplaba con fuerza, el gris de la ciudad viraba a plateado. Desayunaron tostadas con alubias en una cafetería, y los dos bebieron demasiado café cargado mientras cavilaban qué hacer y ver primero.

Pero, una vez en la calle, Sheila se fijó en la ropa de algunas chicas británicas –llevaban botas altas y minifaldas escocesas– y se lamentó de no tener nada que ponerse que estuviese de moda allí. ¿Le importaba si iban un rato de compras?, le preguntó. Dentro de una de las tiendas, se probó un par de botas negras como las que había admirado y unas cuantas faldas. Después de cada cambio se colocaba frente al probador y desfilaba para él. Lo último fue un vestido de cóctel de color rosa que le había llamado la atención al entrar. Era muy ceñido, con un corte más atrevido de lo que acostumbraba a llevar. Contempló con el ceño fruncido su imagen en el espejo de la pared, y en el reflejo se encontró con su mirada. ¿Le gustaba? Sí, mucho, le dijo Jake. Alargó la mano y acarició entre los dedos el bajo sedoso.

–¿Podrías?

Un susurro; hostil. Él apartó rápidamente la mano. Pese a que estaba sentado en una silla al lado del probador, le pareció que estaba a punto de perder el equilibrio; la visión de su espalda y el reflejo en el espejo se diluyeron en una sola masa pálida llena de brazos y piernas. Pero luego, en tono despreocupado, dijo que se veía rara vestida de rosa, se rió y desapareció en el probador. Jake se preguntó si habría imaginado el tono de antes. Compraron la ropa y el calzado y volvieron al hotel a dejar las bolsas. Sheila se puso las botas y una falda escocesa de cuadros rojos y negros y le cogió de la mano para salir de nuevo a la calle. Pasaron el resto de la mañana en la Tate.

Cuando, por la tarde, regresaron al hotel para echar una siesta, lo intentó de nuevo. Esta vez tuvo una actitud más controlada y al mismo tiempo más agresiva, trató de engatusarla con besos y masajes más calculados. Quería hacerla avanzar con cuidado pero con urgencia, pensando que una vez superado el comienzo ella se relajaría. Contaba con que la primera vez le hiciese daño, pero no había entrado todavía cuando la cara de Sheila se transformó. En un primer momento, no comprendió que era odio. La vio gritar, con la boca extrañamente abierta, antes de oír el sonido. Y entonces lo abofeteó. Él no se apartó lo bastante rápido, estaba demasiado descolocado, y justo cuando empezaba a echarse atrás ella lo golpeó de nuevo, esta vez en la sien izquierda, y casi le hace perder el equilibrio. Antes de que se quitara de encima, ella se escurrió de debajo de su cuerpo. Jake estaba conmocionado y avergonzado. Nunca había intentado que una mujer hiciese algo sexual que no quisiera hacer. Pero ahí estaba su esposa, su *esposa*, haciéndolo sentirse como un violador. Se alejó de él –retrocediendo sin apartar los ojos del cuerpo de Jake en ningún momento hasta que tuvo la espalda pegada al cabecero de la cama extragrande. Una vez allí, lo miró desde el otro lado de una extensión de sábanas blancas y se abrazó las rodillas. Le corrían las lágrimas por la cara.

–Lo siento, pero no puedo –dijo–. Perdón. Lo siento –repitió.

Parecía, imposiblemente, como si quisiera que la abrazasen y como si tal vez nunca más fuera a querer que la abrazaran. Jake fue temblando de la cama a la silla del escritorio. Allí sentado, desnudo, al frío de la corriente de aire de la ventilación, apoyó la cabeza entre las manos y la escuchó llorar. Era consciente de que aunque no quería tenerlo cerca, tampoco podía dejarla sola

en el cuarto. Se levantó y encendió la tele, y los dos se quedaron mirando fijamente el parpadeo de la pantalla.

El hombre era aquel tío suyo al que había echado de la boda y al que Jake, que se estaba vistiendo, no había llegado a ver. Cuando, en busca de alguna imagen en la que enfocar su rabia, le preguntó qué aspecto tenía el hombre, ella le explicó que era alto y delgado, con el pelo moreno. Que estos adjetivos pudiesen servir también para describirlo a él molestó un poco a Jake; aunque por otra parte era absurdo; un montón de hombres encajaban en esa descripción. Añadió también que el hombre tenía un ojo malo, que había tenido un accidente y se lo habían reconstruido, lo que hacía que la zona en la que el iris y la pupila se tocaban se viese dentada, «como un estallido», dijo. El abuso había consistido sobre todo en intensos manoseos, sin penetración en sí, pero dado que Sheila había crecido en un hogar tan conservador, el daño psicológico era profundo, insinuaba la terapeuta. Por el contraste, entendía Jake.

Sheila tenía doce años. El tío y su mujer no tenían hijos, y la habían invitado a quedarse en su casa de Carolina del Norte durante el verano, mientras sus padres iban de expedición misionera a Lugansk. Al parecer, él trabajaba desde casa, y su mujer, en una oficina, y durante su ausencia el tío dejaba que Sheila viese películas y escuchase música que sus padres le tenían prohibidas. También le había dejado beber. La mujer había llegado temprano un día y se había encontrado a Sheila caminando por el salón en bragas.

–Habíamos estado escuchando música en el dormitorio –le contó–. Yo no había escuchado nunca a Bob Dylan, y a él le parecía increíble. Y yo me reía de él porque en aquel entonces la voz de Bob Dylan me parecía horrible. Me dijo que lo seguiríamos escuchando hasta que lo entendiera.

Había ido llorando a ratos mientras hablaba, pero sus labios formaron ahora algo parecido a una sonrisa. La terapeuta descruzó las piernas. La sonrisa de Sheila se desvaneció.

–Yo había ido a la cocina a buscar algo de beber. La tía Mira hizo como si fuese a decirme hola, pero luego no dijo nada. Se quedó mirándome las piernas, como si estuviese confundida. Al final dijo: «¿Qué estáis haciendo?», con voz normal, y yo le respondí: «Escuchando música.» Y ella dijo «¿Dónde está tu tío?», y yo supe que nos íbamos a meter en problemas, pero no se me ocurría qué decir. Tardé demasiado y supongo que me lo debió



de ver en la cara, y además se oía desde el dormitorio. La radio, me refiero. Entonces fue a por él. Y luego volvió otra vez a donde estaba yo, todavía plantada en el salón, sin saber qué hacer. Estaba paralizada. Parecía que quisiera decirme algo, pero en lugar de eso vomitó. Estaba de pie en una alfombra buena, y recuerdo que se inclinó para vomitar en el parqué en lugar de hacerlo en la alfombra.

»Mis padres vinieron al día siguiente, y mi padre se metió ahí en el cuarto cuando mi tía le explicó lo que había pasado. Creía que lo iba a matar. Pero cuando volvió a la cocina, donde estábamos nosotras, unos minutos después, dijo que mi tío estaba hecho un ovillo en el suelo y no se levantaba. Lo recuerdo diciendo eso. Mi madre quiso saber si yo le había hecho muchas preguntas a mi tío. Le dijo a mi tía que había notado que yo tenía la costumbre de mostrar *interés*. En otras personas. Y yo pensé: *Pero ¿qué significa eso? ¿Quién no va a tener interés en otras personas?* Hasta mi tía la miró raro. Estaba muy cansada. A esas alturas lo único que quería es que mi madre se callase.

En el coche, de camino a casa, su madre le había preguntado si había dejado que su tío la tocara, y ella le dijo que no.

–Así fue exactamente como lo dijo: si le había *dejado* –explicó Sheila–. Solo usó las manos, y no se quitó nunca la ropa, pero yo no le conté a mi madre nada de nada. Mi padre no abrió la boca en todo el camino. Y en casa iba por ahí con cara inexpresiva. Duró días. Y por un tiempo ni siquiera me miraba de verdad cuando hablábamos. No los volvimos a ver más. Mi padre hablaba con mi tío por teléfono de vez en cuando, por Navidad.

Después de aquello su madre nunca volvió a tratarla igual.

–Intentaba asegurarse de que mi padre y yo no nos quedásemos nunca solos en casa. Ella pensaba que yo no me daba cuenta, pero sí que me daba. Siempre. Una vez volví de una fiesta de pijamas y se me debieron de caer unas bragas de la mochila por el pasillo, y una hora después la tenía en mi cuarto, agitándolas en mi cara. Casi gritándome. Como si pensara que lo había hecho *a propósito*.

De nuevo rompió a llorar. Jake estaba perplejo. No había notado ninguna animosidad entre ella y su madre.

–Mi tío era tan desgraciado... Se hacía el aburrido cuando estaba con mi tía, con todo el mundo, pero cuando estábamos solos se ponía contento. Decía que mi tía Mira lo odiaba porque no podían tener hijos, aunque el motivo de

que no pudieran tenía que ver con ella. Por las secuelas del accidente que habían tenido. Decía que solo *verme* ya le hacía feliz. Que yo era muy guapa.

»Mi madre odiaba esa palabra. Guapa. Cuando era pequeña y le preguntaba si yo era guapa, me decía: “Da igual que seas guapa o no. La belleza viene de ser pura de corazón.” Tenía razón. Estaba intentando ser buena madre. Yo lo entendía. Lo que no entiendo es por qué me gustaba tanto que me lo dijese él. Supongo que hasta entonces yo pensaba que no lo era. Pero él me dijo que sí. Que era demasiado pronto para que lo viera la gente en general, pero que lo verían.

Todo ese rato había tenido los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora subió las piernas a la silla y las sujetó enlazando los dedos.

—Esa noche, en casa de mis tíos, después de que mi tía me viera, me desperté y él estaba sentado en el suelo, mirándome. No sabía si era real o un sueño. Yo dormía en el sofá del salón, y la tía Mira estaba en la cocina. El comedor quedaba en medio y no la veía desde allí, pero sí que veía la luz de la cocina encendida. Se había pasado casi toda la noche ahí. Era raro, pero olía como si estuviese cocinando algo. Yo no entré. O sea que estaba despierta. Me sentía fatal por ella. Y cuando abrí los ojos y lo vi allí sentado mirándome los cerré otra vez y fingí que estaba dormida porque no sabía qué más podía hacer. Él se sorbió la nariz. Y luego no hizo ningún ruido. Pero notaba que me estaba mirando. Se quedó allí mucho rato. Yo quería que se marchase. Pero al mismo tiempo no quería. Nadie me miraba como él. Yo odio que me miren.

—¿Todo el mundo? —le preguntó la terapeuta—. ¿O solo los hombres?

Sheila se volvió hacia Jake. Se secó la boca con el dorso de la mano. Tenía los labios descoloridos. A Jake le pareció que la terapeuta estaba excitada. Había algo en la forma en que se inclinaba levísimamente hacia delante, en cómo parecía tratar de mantener, y no tanto sentir de verdad, su atenta y paciente expresión. Dijo que Sheila estaba haciendo un «trabajo» magnífico, que los dos estaban haciendo «trabajos magníficos», pero que por el momento tendría que cambiar la dinámica para obtener los mejores resultados.

Después de eso, Sheila empezó a ir sola a las sesiones.

Pasó el tiempo. Se planteó pedir la anulación, pero no en serio. Aún la amaba, y pensaba que con el tiempo, si seguía a su lado, podría demostrarle

que su amor iba mucho más allá del sexo. No podía seguir casado *para siempre* con una mujer que no quería acostarse con él. Pero sí podía esperar.

Intentó volcarse en su nuevo trabajo –que consistía en escribir discursos y comunicados de prensa–, y pasaba mucho tiempo en su despacho, un amplio espacio en un ala del hospital que en su día utilizaban los pacientes. Por este motivo, el despacho incluía un lavabo, lo que suponía que por las tardes, cuando terminaban las reuniones, podía trabajar largos periodos de tiempo sin tener que salir al pasillo. Había aprendido mucho tiempo atrás a controlar sus emociones para trabajar, y aquí, en su soledad, Sheila quedaba reducida a un estado de ánimo, a una película grisácea a través de la que veía los asuntos inmediatos importantes. Pero de vez en cuando ese estado de ánimo se volvía demasiado denso para ver a través de él; entonces le entraban mareos, sudores. Si ya estaba oscuro, acostumbraba a salir a buscar algún sitio en el que fumar dentro del recinto. Si era de día, dado que el hospital tenía una nueva directiva antitabaco que él mismo había impulsado de manera oficial, tenía que retirarse al vacío de baldosas blancas del pequeño lavabo, sentarse en el suelo con la espalda pegada a la pared, y esperar que llegase la calma.

Siempre estaba esperando algo, daba la impresión. Dependiendo del humor, la idea le parecía hermosa, pero por lo general se preguntaba si sus ideales no serían ridículos. Allí, en el lavabo, intentando no pensar en Sheila, que a menudo no era capaz de disimular su decepción cuando él llegaba a casa, empezó a fantasear con compañeras de trabajo: una residente amuchachada; una mujer mayor de marketing que se había rozado contra él; Rachel Delaney, a la que había conocido en una reunión de todo el hospital, que junto a su esposo donaba ingentes cantidades de dinero al sistema, que había estado a punto de morir de cáncer y ahora parecía tan recuperada. Con Rachel Delaney especialmente.

Ella no lo miró en absoluto como el resto de los donantes famosos, con sus trajes hechos a medida y sus zapatos de diseño. Llevaba el pelo rubio ceniza recogido de cualquier manera con una gran pinza de plástico, y una camiseta negra barata con una falda. La falda sí era elegante, de seda y con bordados, pero las chanclas se caían a trozos. En un primer momento, cuando su supervisor los presentó durante una pausa de la reunión, no se fijó en que era guapa. La escuchó y fue asintiendo mientras ella hablaba, haciendo esfuerzos por concentrarse tras la que había sido su quinta reunión ese día. Y entonces

de pronto ella se quedó callada y rebuscó en su bolso. Saco una pastilla de chocolate negro y se la metió en la boca.

–Lo siento –dijo–. El chocolate es lo único que me sirve para no fumar. ¿Tú has fumado alguna vez?

Lo dejó antes de casarse, le explicó.

–Ya sé que no es lo más sano, pero no funciona nada más. El único problema es que ahora tengo sobrepeso. Pero cuando has pasado por lo que yo he pasado, prácticamente renuncias a la vanidad.

–A mí no me parece que tengas sobrepeso.

–Poco músculo y mucha grasa. Pero no te lo imaginarías si no me ves desnuda.

Tenía una figura preciosa, y Jake se sonrojó al pensar en su desnudez. Cuando ella se dio cuenta pareció complacida por un momento, casi sonrió.

–Me identifico con los gordos –prosiguió–. Me identifico con los moribundos, porque tuve cáncer una vez y es probable que vuelva a tener. También he sido adicta a los analgésicos, así que me identifico con los adictos. He sido pobre, y créeme si te digo que soy capaz de comprender que alguien cometa un asesinato; el asesinato, por desgracia, no es ningún misterio para mí –siguió divagando, con los ojos recorriéndolo de arriba abajo antes de encontrarse un instante con los suyos, solo para emprender de nuevo su ciclo nervioso–. Mi capacidad de empatizar es tan abrumadora que cada vez me resulta más y más difícil andar por la calle, tener una simple interacción humana. Pero como tengo esta habilidad, esta habilidad de empatizar, me hace sentirme culpable anularla. Lo que a su vez se convierte en otro tipo de tensión casi insoportable. Incluso ahora hablando contigo estoy intentando resistirme a lo que veo cuando te miro a los ojos. A veces fantaseo con estamparme los sesos contra un muro de ladrillo.

Al llegar a este punto, Jake se agitó. Miró a ver si alguien más estaba escuchando. Nadie. Y entonces un vicepresidente los interrumpió y ella se puso a hablar con otra persona. Se alegró. Le había parecido que estaba medio loca. Pero al día siguiente, en la cafetería, le entró un extraño antojo de chocolate negro –aunque a él ni siquiera le gustaba el chocolate– y se compró una tableta pensando en ella y, sí, imaginándola desnuda. Ahora no podía evitar pensar en ella cada vez que fumaba.

En casa, su mujer empezó a encerrarse en el dormitorio para hacer unos

ejercicios especiales recomendados por la terapeuta. Estaba aprendiendo, según entendió Jake, a masturbarse sin vergüenza. Parecía animada, incluso juguetona, cuando por fin bajaba las escaleras. A excepción de abrazos y besos superficiales, apenas habían vuelto a tocarse desde su luna de miel, y se movían por la casa tan educadamente que lo reconfortaba cualquier sonido imprevisto: el zumbido del aire acondicionado al ponerse en marcha, ella tirando de la cadena en el piso de arriba, los vecinos cerrando de un golpe la puerta del coche. Y aunque dormían en la misma casa, sus cuerpos estaban separados. Pero ahora Sheila empezó a acercársele por detrás y pasarle los dedos por el pelo, como solía hacer, antes, y ya no se ponía rígida cuando él la abrazaba. Se sintió aliviado. Y cuando interceptó una llamada por la que supo que había faltado a dos citas con la terapeuta, se quedó confundido, pero no preocupado. Sus explicaciones –un atasco por obras, un ensayo con la orquesta que se había alargado– eran verosímiles.

Una tarde de enero, en mitad de la primera ráfaga de fina nieve, Sheila lo llamó al trabajo diciendo que necesitaba que fuese a casa, y lo sorprendió en la puerta con el mismo conjunto negro de lencería que llevaba en la luna de miel. En la cama, cuando probó, vacilante, a meter la boca entre sus piernas –esperanzado, pero todavía algo temeroso de que pudiese abofetearlo en cualquier momento– ella le dejó. Las cosas fueron normales. O, mejor dicho, fueron maravillosas: la casa y la cama calientes y la nieve cayendo al otro lado de la ventana del piso de arriba.

Al día siguiente las carreteras estaban demasiado mal para ir al trabajo en coche, así que disfrutaron de lo que Jake consideró su luna de miel postergada. Esa noche, mientras él estaba tumbado de espaldas en la cama, felizmente agotado y pensando, divertido, que no solo habían conseguido sacar de sitio las sábanas sino la funda del colchón, ella soltó un suspiro de lo que Jake confundió en un primer momento con satisfacción y dijo:

–Bueno, pues supongo que ya está.

–¿El qué? ¿El qué ya está? –Se incorporó, confundido.

Le había parecido que ella disfrutaba aún más de lo que esperaba para ser la primera vez; estaba casi seguro de que se había corrido.

Ella no estaba en la cama, sino de pie al lado, apoyada contra la pared con los brazos cruzados. Se había puesto una de las camisetas interiores blancas de Jake. Estaba más delgada desde la boda; en la cena daba la impresión de que comía menos de la mitad de lo que ella misma se ponía en el plato.

–Ya sabes. El sexo. O sea, es divertido. Pero creía que... –Apartó la mirada de él y la llevó al cesto de la esquina en el que ponían la ropa sucia. No había hecho la colada desde hacía un tiempo, al parecer, y la ropa rebosaba del cesto–. Pensaba que la sensación sería más... Es solo tan... *físico*.

Pues claro que era físico. Era sexo, dijo él, riendo con nerviosismo. ¿A qué se refería?

–Esperaba un elemento espiritual –explicó Sheila–. Esperaba que fuese físico y espiritual.

Fue como si lo golpease de nuevo; pero esta vez el cuerpo entero y no solo la cabeza.

–Quieres decir que no sientes nada por mí.

Clavó los ojos en el colchón, con las franjas gris claro al descubierto.

–No. No. Te quiero... Es solo... Soy yo. Intento mirarte a los ojos y no puedo, sé que tendría que hacerlo, pero no puedo. Pero es divertido. Es genial. Soy yo, es solo eso. No tendría que haber dicho nada. Hablo demasiado.

–Sheila. –Levantó la vista hacia ella, que tenía ahora la mirada perdida al frente, sumida en sus pensamientos–. ¿Has dejado de ir a la psicóloga?

Ella cruzó los brazos con más fuerza contra el pecho y lo miró a los ojos antes de volverse de nuevo hacia la pila de la colada.

–No.

Estaba mintiendo, le pareció.

–Vale –respondió él con suavidad.

Sheila volvió a la cama y se acurrucó junto a él, con la cabeza apoyada en su pecho, el pelo rojo derramándose sobre su brazo.

–No quería estropearlo todo –dijo con voz queda–. Lo siento.

### III

Le perdió la pista muy pronto, cuando, al tiempo que unas compañeras de trabajo se aproximaban desde un lado, Sheila salió disparada hacia el contrario con la excusa de que necesitaba otro ginger ale. Jake estuvo charlando con ellas: unas mujeres del departamento de marketing, dos de las cuales eran jóvenes y guapas y parecían conscientes, de un modo infantil, de su atuendo de fiesta: los dedos jugueteando con pulseras y alisando el pelo,

los cuerpos moviéndose en los vestidos formales con una inseguridad que no había atisbado nunca en el trabajo. Pese a que le costaba seguir la conversación, logró ocultarlo. ¿Cuánto rato había pasado? ¿Quince minutos? ¿Treinta?

Las mujeres siguieron circulando.

En el extremo más alejado de la sala contigua (abarrotaada, las paredes rojas) divisó a sus anfitriones hablando con otra pareja. El marido de Rachel, un hombre con barba y una mata de pelo grueso y rubio, parecía que contaba una historia, fingiendo enfado y haciendo gestos exagerados. Pero mientras que la pareja lo seguía sonriente, Rachel lo observaba con la mirada perdida y una copa llena de vino tinto descansando en el hueco de la mano. La sala tenía dos entradas, y en ese momento, desde el otro lado, una niña con un camión blanco de franela –la hija de Rachel, la que había estado en su despacho– cruzó como una exhalación de una entrada a otra, con una expresión extrañamente decidida en su cara. Rachel se apresuró a seguirla, gritando su nombre, la rabia de su voz traicionada por el placer repentino en su rostro. Cuando pasó por su lado lo miró a los ojos y levantó las cejas como para que se sintiera incluido en la travesura de la niña, en la persecución de la madre. Por un momento, Jake olvidó adónde iba. Pero cuando la mujer se esfumó de su vista, fue de nuevo consciente de su problema, de su búsqueda.

Había muchas caras familiares –doctores y administradores, miembros de la junta con sus parejas–, pero también estaba lleno de gente que no reconocía. La risa se alzaba de algún corrillo y luego del siguiente. Muchos de ellos, aunque tenían un aspecto juvenil y estaban bien conservados a la manera de la gente próspera en una ciudad mediana, eran bastante mayores que él. Se hablaba de multipropiedades en Europa, de legislación sanitaria, de encontronazos con pacientes rebeldes. Jake se abrió camino sonriendo y saludando con la barbilla.

¿Dónde estaba Sheila? Cruzó varias salas, todavía dando sorbos al gin tonic, ahora aguado, que había pedido al llegar. En la barra, pidió otro. Pasó por la cocina, donde los camareros reemplazaban las bandejas de entremeses, y salió a la amplia terraza trasera, con vistas a un pequeño patio y una fuente. Allí fuera, había guirnaldas de luces blancas enrolladas en las ramas de los árboles que crecían junto a los muros del patio, y las caras de la gente apenas se distinguían. El aire de principios de primavera no era ni frío ni caliente. Examinó la multitud de cuerpos, pero no consiguió encontrar el rostro de su

mujer. Se apoyó en la baranda mirando al patio. Abajo entrevió a la niña, ahora al lado de la fuente, que destellaba bajo las guirnaldas de luz. Sus cabellos claros, en aquella penumbra circundante, refulgían de blanco al resplandor del agua. Levantó el rostro hacia la terraza y sus ojos se encontraron. Entonces, en el piso inferior, desde algún punto bajo la terraza, una voz femenina que no era la de su madre la llamó, y la niña se sumergió corriendo en la penumbra. Jake esperó un momento a ver si regresaba, pero se había esfumado.

Le llamó la atención una conversación cercana.

–Pero a mí me dijeron que era heredado –dijo un hombre.

Jake no reconocía a ninguna de aquellas personas de su trabajo.

–No. Yo fui al instituto con ellos en Raleigh. Los padres de Daniel eran maestros, y la familia de Rachel vivía de ayudas sociales desde que murió su padre. Eran componentes de aspiradora. –Hubo una pausa, un repiqueteo de cubitos de hielo–. Tenían fábricas en Sudamérica. Hicieron su agosto. Pero entonces resultó que manipular los componentes provocaba defectos congénitos. Hoy en día todos los componentes de aspiradora son así, si te fijas. Suele haber una advertencia en el librito de instrucciones. Hay que procurar llevar guantes o lavarse las manos después. Pero esto fue hace tiempo, y una empresa que usaba sus componentes acabó recibiendo la denuncia de un consumidor. Intentaron demandar a la empresa de los Delaney, pero se demostró que sabían lo que estaban comprando y Rachel y Daniel se salvaron.

–Decían que ella había tenido una crisis nerviosa –dijo una mujer en voz baja.

–De la culpabilidad. Dicen que cree que el cáncer que padeció fue un castigo de Dios, y que por eso donan todo ese dinero.

–Es ridículo –dijo un hombre con gafas de pasta–. No es más que un rumor.

–Me dejó alucinada que les dejase contar todo eso de ella; los tratamientos y la reconstrucción. A mí me haría sentirme rara que la gente me mirara y supiera que, en fin...

–Pero no podrían haber conseguido mejor promoción para el centro. Fue muy inteligente. No hay nada que supere lo de los relatos personales. A la gente le encantan esas mierdas.

–¿No contrató también al diseñador? Me gustan los cuadros del vestíbulo.



¿De quién son?

–¿De esa japonesa de Charleston?

–No, era alguien de aquí. Smythe o Simms o...

La conversación derivó a una discusión sobre los precios del arte local. Jake dio media vuelta y entró de nuevo en la casa.

Fue una tarde cuando Rachel llamó a la puerta de su despacho. Al principio no respondió, esperando que quienquiera que fuese se marchara. La niña que la acompañaba era muy rubia, y llevaba unas botas de agua negras y un jersey blanco y dorado. Aparentaba unos cinco o seis años, y tenía los ojos del mismo azul mar que su madre. Pese a que estaban en marzo, Rachel iba de nuevo con una camiseta negra, las mismas chanclas y las piernas pálidas sin medias. Llevaba recogida la larga melena con la misma pinza de plástico imitación de carey.

–Sabía que estabas dentro –dijo la niña.

–Violet –la cortó Rachel con tono de advertencia. Y luego a él–: No quiero molestar, pero quería hablar de los comunicados de prensa sobre la unidad de mamografías y... –Echó un vistazo al despacho mientras hablaba y de pronto se detuvo–. ¿No te agobia trabajar aquí?

–¿Por qué me iba a agobiar?

–Es que... esto era una sala de pacientes.

–¿Y?

–Pues que aquí ha sufrido y ha muerto gente.

–Aquí ha muerto gente –repitió la niña en voz baja y atónita.

–Es un hospital –replicó Jake en su tono más racional.

Quería que se fueran, pero Rachel entraba cada vez más. Se acercó a la ventana del despacho y se puso a decir que aquellas vistas suyas debían de haber sido «la última vista del mundo» para un número significativo de gente. La niña empezó a coger y examinar los objetos del escritorio: el pisapapeles de latón, los post-its, los bolígrafos. Miraba todas estas cosas como si fueran fantásticas, las giraba entre sus manitas blancas mientras sus ojos color del agua contemplaban cada uno de los lados desde múltiples ángulos.

Rachel buscó en su bolso y sacó el chocolate, de espaldas a él. Jake imaginó su piel blanca bajo la fina tela negra de la camiseta. Trató de pensar en otra cosa, pero la única que le venía a la mente eran los difuntos que habían mirado por su ventana. Le dolía la cabeza. No se encontraba bien.

Quería un cigarrillo. La niña, con una mirada de intensa concentración, estaba pegando post-its en blanco –rosas, amarillos, verde menta– encima de todos sus papeles y del escritorio. La madre seguía mirando por la ventana, al cielo encapotado de la tarde. El despacho olía a chocolate.

–¿Me das un poco? –le preguntó él.

Ella se dio la vuelta y le sonrió. Se acercó a él, sentado con la cara a la altura de su cintura, los ojos atraídos hacia su pecho. Con una mano, Rachel se arrojó insegura en su cárdigan, y con la otra le tendió una pastilla de chocolate. Lo miró a la cara largamente.

–Entiendo –dijo con voz suave.

–¿Entender qué?

Alargó la mano, como para acariciarle la mejilla, pero la retiró. Jake, sin embargo, tuvo la sensación de que lo había tocado. Era como si lo hubiese tocado por todas partes con esos ojos color agua: se deseaban. Y entonces ella apartó la mirada y rompió el hechizo.

–Violet, el señor Harrison está cansado y tenemos que dejar de incordiarlo. Ya volveremos otro día.

–Un momento.

Empezó a cribar el contenido de los cajones del escritorio en busca de algo que pudiese interesar a la niña. Ahí estaba dándole bolígrafos, un rolodex antiguo y una pequeña carpeta sujetapapeles verde con el logo de una farmacéutica. La niña aceptó esas cosas con la expresión de alguien que aceptase regalos valiosísimos. De pronto, tuvo la sensación de que todas las cosas que había en su oficina eran sagradas, que eran en realidad menos y al mismo tiempo más de lo que eran.

–No puede con nada más –dijo la madre, con una sonrisa–. Di gracias.

–Gracias –le dijo la niña, con los brazos cargados de cosas.

Se fueron.

Jake estaba cansado. Apoyó la cabeza en la mesa, con la cara enterrada entre los brazos.

El piso de arriba de la casa parecía más pequeño de lo que había imaginado. Más pequeño y más sencillo. Pero probablemente se debía a que el pasillo era estrecho y todas las puertas estaban cerradas. ¿De verdad tendría que ir abriéndolas todas? ¿Y qué pasaría si lo veía alguien allí arriba? Pensarían que era un fisgón.

Se imaginaba abriendo la puerta de un dormitorio, de un cuarto de invitados, tal vez, y encontrándose a una pareja abrazada sobre una cama hecha. Se imaginaba la luz de la lámpara, el pelo rojizo, ella de espaldas a él. Un hombre intentando torpemente bajarle la cremallera del vestido.

Se sintió mareado. Había olvidado comer algo. Podían ir a una cafetería, pensó, en cuanto terminase la fiesta, cuando la encontrase. Lo que esperaba, tanto como esperaba pillarla con un hombre, era recorrer todas esas habitaciones y encontrárselas vacías, y luego regresar abajo y toparse con ella, descubrir que lo había estado buscando mientras él la buscaba a ella, que no habían logrado dar el uno con el otro, nada más, como les pasaba a veces cuando se separaban en el centro comercial, en las librerías.

Tras las dos primeras puertas solo había oscuridad, la luz del pasillo acarició los contornos de un despacho en una de las habitaciones; de una cinta de correr y una máquina de pesas en la otra. Sin pensar, abrió una puerta más pequeña que, como era de esperar, era un armario de ropa blanca.

La siguiente puerta lo colocó cara a cara frente a su anfitriona.

Jake se sobresaltó.

Ella no mostró sorpresa alguna, solo parecía divertida, supuso él, de verlo avergonzado, de que lo hubiesen pillado. La niña estaba con ella.

—Fresa —le dijo a Jake.

Estaban sentadas en una sencilla litera blanca. El cuarto tenía el suelo de parqué pulido y las paredes de color marfil con tenues elipses de luz procedentes de dos lámparas de pie a lado y lado de la estancia. Las únicas sombras que rompían la luz eran las de sus cuerpos, porque no había ningún mueble. El jersey de Rachel estaba tirado formando un bulto negro a su lado, sobre la litera; la piel de brazos y hombros al descubierto, las finas tiras azules del vestido cubriendo apenas, tal vez porque la estaba mirando desde arriba, su desnudez. Volvió rápidamente la mirada hacia la niña, con su camisón de franela blanca, estampado con sutiles flores color caramelo, vio ahora. Tenía el pelo rubio alborotado, y después de decir *fresa* por segunda vez, frunció el ceño.

—No sabe a qué estamos jugando —le dijo Rachel—. Solo ve que dices cosas raras. Dile a qué jugamos.

—A asociar palabras —le explicó la niña. Y con voz muy seria—: Yo digo una palabra, y tú dices la primera palabra que te venga a la cabeza, y luego yo

digo la primera palabra que me venga a la cabeza a mí cuando oiga la tuya, y entonces tú dices...

–Ya lo pillas, Violet.

–Fresa –repitió la niña, insistente.

–Leche –respondió Jake.

–Ahora mamá.

–Vaca.

–Hamburguesa –dijo Violet. Y a Jake–: La hamburguesa sale de las vacas. La gente mata a las vacas y luego se las come. A mí me hicieron comer vacas, pero yo no sabía lo que era –dijo triste–. Yo no lo sabía.

–Por favor, no empieces otra vez, Violet –le dijo su madre–. Nadie tenía intención de mancillarte. Nadie sabía que te iba a sentar así. –Dirigiéndose a Jake–. La niñera no sabe cómo hablar con niños sensibles.

–Comí vacas –insistió la niña con gravedad.

–Ahora no es momento de hablar de eso –le dijo Rachel–. Ahora tengo que hablar con el señor Harrison. Es hora de irse.

–Pero quiero dormir contigo aquí hoy.

Se aferró al brazo de su madre y empezó a gimotear. Cuando Rachel le lanzó una mirada amenazadora, la niña la soltó. Se levantó de la litera, pasó por el lado de Jake, en el umbral, dando pisotones con sus piecitos descalzos y en el pasillo en penumbra arrancó a correr. Él alcanzó a ver brevemente una habitación de techos altos con una mesa de ping-pong, y más allá un sofá y una televisión de pantalla grande que proyectaba los vivos tonos pastel de unos dibujos animados. Oyó los chillidos de niños. Luego la puerta se cerró de golpe y el pasillo pareció el doble de oscuro que antes.

–Cierra la puerta al entrar –le dijo Rachel.

Cuando se volvió hacia ella, ya se estaba bajando las tiras del vestido. Sus ojos azules reflejaron lo que le pareció por un momento pánico y enseguida expectación. Con aquella luz tenue y aquel vacío, el cuarto podría haber sido cualquier cuarto, todos los cuartos que había pisado alguna vez en su vida, y ella siempre había estado allí, en ese lugar que era también ella misma, esperando. Las risas amortiguadas de la fiesta dejaron de oírse. Débilmente, una música en la que no había reparado antes abajo llegó anunciándose a través del suelo.

Tres amigas en una hamaca

En una hamaca colgada entre los troncos de dos árboles, nos contó la historia de una amiga suya, X, cuyo novio era un escritor de éxito, y en cuyo teléfono móvil había encontrado los mensajes y las fotos de sí mismo que les había estado enviando a otras mujeres. Había enviado los mismos mensajes y las mismas fotos a dos mujeres. Había hecho un copia y pega. No se había molestado siquiera en personalizarlos para cada destinataria. Ambas creían que estaba enamorado de ellas, y parecían estar en cierto estado expectante. Él estaba durmiendo la siesta en el otro cuarto. Cuando se despertó y salió, X se encaró con él y le dijo que tenía un problema mental. Le contó a mi amiga que ella era la única que tenía una relación lo bastante estrecha con él como para decírselo, y por la forma en que lo explicaba mi amiga intuí que X se enorgullecía de ser ella la mujer que le había hecho saber cuál era el problema con su persona.

Entendí que X querría creer que ella no era como las otras mujeres, que creían que su novio estaba enamorado de ellas. Querría creer que ella tenía algún tipo de posición de ventaja en la realidad de la situación. Puede que la tuviera.

Yo sabía lo que era descubrir información vital sobre la persona que estaba en el cuarto de al lado, información que él no quería que tuvieses, y también sabía lo que era que te pusieran delante esa clase de información. Pensé en cómo intentamos decirle a la gente *Yo soy quien te quiere de verdad*, puede que muy especialmente cuando no estamos seguros de que esa persona nos quiera.

*Yo soy quien te quiere de verdad. Yo te veo. Veo lo jodido que estás a un nivel que nadie más puede ver, y por tanto veo más allá y por tanto te quiero más.*

Pero, entonces, que alguien te quiera de verdad quizás sea una buena razón para evitar a esa persona.

Las tres estábamos divorciadas o a punto de estarlo legalmente. Las tres éramos artistas. Las tres habíamos dejado al otro.

El exmarido arquitecto de la mujer que contaba la historia nos miraba desde la terraza de madera. La noche en que me lo presentaron, en los

tiempos en que él y la mujer de la historia de X estaban casados, me encapriché con él a primera vista, creyendo que eran hermanos. *Aunque este hombre está un poco enamorado de su hermana*, pensé entonces, lo que me pareció un inconveniente. Ahora pensaba: *No podrás salir nunca con él por la conexión entre ellos dos*. En esa fiesta, un rato antes en la cocina, no había querido acercármele demasiado o entablar conversación. Otro hombre me llamó la atención, pero no lo suficiente. Estaba allí decididamente con mis dos amigas, y más de una vez alguien nos miraba como si fuésemos una especie de entidad. Las tres éramos atractivas pero inseguras, y nos atraíamos. La mujer que estaba a mi lado me había cogido una vez de la mano cuando salíamos de un bar y me había contado la historia de cómo la mujer del otro lado le había cogido de la mano igual que ella a mí en ese momento. Me había hecho sentir feliz e incómoda. Se insinuó una pregunta que yo era incapaz de articular. Fingí que nadie la había formulado. Me costaba acercarme a la gente, y mientras me tenía cogida de la mano salí de mí misma, analizando ya lo que estaba ocurriendo antes de haberlo experimentado. *Me está cogiendo de la mano*, comentó una voz en mi cabeza. Era de noche. Pasamos por delante de los escaparates de las tiendas cerradas. La ciudad había cubierto los árboles de aquella calle con guirnaldas de luces claras y diminutas, como las luces de los árboles de Navidad. Dije algo de que hasta los hombres que eran amigos se cogían de la mano en algunas partes de Europa, y me sentí solo levemente disociada de mi propia voz.

En la hamaca, la amiga de mi lado, la del medio, estaba sentada con una pierna apretada contra la mía. Ese día nos había dicho a la amiga que tenía al otro lado y a mí que éramos sus mejores amigas, pero yo sabía que de un día a otro, e incluso de un momento a otro, las alianzas cambiaban. No se puede estar igual de unida a dos personas a la vez. Su cuerpo estaba pegado al mío y no al cuerpo de la amiga del otro lado, pero solo porque yo era más alta y nosotras dos éramos más corpulentas que nuestra amiga, baja y menuda, y porque la amiga más baja y menuda se sostenía en equilibrio para no resbalar contra la amiga de en medio. (Aunque meses más tarde, hablando del incidente, la del medio sacaría a colación durante la cena que yo estaba rígida a su lado, aquel día en la hamaca, evitando apretarme contra ella, mientras que la otra amiga fue resbalando despreocupadamente; lo que creo que también ocurrió en algún momento.) Como la amiga de en medio estaba muy

pegada a mí, yo me pasaba casi todo el rato inclinada para mirar a los ojos a la otra amiga, la que había contado la historia de X y su novio infiel. Cuando contaba historias de otra gente, le brillaban los ojos. Desde que estaba en presencia de su exmarido –que iba mirándonos desde la terraza– se la veía más joven y lanzada, no como esa versión de sí misma más dispersa e insegura de la mañana, que habíamos pasado en otro sitio. No era mi mejor amiga. Vivía fuera. Pero yo fantaseaba con mudarme a su ciudad, y puede que lo hiciera. Entonces cuando la amiga de en medio viniese de visita ella sería la de fuera. Su otra mejor amiga y yo habríamos cogido más confianza. Seríamos todas «mejores» amigas. En la actitud en que estaba instalada (en la que estoy con frecuencia) había varias complicaciones previsibles.

Durante la separación de mi marido, me despertaba loca de paranoia, y enfadada con todo el mundo, porque sospechaba que habían visto en mí defectos imperdonables. Dudaba que acudiesen a mi funeral, pero me consolaba pensando que muerta ya no me importaría. Cuando la gente con la que yo en mi mente había roto me enviaba animadas respuestas a los emails que les había escrito dos días antes, cuando todavía creía que estábamos conectados (y antes de que hubiesen faltado a mi funeral imaginario) me sentía estúpida y aliviada.

Estábamos tumbadas en la hamaca a finales de verano. La incomodidad de sentirme tan apretada contra el cuerpo de mi amiga por la inclinación de la hamaca era también muy placentera. Yo no habría escogido sentarme tan cerca, pero habíamos ido deslizándonos hasta esa posición a medida que nos sometíamos a las leyes de la física. Dos de nosotras teníamos la piel clara y pecas. Dos de nosotras teníamos el pelo oscuro y los ojos verdes. Una de nosotras tenía los ojos azules. Una de nosotras era alta, dos éramos bajas y dos delgadas. Una de nosotras tenía los pechos grandes. Una de nosotras no se hablaba con su madre, uno de nuestros padres se había ido y una de nuestras parejas de padres no se había divorciado. Una de nosotras escribía. Una de nosotras pintaba cuadros abstractos. Una de nosotras seguía tocando el violonchelo y una lo había dejado. Una de nosotras publicaba anuncios en Craigslist buscando modelos masculinos para cortometrajes y fotografías y pagaba a los modelos (que no eran profesionales) diez dólares la hora. Nuestro trabajo se vendía. Dos de nosotras habíamos sufrido agorafobia en cierto momento, todas habíamos tenido problemas de depresión y ansiedad, una había intentado suicidarse, una había sido violada, una había sufrido



abusos, dos teníamos perritos blancos y ancianos y una tenía una hija. En la última fiesta de cumpleaños de la niña, los regalos abiertos que iban a la casa del padre se colocaban en una pila y los que iban a la casa de la madre en otra. Todas nosotras nos habíamos acostado con un hombre con el que se había acostado también una de las demás. Una de nosotras se había despertado en mitad de la noche con uno de esos hombres, había contemplado furiosa su cuerpo durmiente, y se había planteado marcharse porque se había convencido en sueños de que el hombre habría preferido acostarse con la otra, pero luego se había vuelto a dormir.

Las tres podíamos disociarnos durante largo rato y luego volver de golpe a la superficie, sin saber qué había pasado entretanto, ni cuánto rato habíamos estado en otra parte.

Cuando una de mis dos amigas me hacía una pregunta o parecía comprender lo que yo decía, me costaba creer que aquello estuviese sucediendo. A ratos, cada una de ellas parecía increíblemente hermosa, demasiado hermosa para ser real y estar tan cerca. No sabía decir si mi marido me había querido de verdad. Su cara y su cuerpo, sentado en una silla en aquella salita en la que nos reunimos con mi abogado antes de entrar en la sala del tribunal, no dejaban de cruzarme por la mente. Antes, en la cocina, viendo a mi amiga con su exmarido, no había sabido decir si quería que se reconciliaran o no. Ella lo echaba de menos. Hablaba de él, de haberlo dejado, como si se hubiese producido un error irrevocable. En la cocina habían hablado en albanés entre ellos. Se mantuvieron a varios palmos de distancia. Como no conocía las palabras, solo veía a dos personas intercambiando sonidos, inundando la cocina de un perfume evocador. No sabía decir si dos personas habían llegado a amarse *de verdad* si luego eran capaces de dejar de amarse. No sabía decir si el amor era una cosa o algo real que nunca podía quedar del todo probado, como Dios, y que solo podía experimentarse en el acto de alcanzarlo, de modo que, al mirar atrás, siempre quedaba en entredicho. No sabía si yo era capaz de amar y de ser amada en la práctica. En cierto momento de mi vida las palabras *Te quiero* me habían parecido una revelación, no la señal de que debía prepararme para cuando las retiraran.

Una de nosotras estaba contando otra historia, una historia que le había venido a la cabeza en respuesta a la historia de X. Empujé con el pie contra el suelo para que la hamaca se columpiase (suavemente). La barbacoa era por el

cumpleaños de alguien –el hermano del exmarido de mi amiga– y las voces de los demás cantando el «Cumpleaños feliz» nos sobresaltaron a las tres y nos hicieron mirar al frente, recordar el contexto de la fiesta, recordar que era el cumpleaños de Armend, y que había un montón de gente más en la otra punta del patio.

Así es como tienes que tocar siempre

## I

Desde la ventana, Gretchen vio el coche de su padre doblando la esquina. Su desaparición le provocó una sensación de súbita laxitud, como si el peso de su cuerpo ya no presionara contra el banco exactamente de la misma manera. A salvo, pensó. Salvada. Porque la señorita Grant no tenía pensado contarles a sus padres lo que había pasado la semana anterior. No había llamado al padre de Gretchen ni lo había abordado en el camino de entrada, como había temido Gretchen que hiciera. Estaba sentada como de costumbre en su vieja silla desastrada y le dijo a Gretchen que comenzase con la pieza de la semana. Se toqueteaba ansiosa las puntas quemadas de su pelo negro y esquivaba la mirada de Gretchen, o puede que Gretchen esquivara la suya. Se aclaró la garganta y dijo: «*Tempo*. Fíjate en el *tempo*.»

Así que iba a actuar como si no hubiese pasado nada.

El amor que había dentro de ella tenía espacio ahora para dispersarse. Era en parte nerviosismo, en parte desesperación, y un poco de locura, también, y notó cómo aquello empezaba a salir a chorro de ella y a envolverla, cómo dejaba invisibles marcas de sí misma por todas las cosas que tocaba: la bolsa, los libros, las llaves, las páginas de la partitura que iba pasando. Llevaba un vestido de seda rosa, poco adecuado para las lecciones tanto por su elegancia como porque estaba sucio, y cruzaba y descruzaba las piernas una y otra vez solo para sentir el tacto de la seda.

—No practicas —le dijo la señorita Grant, ajena a la excitación de Gretchen. Ajena quizás a toda excitación salvo a la fría intensidad de la música.

Ahora que sabía que la señorita Grant no iba a delatarla, se sintió especialmente osada.

—Ya no me importa —dijo.

Habría odiado a la señorita Grant por chivarse, pero también la odiaba ahora por no hacerlo.

La señorita Grant se crispó.

—¿No te importa *qué*, exactamente?

—Nada.

Gretchen se rió, para convertir la palabra en una broma más que en un desafío, porque ¿y si la señorita Grant se enfadaba y se acababa chivando?

La señorita Grant soltó un suspiro.

–Vamos a probar con la mano derecha sola.

Gretchen se concentró en las notas esta vez, se fijó en el compás tres por cuatro, en el sostenido. Pero cada dos compases se equivocaba de nota a propósito y miraba a la señorita Grant con recelo.

–Así solo te haces daño a ti misma –le dijo la señorita Grant.

Gretchen no disfrutaba con el piano, la verdad era que no. Su madre la había apuntado a las clases que habría querido hacer ella. «No tengo bastante apertura», dijo su madre, ondeando los dedos, que tenía secos y agrietados por los lavados frecuentes que exigía su trabajo de enfermera. «Pero tú podrías ser concertista. Los *dedos* los tienes.» Pero el verdadero catalizador fue que poco más de un año atrás se había metido en líos, y sus padres habían pensado que el piano la ayudaría a «centrarse».

El lío era que la abuela de Gretchen la había pillado a solas con su primo Jamie en el sótano de su casa durante una reunión familiar. Se habían quitado algo de ropa. Su abuela, que padecía los primeros síntomas de alzhéimer pero estaba, ese día en concreto, lúcida, se lo tomó con calma. «Primos besándose», dijo después de darles la noticia por extenso a sus padres. Le temblaba la voz, pero sonreía. «Pasa en todas las familias.» «Esto parece más que un beso, mamá», respondió su padre. Se le puso la cara roja y apretó el respaldo de una silla entre las manos al tiempo que la madre de Gretchen rompía a llorar.

*Esto* –los manoseos, las exploraciones, las risas en sitios oscuros y cerrados– había tenido lugar varias veces antes, en otros cuartos y otras casas (aunque Gretchen y Jamie no tenían intención de decírselo a su familia). Pese a que Gretchen sabía que no debería haberse escabullido con él, le desconcertaba que su familia se tomase tan en serio su relación. Técnicamente (por poco), seguía siendo virgen. Y no amaba a su primo, no era eso, no fantaseaba con casarse con él y pasar el resto de la vida juntos; ni siquiera le gustaban ciertas cosas de él, como esa barba llena de calvas que se esforzaba en hacer crecer, o la forma en que le mordía con demasiada fuerza la oreja en los momentos de pasión, o que le fuese metiendo las manos por debajo del elástico de su primer sujetador de verdad cuando ella no quería

hacer *otra vez eso*, sino solo hablar. ¿Hacía eso que la situación fuese más o menos pervertida?, se preguntaba. Porque la habían absuelto demasiado rápido como para averiguarlo. Daba la impresión de que nadie quería pensar que Gretchen, que parecía pequeña hasta para tener trece años, que tenía unos ojos enormes que daban pie a los comentarios maternales de desconocidos –*no tropieces ahí, cielito; cuidado que quema, cariño; ¿y tu abrigo?*–, pudiera ser algo más que una víctima. Jamie, tres años mayor, un chico raro, era el pervertido. Como ya era conocido por fotografiar letrinas de madera putrefacta en campos a las afueras de la ciudad, por ver las películas de *El Padrino* una y otra vez, y por negarse a hacer cualquier trabajo de la escuela que no considerase a su altura, sus padres habían decidido que era él quien había presionado a Gretchen para hacer lo que hicieron. La verdad es que no era capaz de recordar si había sido él quien la había tocado primero. Lo que sí recordaba era que durante Acción de Gracias, Navidad y Pascua, mientras su madre se afanaba en dar consejos a sus tías divorciadas en el porche y su padre se largaba con su tío a beber en el cobertizo, Jamie había sido el único que había mirado más allá del barullo de mesas cubiertas de cazuelas, bebés gritando y primas mayores acurrucadas en los brazos de los novios que habían llevado y había reparado en ella cada vez que decía «Mira» o «Una cosa».

Dado que sus familias habían empezado a turnarse para asistir a las celebraciones familiares, y dado que los padres de Jamie lo habían mandado de inmediato a un internado solo para chicos (a ojos de su padre, estar con Gretchen había sido «la gota que colmó el vaso»), no había vuelto a verlo desde que los pillaron. Se lo imaginaba desaliñado y meditabundo, con un uniforme caro, paseando por un césped bajo árboles grandes y vetustos. ¿Se la imaginaba él en su nueva escuela cristiana privada, donde la mayoría de las demás estudiantes se conocían desde el parvulario, y su alivio cuando las vacaciones de verano la liberaron por fin? ¿La imaginaba tocando el piano?

Llevaba ya un año yendo a clases, y a menudo se preguntaba si sus padres se habían fijado bien en su profesora de piano cuando decidieron que sería *ella* la que ayudaría a Gretchen a «centrarse». Puede que lo de Escuela *Juilliard*, que tanto les gustaba decir a los amigos, anulase de algún modo a sus ojos la rareza de la profesora.

Pero como su madre y su padre estaban desesperados por que las clases funcionaran, Gretchen no protestó. Sus padres dormían ya en cuartos

separados –habían empezado a hacerlo el año antes–, y aunque se lo habían explicado, que su padre hablaba en sueños, Gretchen sentía en su cuerpo los temblores de un puente que unía dos lugares mucho más grandes que él mismo.

–¿Te gusta el piano? –le preguntaba su madre, recolocándose las gafas, peinando con las manos su pelo corto y gris.

–Sí –respondió Gretchen, porque en aquella época no había muchos otros temas seguros de los que hablar, ya que la madre de Gretchen, que ni siquiera había salido con nadie antes de su padre, quería que se «abriera» sobre todas las cosas de las que menos le apetecía a hablar.

Su padre tenía también un gran interés por el piano. A veces acariciaba la madera con gesto reverencial, pero sin tocar nunca las teclas. Gretchen no quería ni pensar que su padre supiera lo que había hecho con Jamie, y sin embargo siempre que estaban cerca el uno del otro, la evidencia presionaba sin parar los costados de sus pensamientos.

–Mi favorita es la «Sonata Claro de luna» –le dijo él una noche, apoyado en el marco de la puerta, con una extraña ternura en la voz, y la mirada presente de un modo al que Gretchen no estaba acostumbrada–. ¿Sabes tocar la «Sonata Claro de luna»? –insistió.

–Todavía no –respondió ella, con los dedos holgazaneando sobre las notas de una escala nueva que ya había aborrecido, mirando a otra parte–. Pero intentaré aprenderla, ¿de acuerdo?

La señorita Grant tenía una cara pálida y demacrada que se le veía aún más demacrada cuando se enfadaba. A menudo le daba un tic en los músculos en torno a los ojos, y a veces el que había justo encima del párpado izquierdo se le contraía y daba la impresión de que guiñaba el ojo. La incongruencia entre aquel guiño tonto y la cara enfadada hacía que a Gretchen le entrasen ganas de reír, pero también de apartar la vista. Un flequillo oscuro y teñido le cortaba la frente, se desplegaba por las mejillas y se ensanchaba sin ningún orden hacia atrás. Se ponía en las mejillas colorete terracota, que no pegaba con el frío perlado de su piel. Y los ojos se los perfilaba con kohl oleoso: una línea demasiado gruesa y mal hecha como para resultar favorecedora.

Sus pulseras de plata tintineaban cuando movía la mano por el cuaderno de Gretchen tomando notas. La vainilla empalagosa de su perfume de droguería flotaba en torno a ella como una nube, de modo que incluso a un palmo de

distancia Gretchen se sentía empujada al seno de la señorita Grant, envuelta en su aroma. A veces, cuando tocaba bien, la señorita Grant se paseaba por detrás de la banqueta, frente a la ventana. Llevaba siempre unos tejanos negros ajustados y una blusa de seda negra con algún tipo de volante. Sus zapatos de cordones aterciopelados y de tacón alto repiqueteaban en el suelo de parqué.

Tocaban en una habitación color mantequilla con una gigantesca ventana panorámica que daba a las zarzas descuidadas del patio trasero de la señorita Grant. Había huevos de plástico, de cuando la Pascua, todavía colgados de algunos de los árboles, y se mecían al viento con un desafiante violeta, rosa, azul y verde sobre los hierbajos. Salvo por la silla de la señorita Grant, una cosa de mimbre desgastado que parecía que hubiesen metido en la casa después de años a la intemperie, y un sofá color melocotón arrimado a la pared contraria, la habitación estaba vacía.

La señorita Grant tenía un gran piano blanco, «como el de John Lennon», había comentado cuando Gretchen y su madre habían visitado por primera vez la casa el verano pasado. Y encima del piano la señorita Grant tenía un marco con una pequeña foto del señor Lennon. En ella, Lennon llevaba una ropa oscura de estilo amish y estaba de pie en un campo, solo. La foto estaba muy desgastada por los bordes, y Gretchen se preguntaba si la habría recortado de una revista. Durante la primera clase, con la esperanza de avergonzar a la señorita Grant, se lo había preguntado.

La señorita Grant había respondido, de manera poco convincente, que no. Las palabras fueron tajantes y pronunciadas con cuidado. El acento sonaba artificialmente norteno, y Gretchen se la imaginó practicando sola delante del espejo.

—¿Estás colada por él? —Gretchen alargó la mano hacia el marco, pero la señorita Grant lo puso fuera de su alcance.

—Está muerto.

—¿Entonces te gusta un muerto?

—No en la manera que estás insinuando. Admiro su... —hizo una pausa—  
genio.

—No sabía que era tan buen pianista.

—Mucha gente no entiende el encanto de su rusticidad. Su sonido era puro.

Entonces le preguntó a Gretchen si le gustaría escuchar una canción suya, para inspirarse. Tocó «Imagine», una canción que Gretchen había oído en una



emisora de clásicos de antes y que su madre había considerado sacrílega por el verso «Imagina que no existe el cielo». Los dedos largos y nervudos de la señorita Grant se deslizaron por las teclas con un sonido algo distinto al de la canción de la radio: las notas eran las mismas, pero el estilo era más enérgico, la armonía más densa, con florituras aquí o allá que compensaban la ausencia de letra. La señorita Grant llevaba las uñas pintadas de rojo oscuro, como los labios. Con esos labios rojos, su palidez y el flequillo negro, parecía una Blancanieves distorsionada. A mitad de la canción cerró los ojos, entreabrió los labios y se balanceó un poco, lo que hizo que Gretchen sintiera unas ansias repentinas de salir de allí. Cuando terminó de tocar se quedó en silencio con los ojos empañados. Dijo en un susurro que tenía que salir afuera a por el correo.

—¿El correo?

—Hoy llega tarde.

En realidad salió a fumar un cigarrillo, en el camino de entrada; su ropa de un negro absurdo frente al calor que brotaba del pavimento. Gretchen solo podía verla si se pegaba al borde de la ventana, desde el ángulo más alejado. Ya dentro, a la señorita Grant ni siquiera se le ocurrió inventar una excusa por no llevar ninguna carta, pero Gretchen lo dejó pasar, por el simple hecho de que podía.

La señorita Grant tenía cambios de humor. A veces se pasaba la mayor parte de la clase mirando por la ventana mientras Gretchen tocaba. Y si Gretchen decía algo sin que le hubiesen preguntado, una expresión sobresaltada atravesaba su rostro, cruzaba o descruzaba las piernas delgadas vestidas de negro y decía: «¿Perdón?» Pero cuando Gretchen tocaba algo bien, la señorita Grant le daba miedo. Por ejemplo, unos meses atrás, cuando seguía deseando a Jamie y había dejado deslizar ese anhelo en el «Nocturno en mi», la señorita Grant se había levantado de un salto de la silla, la había sacudido agarrándola por los hombros, le había clavado una intensa mirada en los ojos y le había dicho: «¿Lo notas? Había pureza ahí, Gretchen. Así es como tienes que tocar siempre.» La había sujetado por los hombros demasiado tiempo, con las largas uñas clavándose en su piel, y Gretchen había tenido que zafarse, avergonzada. Pidió permiso para ir al baño y la señorita Grant salió al patio.

Fiona Xiu era la única otra alumna de la señorita Grant. Había empezado las clases en junio pasado, un mes después de Gretchen. Fiona parecía china pero hablaba como una norteamericana. A veces, cuando llegaba pronto a clase y tenía que esperar en el sofá melocotón, su pelo reflejaba la luz de la ventana y colgaba frente a sus hombros como una cortina brillante y lustrosa. En verano sus pómulos anchos adquirían brillo también, pero en invierno se quedaban secos, casi polvorientos. Siempre que hacía un día razonablemente soleado, ondeaba la mano entre las partículas de polvo que flotaban en el rayo de luz que entraba en diagonal por la ventana. El movimiento distraía a Gretchen. No podía evitar sentir más interés por Fiona que por la canción que estaba tocando, y no podía evitar volverse a mirarla más o menos cada minuto. Miraba a Fiona, bateando el aire como una chiflada, y envidiaba sus zapatos, de tiras, sexis, de mujer.

Habían comenzado las clases más o menos a la vez, pero Fiona tocaba de un libro de nivel 4 mientras que Gretchen tocaba de uno de nivel 2.

De vez en cuando, cuando la señorita Grant tenía que ir a por una bebida o al baño o salir de la casa, las dejaba a las dos solas. Las frases de Fiona estaban salpicadas de «putos» y «putas». Había tocado «Für Elise» «cien putas veces». No soportaba ese «puto calor». Sus alpargatas nuevas no costaban «un puto duro». Una vez que Gretchen se resbaló y soltó una palabrota, sus padres se pusieron histéricos, pero según Fiona, cuando ella hablaba así delante de la señora Xiu, la mujer se limitaba a fruncir el ceño. Y al señor Xiu ni le importaba. Fiona decía que era porque eran «chinarros».

A lo mejor la señorita Grant también había sacudido a Fiona por los hombros y le había dicho: *Así es como tienes que tocar siempre*. Si fuera así, Gretchen sentiría alivio, pero también decepción. Más alivio que decepción, eso sí, porque tocar bien no iba con ella. Para tocar bien –lo que la señorita Grant parecía entender como tocar bien– había que poner dolor en las notas, una especie de feliz sufrimiento que conformaba la música pero que provenía al mismo tiempo de ella. Y por eso tocar bien delante de la gente la hacía sentirse humillada, como que la hubiesen pillado con Jamie (su abuela mirando, la franja de luz de la puerta, Jamie sin *enterarse* siquiera de que tenía que levantar la vista hasta que ella se lo dijo). Y si no iba a tocar delante de la gente, ¿qué sentido tenía tocar? Ella no se lo veía. Lo de tocar bien era para personas como la señorita Grant, que estaba colada por un muerto al que ni siquiera conocía.

–No vas a ir con ese vestido –le dijo su madre en casa–. Ya te lo has puesto para ir a la iglesia dos veces seguidas.

Pero Gretchen había seguido rebuscando en el cesto de la ropa sucia. Había rociado el vestido con ambientador mientras su madre no dejaba de gritar, intentando que su voz sonara firme en lugar de asustada.

Ahora cruzaba y descruzaba las piernas, sintiendo el suave frufú de la seda, aunque sucia, contra las rodillas.

Mientras tocaba (mal, con desgana) no oía más que el tintineo de las teclas, no prestaba atención a ninguno de los sonidos que pudieran llegar del otro extremo del pasillo, del cuarto que ocupaba el hermano de la señorita Grant. Para ella, la canción era como una pequeña cárcel de sonido.

## II

El baño en sí era normal y corriente, desagradable por los productos capilares caducados y las baldosas llenas de moho. Pero el pasillo la tenía intrigada. No olía mal, sino a rancio, a cerrado, un olor ligeramente dulzón, como la casa de una persona mayor, y no de una persona joven como la señorita Grant. El papel de cachemira marrón y dorado de las paredes se estaba despegando y amarilleaba en los bordes a causa de la humedad, y su aspecto conjuntaba con el olor del pasillo. A diferencia del pasillo de su casa, no había ninguna foto de niños, ni de playas, ni de reuniones familiares. Todas las puertas estaban cerradas (los padres de Gretchen tenía una regla de puertas abiertas) y eso la mataba de curiosidad. Esperaba que las puertas de la señorita Grant ocultasen secretos. Tal vez un santuario dedicado a John Lennon, de esos que les gustaban a los psicópatas en los programas de investigación de crímenes que veían sus padres. Tal vez un diario con los pecados de la señorita Grant. Puede que un vacío frío y oscuro, como esa expresión que revoloteaba sobre los rasgos de la señorita Grant de vez en cuando.

Hacía como mínimo un mes que lo había oído por primera vez.

La señorita Grant había salido, y Gretchen fue al baño como cualquier otro día. Oyó una tos amortiguada. Al principio pensó que la señorita Grant tenía

un perrito. Abrió una rendija la puerta –la última puerta– y se encontró a un hombre.

Era un hombre esbelto, casi flaco, con un albornoz de cuadros blancos y verdes, tumbado en un lado de la cama, las sábanas enrolladas a punto de salirse del colchón. La lámpara del techo no estaba encendida, pero la luz del sol entraba a chorro por las persianas a medio abrir y caía en diagonales de punta a punta de la cama. El hombre se llevó a los labios un cigarrillo liado a mano, el humo del cual olía a tierra. La recibió con tranquila curiosidad, le echó una mirada de arriba abajo y dijo: «Eh.»

La presencia del hombre la sorprendió tanto que no dijo nada en un minuto, se quedó mirándolo fijamente, el cigarrillo que sostenía entre los dedos, la fina serpiente de humo que se erguía y desaparecía justo sobre su cabeza. No lo sujetaba de la manera normal, sino entre el pulgar y el índice.

–¿Eso es maría? –le preguntó al fin.

El hombre se puso recto de golpe contra el cabecero de la cama y levantó las cejas.

–Por supuesto que no.

No llevaba nada debajo del albornoz, y Gretchen vio el vello rubio oscuro de su pecho. A pesar de que llevaba afeitada parte de su cabellera ondulada y trigueña, y que la falta de pelo dejaba al descubierto una franja de cráneo rara, abollada y cruzada de puntos de sutura, tenía una cara extraordinariamente atractiva. Sus ojos eran del color de los julepes de menta que su padre, pese a las protestas de su madre, se tomaba los fines de semana de verano: del color de las hojas de menta sumergidas en el bourbon. Era obvio que se había roto alguna vez su nariz prominente, lo que le daba un aire especialmente masculino.

–Sí que lo es, ¿verdad?

–¿Y qué? Tengo un tumor cerebral, puedo hacer lo que quiera.

Desde un punto de vista filosófico, esto la intrigó. El hombre estaba viendo porno en la tele. (Gretchen no sabía mucho de porno, pero sí lo bastante para reconocer que lo era.) Salía una pareja haciéndolo en una oficina, en una silla. Con el mando a distancia, el hombre paró el espectáculo y la pantalla se puso azul. Sonrió y se inclinó hacia ella. Su sonrisa parecía perspicaz, astuta, y dejaba entrever una hilera de dientes rectos y algo manchados. Alargó el dedo y le dio unos toquecitos en el hombro. Algo se agitó en su vientre, no por el contacto sino por su olor. No olía bien. Pero algo en su olor corporal, en parte

terroso, como el porro que se estaba fumando, en parte avinado y dulzón, hizo que sintiera ganas de acercar la cara a su cuello, como había hecho con Jamie.

En ese momento apareció la señorita Grant en el umbral de la puerta, una cara pálida flotando en la negrura de su ropa y la oscuridad del pasillo.

–Por favor, vuelve a la sala del piano, ahora mismo. –Y luego, casi en un susurro, a él–: *Me estoy esforzando, Wes. Me estoy esforzando de verdad.*

–Pero ha entrado ella. Creía que no era real.

–¿Cómo no va a ser real? –dijo la señorita Grant, con la voz quebrándosele.

Alzó las manos al cielo y el hombre se encogió de hombros y se medio derrumbó contra el cabecero de la cama. La señorita Grant giró sobre sus talones, con el ceño fruncido, y sacó a Gretchen al pasillo. Ya fuera, esbozó una leve sonrisa y le dijo que lo sentía mucho si su hermano le había dicho alguna cosa rara.

–No se encuentra muy bien.

En la sala del piano, Gretchen tocó «Blue Swing». La señorita Grant introdujo la escala de sol sostenido menor. Gretchen la tocó unas cuantas veces y luego llegó la hora de irse. Cuando se levantaba de la banqueta, la señorita Grant le puso la mano en el hombro, una presión incómoda y húmeda y un poco demasiado recia. Debía de pensar que Gretchen les contaría a sus padres lo que había pasado. Para Gretchen, la idea –ella hablándole del hombre a su madre– resultaba casi risible.

Estuvo pensando en él toda aquella larga semana de verano que pasó sola en casa mientras *ellos* iban a trabajar, tumbada en la cama más allá del mediodía imaginando qué podría haber dicho para parecer mayor. En el vecindario vivían sobre todo ancianos y yuppies, y dos de cada tres calles eran calles sin salida, pero aun así a veces se vestía y se paseaba lentamente con la (lo sabía) ridícula idea de que por algún motivo él podría pasar por allí con el coche. El día que encontró los vestigios de una fiesta nocturna – cigarrillos, botellas de cerveza– en el callejón más escondido, cerca del bosque, pensó en lo fácil que sería que él se escapase allí para estar con ella mientras toda la gente que impediría tal encuentro dormía. Solo que estaba enfermo. ¿Se pondría bien? ¿Cuándo? No tenía a nadie a quien contarle aquello. Sus pocas amigas de la escuela estaban de vacaciones exóticas, el

tipo de vacaciones a las que sus padres no la llevarían nunca (en agosto pasaban una semana en Pawleys Island, como habían hecho los últimos catorce años de su vida). Y así las mañanas en la cama, los paseos sudorosos y el callado deseo se fundieron en un sueño denso y embriagador.

Habitualmente, por la noche, sus padres la despertaban de una sacudida con sus voces ansiosas y necesitadas. La torturaban con su idea de tiempo de «unión familiar», que consistía en ver programas de investigación de crímenes mientras comían pizza. En los programas aparecían detectives de gesto serio persiguiendo a traficantes de crack y asesinos en serie e interrogando a prostitutas. Su padre, que trabajaba en el ayuntamiento, disfrutaba pillando fallos en los detalles de los programas. «Esto no va así», le gritaba al actor de la pantalla con un tono autoritario que sobresaltaba a Gretchen. Así que no entendía siquiera qué sentido tenía verlos. Ella solía escabullirse a los quince minutos de comenzar el programa, después de terminarse la pizza. (Aunque muy a menudo uno de ellos reparaba en su ausencia y al pie de la escalera la llamaba con tono bromista o irritado hasta que regresaba, solo para volver a marcharse, en un ciclo inexorable.) Pero esa semana se obligó a ver con ellos dos programas para poder hacerle a su madre preguntas especulativas sobre los tumores cerebrales mientras daban anuncios. Al parecer el asunto era mucho más complicado de lo que creía, y sus preguntas solo llevaron a más preguntas. Para evitar sospechas, al final tuvo que decir que se había notado un bulto en la cabeza. Su madre pareció encontrarlo divertido, en lugar de preocupante, pero dijo: «Déjame ver.» Con los mismos dedos que usaba para revolver en los cajones y en el armario de Gretchen cuando no estaba –como uno de los detectives del programa, buscando indicios que revelaran el componente siniestro de Gretchen–, palpó el cuero cabelludo de su hija. Sus dedos delicados-inteligentes-suspicious le hicieron sentir ganas de llorar.

–Esto no va así –le soltó su padre a la tele felizmente, y las cosas volvieron a la normalidad.

Pero en la siguiente clase no lo vio. La señorita Grant no salió a fumar. Se entretuvo en el pasillo cuando Gretchen fue al cuarto de baño. Cuando el hombre se dejó ver al fin, pareció un milagro, aunque solo cruzó la sala del piano de camino a la cocina.

De pie no era especialmente alto, pero tenía los brazos y las piernas largos,

y avanzó por la sala con movimientos lánguidos y una cara desganada y aburrida. Esta vez, el albornoz se le abrió y reveló un pijama de cuadros debajo. No miró hacia el piano, donde Gretchen estaba tocando «Devil's Curtsy», pero cuando volvía de la cocina se detuvo junto a la banqueta, la señaló con el culo de una botella de Schweppes sin abrir y dijo:

–Otra vez tú.

Gretchen levantó la vista hacia él y notó cómo se ruborizaba. El hombre sonrió. Aun con esa piel llena de manchas –hoy de un rosa grisáceo, febril, ¿tal vez?– era la primera persona a la que quería y no quería mirar al mismo tiempo. Mirar fijamente la zona afeitada de su cabeza la hacía sentirse menos nerviosa.

–Ah, ¿te van las cicatrices? Puede que también te interese saber que, debido a la indiscreción juvenil –negó con la cabeza y puso los ojos en blanco con gesto teatral–, tengo una placa en la cabeza que ha hecho saltar los detectores de metal de aeropuertos de todo el mundo. Por suerte, eso no me impidió entrar en Juilliard.

–Tú no fuiste a Juilliard –exclamó la señorita Grant con tono serio y preocupado–. Fui yo.

Él soltó una risotada histérica.

La señorita Grant frunció el ceño. Suspiró.

–Estábamos en plena tarea.

–Hum... En plena tarea –dijo, imitando su acento afectado, casi la antítesis de su propio deje, y tamborileando con los dedos sobre la tapa del piano–. Todo el mundo está en plena *tarea*, May. –Miró a espaldas de su hermana y le guiñó el ojo a Gretchen–. Pero es de mala educación decirlo.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y se alejó con pasos silenciosos por el pasillo, con el cinturón del albornoz arrastrando tras él. La señorita Grant parecía aturullada. Le entró el tic en el ojo.

Puede que se diese cuenta de que también Gretchen estaba temblando, porque le ofreció una taza de té. Gretchen la aceptó.

La señorita Grant calentó el agua en un hervidor rojo y plateado y le dio permiso para que escogiese la taza que quisiera del estante. Nunca había invitado a Gretchen a tomar té (o ni siquiera un vaso de agua). Había todo tipo de tazas: algunas sencillas y de aspecto moderno, otras rústicas y artesanales, y unas pocas tacitas muy refinadas con sus platos a juego. Gretchen escogió una tacita azul y blanca. La señorita Grant metió tres

bolsitas de té en una tetera de jade y vertió agua del hervidor. Se sentaron en una mesita cuadrada que había enfrente de la ventana. La señorita Grant se inclinó hacia Gretchen, con los codos apoyados en la mesa, y le dijo que la forma en que acababa de tocar «Devil's Curtsy» le parecía interesante. En sus comienzos, también ella la había tocado con «indolencia», igual que Gretchen, y aunque la partitura indicaba otra cosa, ella prefería *su* manera. Gretchen no tenía intención de tocarla de ninguna manera en particular; y no comprendía el significado de la palabra «indolencia»: a lo mejor era otro término pianístico que no había conseguido retener. Pero aun así había contentado a la señorita Grant: esbozó una media sonrisa y murmuró un agradecimiento. Siguió un silencio. Y luego una larga mirada de la señorita Grant, un atisbo de su sonrisa de carmín y los dedos blancos deslizándose por entre las puntas negras de su pelo. Frunció el ceño con severidad. Se puso a hablar de sus abuelos, con los que había vivido en esa misma casa cuando tenía la edad de Gretchen. No había tocado el té, tenía la taza envuelta entre los dedos de una mano. Le contó que su abuela tocaba todas las mañanas y todas las noches. Te despertabas con la música y te dormías con la música. A veces te desvelabas en plena noche creyendo haber oído una canción hasta que ibas al piano y veías que no había nadie tocando. Eso seguía ocurriendo. Lo que llevaba a la teoría de la señorita Grant según la cual uno no creaba la música, sino que la dejaba salir a través de sí mismo.

–Un instrumento es solo una herramienta. Siento que toda la música que tocaba mi abuela sigue en esta casa. Y creo que tú también la sientes, Gretchen.

Gretchen asintió, aunque no sentía nada de eso, aunque no quería sentirlo. Era curioso descubrir que la señorita Grant la veía distinta de como era. La señorita Grant nunca había hablado tanto, no así. Le lanzó a Gretchen una intensa mirada, los ojos llenos de luz.

–En Juilliard, tuve un prometido llamado Gregory.

La señorita Grant le contó que tanto ella como Gregory tenían recitales la misma semana. Los dos acabaron queriendo tocar el mismo concierto. A Gregory le preocupaba siempre que ella tocara mejor que él, y le pidió si podía tocar otra cosa, dado que él era un alumno de tercero y ella de primero. Le dijo que no. Gregory le respondió que si tocaba el concierto, no quería volver a verla.

–Y lo toqué, Gretchen. Lo toqué a la perfección.



Hubo un largo silencio –las palabras tenían un aura de triunfo– y al fin dio un sorbo a la taza de té. Los dedos de la otra mano recorrieron nerviosos el tablero de la mesa, sin motivo aparente. A Gretchen le daba miedo que la señorita Grant la intentase coger de la mano. A lo mejor se echaba a llorar. Miró a Gretchen con unos ojos húmedos y expectantes, pero el hechizo se rompió con el chirrido de la puerta y la aparición de Fiona Xiu. Llevaba unas sandalias de cuero de tiras trenzadas que se le enroscaban por los tobillos y entró mascando ruidosamente una bola de chicle azul.

La señorita Grant se sobresaltó y su té se derramó por el borde de la taza. Le ofreció una taza a Fiona que ella rechazó y se levantó a aclarar la tetera. Fiona se sentó al lado de Gretchen mientras la señorita Grant salía.

Fiona examinó las elegantes tazas que había sobre la mesa y echó un vistazo a las que se amontonaban en el estante. Tenía una cara vivaz, en forma de luna, y unas cejas negras depiladas dibujando unos arcos perfectos que se afinaban en los extremos.

–Qué puto montón de tazas.

Gretchen asintió. Observó cómo Fiona se remecía la cutícula del índice izquierdo y luego, lo más despreocupadamente posible, le preguntó a Fiona si se había fijado en que el hermano de la señorita Grant estaba viviendo en la parte de atrás. Fiona le respondió que sí.

–Un día salió, en plan en mitad de la clase, y soltó algo como: «Ha estado marcada desde siempre.» Y luego le señaló los pies y dijo que uno era más grande que el otro. Es un chalado. –Cogió la taza de Gretchen y examinó los arabescos azules y blancos–. Intentaba sacarla de quicio. Creo. Es mono para ser un viejo. O lo sería si no tuviese un lado de la cabeza hecho una puta mierda. –Fiona dio un sorbo de la taza de Gretchen. No se la devolvió.

La mosquitera chirrió, y la señorita Grant volvió a entrar en la cocina. La madre de Gretchen se había parado en la puerta, dijo. Gretchen se detuvo un momento para mirar los pies de la señorita Grant. Uno era, en efecto, al menos un número más largo que el otro.

### III

–¿Te sigue gustando el piano? –solía preguntar su madre, apoyada en el marco de la puerta, tamborileando a veces levemente con las uñas en el

tablero del piano, con una sonrisa que perdonaba a Gretchen por no querer hablar con ella de chicos o de sentimientos secretos, de ninguna de las cosas que importaban; sus ojos intercambiando una mirada con los del padre de Gretchen mientras este pasaba junto a la puerta y se detenía a su lado, sus cuerpos cerrando el espacio que separaba dentro y fuera.

–Sí, claro.

–¿Sabes tocar la «Sonata Claro de luna»? –quería saber su padre, con un tono que indicaba que había olvidado que era la tercera vez que se lo preguntaba. Muchas noches desde que sus padres habían empezado a dormir separados, Gretchen, agitada y sudorosa por alguna pesadilla que no lograba recordar, se acercaba a la puerta del cuarto de invitados, ahora la puerta del cuarto de su padre, para pillarlo hablando en sueños. Pero ninguna de esas veces oyó nada más que su respiración–. Me ha parecido siempre la composición más bonita del mundo.

–Todavía no, pero la aprenderé –prometió–. Supongo –empezó a retractarse.

No.

Sentía las palabras extrañamente ajenas a ella, como mentiras. O como sus caras, desesperadas por un afecto que Gretchen era incapaz de darles, pendiendo sobre ella. No pensaba *Estoy mintiendo*. No pensaba, en respuesta a su padre, *Ni esta cosilla puedo hacer por ti*. Pero así era como se sentía después.

#### IV

Sí, la señorita Grant tenía cambios de humor. Ahora estaba escudriñando las páginas del libro de teoría que le había mandado hacer el último día. Apuñalaba las páginas con su lápiz rojo, y de vez en cuando levantaba la vista para lanzarle una mirada de odio a Gretchen, que iba paseándose por las escalas mientras la señorita Grant corregía. ¿Clavaba el lápiz en las páginas con más fuerza que de costumbre? ¿O se lo estaba imaginando?

Gretchen no había practicado el temario que le tocaba (rara vez lo hacía), pero ejecutaba de manera convincente melodías y escalas sencillas siempre que sus padres pasaban cerca del cuarto.

Las últimas veces, Gretchen había medio abierto la puerta de la casa de la

señorita Grant –que le había dado permiso para entrar en hora de clase–, de modo que su madre la viera y se alejase por el camino. Luego cerraba la puerta y se quedaba en la escalera de entrada, rellenoando con prisas las páginas. Pero hoy, precisamente, como la señorita Grant estaba fuera fumando, no había tenido más remedio que entregarle los deberes a medias. Una parte de ella quería que la señorita Grant le gritara, le dijese que lo había hecho fatal. «Eres mala y estúpida», la imaginaba diciendo, igual que su madre, que nunca la insultaba, le había dicho en sueños una vez. *No*, pensó, cuando la señorita Grant paró de repente y la miró a los ojos con expresión acerada. Luego bajó la vista de nuevo y siguió corrigiendo. Pasó un buen rato garabateando notas que Gretchen no llegó a leer. Ningún sonido tocó el aire, nada salvo el roce de la punta del lápiz.

Había pasado ya una tercera parte del tiempo de clase y Wesley aún no había aparecido. ¿Y cómo iba a ir a buscarlo Gretchen, ahora que la señorita Grant lo sabía?

Fuera el patio estaba cálido y quieto. Nada se movía, ni siquiera los huevos de Pascua, de los que no se veían los cordeles, de modo que al echarles un vistazo rápido parecían colores colgando del cielo. Las nubes se desplazaron. La sombra cubrió el patio de gris. Claro y luego gris otra vez.

*Wesley. Wesley. Wesley.* Intentó invocarlo con sus pensamientos. Pasó una mano rozando por el bajo sedoso del vestido.

–¿Lo saben tus padres?

Gretchen se sobresaltó. Su corazón se disparó violentamente.

–A ver, es obvio que no te tomas en serio el libro de ejercicios. No he dicho nada antes porque pensaba que con las notas bastaba. Está claro que no.

## V

El día en que el hermano de la señorita Grant se había enamorado de ella – el primer día de las vacaciones de verano–, Gretchen había encontrado una nota en la puerta de la señorita Grant. Decía que había tenido una «emergencia sin importancia» y que no sabía dónde había puesto su número, y luego insistía una y otra vez en lo «mucho, mucho» que sentía los «inconvenientes» que pudiera causarle. Como su madre acostumbraba a esperar en el camino hasta que Gretchen entraba, se metió la nota en el

bolsillo y probó a abrir la puerta. No estaba cerrada. Dijo adiós a su madre con la mano y su madre se despidió también, con el coche ya en marcha atrás. Entró.

La casa estaba oscura y silenciosa en ausencia de la señorita Grant. Las persianas de la cocina y de la sala del piano estaban echadas. Gretchen se había afeitado las piernas esa mañana, y la seda del vestido crujía suave, fresca y recién lavada al rozar sus piernas mientras caminaba. Era la primera vez que se lo ponía: un vestido nuevo que su madre le había comprado para ir a la iglesia, con la seda estampada de círculos superpuestos rosa blanquecino, turquesa, rojo anaranjado y dorado. Su madre había dicho que le parecía «demasiado de vestir» para ir a clase, pero Gretchen había esperado hasta el último momento para ponérselo, porque sabía que su madre no la mandaría a cambiarse a su cuarto por miedo a llegar tarde. Ponerse el vestido para él la hacía sentirse elegante, especialmente femenina, como si al llevarlo aceptase un nuevo código de comportamiento, y se detuvo frente a la puerta, preguntándose si debía llamar esta vez. Pero ¿y si no respondía?

Giró muy despacio el pomo y entró.

Él estaba tumbado en la cama, leyendo un libro negro y grueso de tapa dura. Tenía el brazo apoyado en el edredón, que había medio enrollado, medio apretujado, y las sábanas se habían salido, por lo que se veía parte del colchón. Verla allí en el umbral pareció divertirle más que sorprenderle. La habitación olía a una mezcla de agrio y de sopa de tomate. Las persianas estaban echadas; la luz solo llegaba de las dos lamparitas colocadas a ambos lados de la cama. En un rincón del cuarto vio una vitrina de trofeos; el dorado y el plateado de las figuras tenuemente perfilado.

—La han convocado. ¿No te ha dejado una nota? —le dijo él.

—¿Convocado de quién?

—*Por* quién.

Dobló con cuidado la esquina superior derecha de la página en la que estaba y cerró el libro. La última vez tenía una cara boba y feliz, pero ahora lucía una seriedad desarmante, por lo que parecía más una verdadera persona enferma.

—La cuestión es que no está aquí, ¿vale?

—Mi madre ya se ha ido con el coche.

—Pues vas a tener que llamarla.

—Ha ido a comprar. Estoy demasiado lejos para volver a casa. Y no sé a

qué tiendas –dijo, anticipándose a lo que podía seguir.

Como demostración de que estaba ahí para quedarse, apartó la silla de madera del escritorio de la esquina, la giró de cara a la cama y se sentó. Después de observarla durante un minuto, él se incorporó. Soltó un suspiro, retomó el libro, lo volvió a cerrar y con un giro de su muñeca huesuda lo lanzó por encima de la vitrina de trofeos. Era un libro pesado, y Gretchen se sobresaltó cuando lo oyó estrellarse contra la pared.

–Odio ese libro –dijo él, riendo, como si hubiese sido una broma. Gretchen tuvo miedo por un instante, pero luego Wesley sonrió con dulzura y se volvió hacia ella–. May dice que tienes facilidad natural, pero que no practicas mucho. Dice que podrías llegar a ser muy buena.

–Odio tocar el piano –respondió Gretchen. Lo que pretendía decir, para ser claros, era que no se parecía en nada a la señorita Grant.

–No se lo digas a May. Se moriría. Ella ama el piano. Vive para el piano, creo. –Lo dijo en un tono confuso, con desdén en la voz, pero con algo un poco más afable en los ojos.

Gretchen soltó una risita, le gustaba aquella intimidación repentina surgida de criticar con él a su profesora.

–Ama el piano como... como uno amaría a una persona.

–Sí, eso es, exactamente. No hay nada más repugnante que el afecto desplazado. En particular, por lo que se refiere a pianos. *Puaj*. –Torció el gesto de un modo exagerado que hizo sonreír a Gretchen. Él le devolvió la sonrisa–. Eres una niña mala. Perdón, una *jovencita* mala. ¿Cuántos años tienes, a ver? No..., espera –dijo, antes de que ella pudiese responder–. Yo lo adivino.

–¿Cuántos crees?

–Me lo guardo para mí. –Cruzó las piernas a la altura de los tobillos al tiempo que se cruzaba también de brazos–. No sé qué vamos a hacer hasta que vuelva tu madre.

Pero por lo visto sí lo sabía, porque abrió el cajón de la mesita de noche y sacó lo que Jamie habría llamado un «chivato». (Ella no había fumado nunca hierba con Jamie, pero él le había explicado cómo era y había alardeado de que fumaba en las fiestas.) También del cajón, sacó un papel fino. Lo rompió, echó encima los pedacitos de hoja, lo enrolló y luego pasó la lengua por el borde.

–Tu vestido me recuerda a los carnavales –le dijo–. Los colores. ¿Has ido

alguna vez a Venecia?

–No.

–Bueno, ¿y qué me dices del mercadillo? Creo que ahí venden cosas parecidas.

–No he ido nunca.

–¿Y dónde ha estado entonces, *señorita*?... Ni siquiera sé cómo te llamas.

Ella le dijo su nombre.

–Gretchen. Gretchen.

Él lo pronunció despacio, con cuidado cada vez, como si fuese único. El sonido de su nombre hizo que le fuese subiendo la carne de gallina por brazos y piernas. Se puso a parlotear sobre una visita al Smithsonian de Washington que había hecho con el colegio, y luego del apartamento que tenían sus padres en Pawleys Island. En la penumbra del cuarto, sus ojos parecían más bourbon que menta, y las lamparitas tallaban suaves cuencas bajo sus pómulos. Una capa de pelusa ocultaba ahora la parte de la cabeza que antes había llevado afeitada. Apenas se veía la zona en que se hundía y abultaba, y Gretchen esperaba y a la vez temía que estuviese mejor. Si estaba mejor, no tenía que preocuparle que se muriera. Pero si ya no estaba enfermo, no se lo imaginaba allí, en ese cuarto. Allí con ella.

–A la playa, ¿eh? Y dime, Gretchen, ¿tú eres chica de dos piezas o de cuerpo entero? –Se llevó el cigarrillo a la boca, que era fina y ancha como la de la señorita Grant, pero más curvada en las comisuras. Para cuando entendió que estaba hablando de bañadores y abrió la boca para contestar, él la cortó–: Espera. No. Ya lo adivino.

–¿Te lo vas a quedar para ti otra vez?

Wesley se medio rió, medio atragantó exhalando el humo. Gretchen le preguntó si podía fumar algo de hierba, no tanto porque le apeteciera como porque quería sentarse en la cama a su lado. Él se encogió de hombros y ella se lo tomó como un sí. Se subió a la cama. Se sentó de forma que su hombro rozara con el brazo de él, que parecía más pequeño de lo que debería, incluso debajo de una gruesa capa de algodón. Wesley se apartó un milímetro, lo justo para dejar de tocarse, y le pasó el cigarrillo.

–Tienes que retenerlo un momento –le dijo mientras inhalaba.

Antes de aspirarlo del todo Gretchen se ahogó un poco. Se le humedecieron los ojos, pero sonrió para demostrarle que estaba bien. Quería

decirle que sabía más cosas de las que él creía que sabía. Que sabía qué hacer. Pero Wesley siguió hablando.

–El tema es la falta de imaginación. Ya no hace falta imaginar. Fíjate, con los bikinis, en especial si son de tanga, se ve prácticamente *todo*. No queda nada a la imaginación. Sabes que todo el mundo es más o menos igual debajo de la ropa, pero no *lo sabes* realmente. Y de repente sí. De repente es lo que hay.

Dio otra calada al cigarrillo y se lo pasó a ella. Sus dedos se rozaron un instante. Gretchen inhaló de nuevo, esta vez sin ahogarse, y lo retuvo dentro tal como le había dicho. Con los ojos clavados en la rodilla desnuda de él, expuesta por la abertura del albornoz. No podía apartar la mirada. El vello era casi del mismo color que la piel, el contorno una abrupta curvatura, y parecía secretamente hermosa.

–Otro ejemplo –prosiguió él, haciendo gestos elaborados con la otra mano para dar la impresión de estar dibujando en el aire–. Yo he visto mi cabeza por dentro. No es más que un órgano, como un riñón, y ya te lo esperas, pero no. Te han enseñado fotos en el colegio, ¿verdad? –Ella asintió–. Ojalá no lo hubiese visto. Yo me lo imaginaba como luz. Colores. Al menos *colorido*. Me gustaría pensar que el interior de mi cabeza se parece a tu vestido.

Ella palpó el bajo de seda, la parte que cruzaba por la mitad de la espinilla. Wesley se inclinó hacia ella, solo un poco, de modo que su brazo rozó el hombro de Gretchen.

–Me lo he puesto para ti.

Siguió jugueteando con el bajo del vestido mientras él observaba. Se diría que estaba haciendo magia, por la forma en que la miraba. Gretchen quería que la besara. (Jamie había empezado siempre por besarle el hombro, o la oreja, antes de los labios.) Al final, él presionó con la palma de la mano a un lado de la parte baja de la espalda y le dijo que el riñón estaba ahí, por si no lo sabía. Le olía el aliento a humo y a rancio, pero había también ese otro olor, el olor de su piel impregnando el aire que los rodeaba. Con sus dedos largos y nervudos, tal vez la parte de él que más recordaba a la señorita Grant, atrapó la mano de Gretchen y la seda que sostenía. Hundió la cara en sus cabellos, murmurando: *Dios, pero la amo*, como si estuviese haciéndole saber sus sentimientos por Gretchen a una tercera persona, y presionó los labios resacos contra su sien.

De pronto, se apartó. Con un tono distinto, más autoritario, le anunció que

su madre llegaría pronto y le dijo que tendría que ir al lavabo del pasillo y buscar el enjuague bucal. Luego, añadió, debería rociarse la ropa y el pelo con ambientador.

Ella se quedó un momento sentada, mirando enmudecida su rostro atractivo.

–Vete, he dicho.

Ahora parecía enfadado, y Gretchen se levantó demasiado rápido. Mareada, con manchas oscuras nublándole la vista, se levantó de la cama y cerró la puerta con cuidado tras de sí. Cuando más tarde abrió la puerta una rendija y miró adentro, él estaba tumbado de lado, de espaldas a ella. Hecho un ovillo, tranquilo pero respirando de un modo extraño.

Gretchen solo había vuelto a ver si estaba bien.

Pero él la había arrastrado hacia su olor, la había estrechado contra sus costillas salidas y el vello pálido de su pecho. Había guiado su mano por entre los pliegues del albornoz y con la otra Gretchen había acariciado la parte destrozada de su cráneo. Bajo el albornoz, encontró su sexo sorprendentemente blando, y al cabo de un momento supo que lo que Wesley quería que lograra con su mano no iba a suceder. Y fue entonces cuando apareció la señorita Grant. Abrió la boca de tal modo que Gretchen esperaba oír un grito, pero no emitió sonido alguno.

Sus gritos no se oyeron hasta que estuvo ya casi fuera de la casa. La voz, que nunca le había oído levantar, era chillona y entrecortada, casi como si llorara. Quiso pararse a escuchar. Quería ver la cara de la señorita Grant demudada por un sentimiento que no proviniese del piano. Quería que Wesley confesara su amor por ella a otro ser humano. Pero por miedo a que la señorita Grant decidiese de pronto ir tras ella, corrió hasta el pie del camino y se escondió detrás de los árboles hasta que vio llegar el coche de su madre.

## VI

–Es correcto, pero no lo estás tocando como tú podrías.

Gretchen comenzó de nuevo. Los dedos se deslizaban con torpeza por las teclas porque estaba mirando por la ventana al mismo tiempo. El tiempo cambiaba muy rápido. Un momento antes hacía calor y nada de aire y ahora



se había levantado viento. El cielo tiñó el patio de un tono más grisáceo de verde, y el color cetrino de las malas hierbas se atenuó. Los huevos de Pascua de plástico se debatían violenta, erráticamente, y el cordel de los púrpuras se enredó con el cordel de los naranjas.

La clase estaba a punto de terminar y Wesley no había asomado. Se había pasado toda la semana pensando en él. En su risa, en su beso y en su olor. En la forma en que había dicho su nombre.

Un trueno retumbó en la distancia y por mimetismo tocó el si, el do y el re a la vez. La señorita Grant suspiró.

–No hagas caso del tiempo. Céntrate.

Sus labios se veían de un rojo más vivo; su piel de un blanco más vivo ahora que el sol no entraba por la ventana: Blancanieves con una nariz larga y aguileña y los ojos perfilados con kohl. La lluvia empezó con una, dos gotas aisladas en el cristal, y luego descargó en fuertes ráfagas. Menos de un minuto después, el granizo repiqueteó por todo el tejado. Gretchen dejó de tocar, y las dos se quedaron mirando por la ventana, hipnotizadas.

El teléfono sonó, y la señorita Grant entró en la cocina. *Sí, sí, por supuesto que no habría ningún problema.*

–Tu padre dice que están atascados en mitad de la ciudad y que el tráfico apenas avanza –le dijo a Gretchen de lejos–. ¿Quieres que empecemos desde el principio con la nueva? –le dijo, volviendo a la sala del piano.

Gretchen dijo que le dolía la cabeza y recogió apresuradamente las partituras. Esperaba que la señorita Grant la dejase en paz. Así podría ir a la habitación de Wesley.

–Te puedes sentar aquí, entonces.

La señorita Grant señaló el sofá melocotón. Gretchen cogió sus libros y fue al sofá. Echó un vistazo atrás y vio que la señorita Grant no tenía intención de ir a ninguna parte: se había pasado a la banqueta del piano. Derrotada, algo angustiada por la mezcla de lo cercano e inalcanzable de Wesley, Gretchen se dejó caer en los cojines llenos de bultos del sofá.

La pieza era un vals sencillo, simplón, alegre, que la señorita Grant tocaba con pereza, como si estuviese medio dormida. Mientras tocaba, llegó con su bolsa Fiona Xiu. La señorita Grant, llevada por la música, no reparó en ella. Fiona paseó la mirada de Gretchen a la señorita Grant, y luego a Gretchen otra vez, y las chicas intercambiaron una sonrisa de suficiencia. Fiona se sentó a su lado en el sofá. Se sentó muy cerca y dejó caer su hombro contra el

de Gretchen, como si fueran buenas amigas, y en otros tiempos, este tipo de cercanía habría bastado. Fiona y ella se habrían zambullido en la amistad igual que se hundían entre los cojines del sofá, habrían visto películas hasta tarde y desdeñado a los padres de la otra, se habrían intercambiado la ropa y se habrían paseado por el centro comercial para que las miraran los grupos de chicos. Pero Gretchen se sentía ahora por encima de todo eso, y por algún motivo –pero ¿por qué?, tal vez por cierto aire de malicia, por los zapatos, por su elegancia indolente– sospechaba que Fiona también lo estaba. Así pues, Gretchen quería contarle a Fiona todo sobre su amor por el hermano de la señorita Grant, pero se contuvo porque percibía la superioridad física de Fiona: ese instinto animal que te dice que la chica sentada a tu lado te podría quitar lo que tienes. Eso levantaba un muro entre ellas.

La música había cambiado. Sonaba lenta pero segura, como agua corriendo, cada vez más rápida, más compleja, como un torrente, en erupción, y los dedos de la señorita Grant parecían revolotear por todo el teclado en un frenético staccato. Tocaba pasivamente, un martilleo ostentoso e indiferente que imitaba el sonido del granizo en el tejado. ¿Se apartó Gretchen de Fiona o Fiona de Gretchen? Porque ahora había un espacio entre ellas. El espacio era también la música. La música, hermosa y terrible y brutal, no se parecía a ninguna que hubiese oído. Parecía como si los dedos de la señorita Grant estuviesen escarbando en los hombros de Gretchen, como la intensidad de sus ojos. Sus labios murmuraban sonidos ininteligibles, tal como había imaginado Gretchen, antes de cerciorarse mejor, que se moverían los labios de su padre en sueños. *Así es como tienes que tocar siempre.*

Cuando se fue la luz, la señorita Grant siguió tocando. En la penumbra azul, vio su figura balanceándose sobre las teclas, como si intentara acercarse a la canción. Más cerca, más cerca, y Gretchen sintió que también ella se acercaba.

Pero era repulsivo, el ángulo de la espalda encorvada de la señorita Grant, y cuando Gretchen reparó en ello, la música la liberó. En silencio, se levantó del sofá. La señorita Grant no apartó la vista de las teclas.

El pasillo estaba como estaría de noche, oscuro y vacío, con un olor más denso entre rancio y dulzón. El martilleo del granizo se había convertido en un ligero tamborileo. Cuando abrió la puerta, vio que la cama estaba hecha

con esmero. El cuarto estaba vacío. Olía a desinfectante. La electricidad volvía a funcionar, y la luz del pasillo iluminó la pálida colcha, que se reflejaba en el vidrio de la vitrina de trofeos. Sabía que había muerto. Había muerto, y lo que había ocurrido entre ellos sería como un sueño. La habitación se nubló. Se dejó caer al suelo y apoyó la cabeza en un lateral de la cama.

No sabía cuánto rato llevaba allí sentada cuando entró la señorita Grant.

–Se ha marchado a otra parte, Gretchen.

–¿Adónde?

En algún momento desde que había entrado en la habitación, el granizo había cesado y el púrpura del cielo se había convertido en un azul apagado. Lo vio por las rendijas de las persianas cuando se puso de pie. La señorita Grant no llegó a entrar del todo. Se apoyó en el marco de la puerta y se puso a jugar con el pomo metálico.

–Es mejor para él que esté en otro sitio... –Se aclaró la garganta–. Lo que te hizo fue... No me importaría hablar con tus padres si... –Agachó la cabeza y dejó que el pelo teñido y despeinado le tapara la cara.

Y de pronto Gretchen estaba llorando con el brazo de la señorita Grant rodeándola. Su nuca tocó la axila húmeda de la camisa de seda de la señorita Grant, y salieron juntas de la habitación así, por el pasillo. En la sala del piano, Fiona Xiu seguía sentada en el sofá melocotón con sus libros. Los ojos se le abrieron como platos y las cejas arqueadas se levantaron disparadas. Las examinó a ambas con curiosidad. Gretchen se zafó de la señorita Grant, corrió a la cocina y salió por la puerta trasera.

Fuera, el coche de su padre acababa de enfilarse la subida del largo y sinuoso camino de entrada. Vio las caras de sus padres borrosas tras el parabrisas empañado. Se secó las lágrimas con el antebrazo. Se impuso calma. Tras ella, la mosquitera chirrió y apareció Fiona.

–Te los has dejado en el sofá.

Gretchen cogió los libros. Sintió la mirada de Fiona sobre ella mientras abría la portezuela del coche y se instalaba en el asiento. Y la siguió notando mientras bajaban por el camino. La lluvia había escampado, pero el agua caía todavía del tejado como una cortina clara y brillante que ocultaba el rostro curioso de Fiona.

# Los efectos negativos de la educación en casa

A mi madre le había regalado aquel visón una mujer que antes era un hombre. Era un abrigo largo y grueso que le llegaba casi por las rodillas, y cuando lo llevaba puesto parecía la mitad de lo que era, y no de su edad, como una niña pequeña a la que sus padres le dicen que ya le vendrá bien cuando crezca. La piel era blanca y estaba jaspeada de vetas parduzcas. Las vetas se aclaraban en los bordes, se dispersaban en el blanco como pinceladas de acuarela seca. Por aquel entonces yo lo sabía todo de la técnica de acuarela seca porque me encantaba Andrew Wyeth. Había cometido actos de pasión mirando un libro de *Los cuadros de Helga*, que tuve que robar de la biblioteca porque tenía dieciséis años y estaba solo, y todo aquel deseo y aquella vergüenza y las capas de deseo, de las que no fui consciente hasta hace poco —el deseo de Wyeth hacia Helga, mi deseo hacia Helga, mi deseo hacia el deseo de Wyeth hacia Helga—, me habían deformado el cerebro, por lo que mi imaginación intentaba convertir en un cuadro suyo la mitad de las cosas que veía. Pero eso no viene a cuento. El caso es que el abrigo sí lo parecía realmente.

Además mi madre tenía ya treinta y cinco años y no iba a irle bien nunca, lo que le daba al abrigo un aire más triste que esperanzador. Pero yo no paraba de crecer, crecía tanto que a veces no recordaba cómo era un mes antes. Iba andando con ella, pensando en esto, y ni siquiera me fijé en el tipo que venía hacia nosotros hasta que pasó como una flecha por mi lado. Llevaba ropa andrajosa, como un vagabundo, pero tenía la cara limpia y joven de un universitario. Antes de que me diese cuenta de lo que estaba pasando, le lanzó un vaso de refresco a mi madre. «La muerte no es moda», gritó, y se fue corriendo por entre los macizos de olmos y luego cruzó la larga franja de césped que había hasta la carretera. Yo le solté un «Que te jodan», y mi madre se mostró más alterada por esto que por que el chico le hubiese tirado encima la bebida.

—¿Por qué tienes que usar esa clase de lenguaje? —me dijo.

—Es solo una palabra.

—*Solo una palabra* —repitió ella, con tono irónico.

Volvió hacia arriba el bajo del visón, la parte manchada de refresco, y lo

observó con el ceño fruncido y tembloroso, como si estuviese intentando contener las lágrimas.

–Quítatelo y ponte el mío –le dije–. De todos modos te queda raro, y esa mancha te va a volver loca.

Lo que quería decir es que ella tenía TOC, y que por lo general era incapaz de llevar algo de ropa que tuviese siquiera la más mínima mancha. Pero se limitó a ceñirse el abrigo a la cintura y a lanzarme una mirada de odio.

Para ablandarla, le dije: «Vas muy bien», lo que debió de parecer estúpido viniendo de mí, porque nunca le decía esas cosas a mi madre. Pero sí que iba bien, si nos olvidábamos del visón. Debajo llevaba un traje negro entallado, y el pelo, que solía recogerse en una coleta, le caía en ondas oscuras envolviéndole la cara. Se la veía mejor que a la mayoría de las mujeres de su edad, como esas mujeres de treinta y cinco que parecen versiones solo un poco arrugadas de ellas mismas a los veinticinco. Los chicos del equipo de fútbol me decían: «¿Cómo aguantas que tu madre esté tan buena?», y yo les decía: «Igual que aguantas tú ver en el espejo esa cara de culo que tienes.» Por dentro, me hacía sentirme orgulloso y me ponía enfermo al mismo tiempo.

Estábamos en Connecticut, cruzando esa gran plaza verde que había en el centro de la ciudad a la que se había mudado Charlene, camino de la iglesia en la que se iba a celebrar su funeral. Habíamos venido desde Carolina del Sur, pese a que mamá no había hablado con ella en casi un año. Además de a presentar sus respetos, mamá venía también en representación del tío abuelo de Charlene, un viejo enfermizo de nuestra iglesia que no estaba en condiciones de viajar. Mi padre era un élder de la iglesia, y se había librado de venir porque el otro élder estaba en estado crítico en el hospital, así que tuve que ir con mi madre para que no estuviese sola.

El cielo estaba de un blanco sucio con solo una pizca de azul. Mientras caminábamos, veía mi aliento en el aire, y sentía la hierba cubierta de escarcha crujir bajo mis pies cada vez que me salía de la acera. Esa mañana, mientras esperaba en el vestíbulo a que mi madre terminara de arreglarse, había leído la portada del periódico en el revistero y había visto algo en una esquina sobre una manifestación por los derechos de los animales ese día, en el parque central. Y allí estaban: muy a lo lejos, había un grupo de personas cargadas con pancartas con fotos de vacas, gallinas y conejos en las que

ponía «Compasión» y runruneando palabras que no distinguía. Estaban de espaldas a nosotros, y me pasé todo el tiempo rezando mentalmente para que ninguno se diese la vuelta, o se alejara del grupo, como había hecho su amigo, y viera el abrigo de mi madre, la piel manchada de fresco que había comenzado ya a oler a perro. La cogí del brazo para que se diera prisa y ella me lanzó una mirada sobresaltada, creyendo seguramente que yo había decidido ser un caballero. Seguimos avanzando y por fin se destensó y se acurrucó en mi hombro. Me dejó llevarla hasta que se le quedó el tacón pillado en un reborde de la acera, y entonces se apartó y encajó de nuevo su pie diminuto en el zapato. Levantó la vista hacia mí como si le hubiese puesto la zancadilla y me puso mala cara:

–No llevas corbata –me espetó.

No la había llevado en ningún momento, ni en el taxi ni en el hotel, pero no había dicho una sola palabra al respecto.

–No me has dicho que me la pusiera.

–Tampoco te he *dicho* que te pusieras los mocasines, Conner. No te he *dicho* que te cepillaras los dientes ni que te pusieras desodorante. Es un *funeral*.

–Tampoco me he puesto. No llevo desodorante.

Después de eso seguimos caminando sin tocarnos. La iglesia estaba en el centro del parque. Tenía un capitel enorme que se alzaba muy por encima de todas las copas de los árboles, largas columnas blancas y tallas bordeando un par de puertas que me doblaban en altura. Dentro, los tubos del órgano ocupaban toda la parte alta de la pared trasera. Había dos arañas de luces, una de ellas de lágrimas de cristal, y vitrales con imágenes de gente con pinta de peregrinos, vestidos con túnicas azules, violetas y doradas, y los rostros pálidos por la luz. Los bancos no se veían llenos, pero tampoco vacíos. Nos sentamos por el medio, desde donde solo se atisbaba la tapa del ataúd cerrado y las flores blancas y violetas que se desparramaban sobre él. Mi madre colgó el visón del respaldo del banco de manera que la parte manchada quedase hacia el lado contrario, y acarició una zona limpia de la piel, como si esta siguiese viva. Cuando el órgano empezó a sonar sentí las vibraciones de las notas recorriéndome los pies, y vi que mi madre había cambiado, que la piel bajo sus ojos parecía de papel, con redes de venas púrpuras que se extendían justo por debajo de la superficie. Un escalofrío me recorrió por la espalda y

me puse todo espiritual y sensibilero. El sudor empezó a correrme por las axilas y deseé no haberme olvidado del desodorante.

En el hotel, mi madre me había dicho que Charlene asistía a esta iglesia. Pero esta iglesia no se parecía en nada a la iglesia a la que iba con nosotros en Carolina del Sur. Allí nos sentábamos en sillas plegables, en un círculo mal hecho. No teníamos sacerdote, porque era una iglesia liberal que había fundado mi padre. La gente se ponía en pie, sencillamente, y contaba algo o leía cosas de la Biblia, lo que quisiera. Sin órgano. Sin vitrales. Sin arañas de cristal. Sin sotanas como llevaba el sacerdote que ahora revolvía entre sus papeles en el altar, porque mi padre creía que las iglesias lujosas y los órganos y las sotanas eran un engaño. «Atuendo ceremonial pretencioso», lo llamaba.

Yo seguí mirando a mi alrededor, intentando encontrar a otra gente que fingiera ser de un sexo que no era. Como me los imaginaba por todas partes, hombres intentando hacerme creer que eran mujeres y mujeres fingiendo ser hombres, ni siquiera había sido capaz de dormir en el avión. Pero la gente que teníamos alrededor parecía de lo más normal, eran solo personas de aspecto sombrío vestidas de funeral.

–¿Charlene viene de Charles? –le pregunté a mamá.

–Esa pregunta es muy grosera.

–¿Grosera por qué?

–Era una de mis mejores amigas, ¿lo entiendes? –De nuevo parecía distinta. Ahora un color rosado bordeaba sus ojos, y su piel clara parecía consumida y blanca como el hueso. Andrew Wyeth le habría sacado mucho partido.

–Si llevabas media vida sin hablar con ella.

No hubo respuesta. El órgano se detuvo y empezó de nuevo. El sonido creció dentro de mí y yo intenté expulsarlo, pero no fui capaz, y pensé que mi padre tenía razón: me estaban engatusando. ¿Charlene llevaba traje o vestido, dentro del ataúd? Cuando le susurré la pregunta a mi madre ella me pidió si por favor podía esperarla fuera. No era realmente una pregunta, aunque pensé que si prometía comportarme dejaría que me quedara. Pero de todas formas me apetecía fumar, así que le hice caso. Supuse que podría arreglarlo con ella más tarde.

Fuera, me quedé de pie en los escalones de cemento y me encendí un



cigarrillo de clavo. Se los había comprado a uno de los chicos de la iglesia que tenía su propio coche. Mi madre no soportaba que yo fumase, pero no podía hacer gran cosa al respecto salvo dejarme encima del escritorio folletos con fotos de pulmones negros llenos de abscesos y tirarme los paquetes a la basura si los encontraba en mis bolsillos cuando hacía la colada. Con un cigarrillo entre las manos, me ponía filosófico. La estela de humo recordaba al proceso de la vida. Comenzaba siendo muy pequeña, como comenzaban los humanos; luego se volvía más gorda y menos definida, como la mayoría de mis parientes más viejos, y luego simplemente desaparecía. Puf. Por descontado, Charlene no se había puesto más gorda y menos definida, sino más delgada. Era anoréxica. Eso tenía algo que ver con su muerte. Puede que como era tan alta, y además un hombre, en realidad, solo pudiera llegar a ser más menuda, como una mujer, si se encogía.

El cemento me estaba helando los pies pero también estimulaba mis pensamientos. Allí plantado, pensé lo cálido, hermoso y perfecto que era todo en la iglesia de Charlene, y me pregunté cómo debía de ser ir allí cada domingo y sentir las vibraciones de la música en las plantas de los pies. Podía volver a entrar, pero ¿para qué? En casa tendría que seguir yendo a la iglesia de mis padres, donde siempre estaba crispado, o confundido o sencillamente aburrido.

Aunque nadie podía oírme, recurrí a alguna blasfemia y me imaginé a mi madre, lo mucho que la cabrearía.

Ya antes de mudarse, Charlene había dejado de venir a casa por las miradas fulminantes que yo le lanzaba. Cuando mi madre y ella se sentaban a la mesa del comedor a tomar café, yo me llevaba los deberes al salón –justo en la línea donde terminaba el salón y empezaba el comedor– para poder echarme en el suelo y mirarla fijamente hasta que se volvía hacia mí. Y cuando lo hacía, la fulminaba con la mirada. Ella comenzaba a remover el café y a menear las manos más rápido de lo normal, ahuecando su melena rubia y quebradiza. Cruzaba y descruzaba las piernas una y otra vez, lo que me sacaba de quicio, porque eran como las piernas de una mujer de verdad, y buscaba una excusa para irse. Mi madre nunca reparaba en mis miradas de odio porque cuando hablaba con Charlene se ponía toda soñadora y reflexiva; cualquier cosa que dijese Charlene le parecía sabia. Como cuando mi madre se enfadaba conmigo por decir palabrotas y ella le decía: *No pasa nada, June,*

*es solo una afirmación de su masculinidad*, y sonreía con esa complicidad que hacía reír a mi madre.

La última vez que vino a casa la seguí hasta el cuarto de baño. En el pasillo, le dije:

–Te vi en el cuarto de mi madre aquel día. Revolviendo sus cosas.

Supo que me refería a una vez que la había visto probarse uno de los vestidos de mi madre cuando pensaba que nadie entraría en el cuarto. Fue durante una cena con gente. Su cara chupada, todo huesos anchos y huecos hondos y una boca grande con labios color de uva pasa, se desplomó sobre sí misma, y luego, con la misma rapidez, se alzó en una tensa sonrisa.

–¿Cómo? –preguntó.

–¿Cómo qué?

Y me dijo que si era verdad lo que yo decía, ¿cómo la había visto?

–Por la ventana. –No era del todo verdad.

–Ah, muy bien. ¿Esto es lo que tú entiendes por broma, Conner? Porque la fiesta no empezó hasta las siete y media. A esa hora tu madre ya ha bajado las persianas.

Era verdad. Las persianas se levantaban a las siete cada mañana y se bajaban a las siete cada tarde, daba igual la estación del año o el día que hiciese fuera. Estaba jodido. No quería explicar cómo la había visto en realidad, y no sabía qué más decir. Me quedé ahí plantado. Ella arqueó las cejas como si hubiese dicho algo inteligente y entró en el baño dando un portazo tras de sí.

El aroma de su perfume permaneció en el pasillo. Llevaba White Shoulders, igual que mi tía abuela Martha, que tiene como cien años y va siempre con un sobretodo por casa, hasta en pleno verano.

No sé exactamente cuándo le dio el visón a mi madre, pero puedo adivinarlo. Mamá salió dos veces, sola, la semana antes de que Charlene se mudara, y luego, un par de días después, oí a mi padre quejándose en el dormitorio.

–Ocupa la mitad del armario, June.

Cuando entré, vi a mi padre de pie en calzoncillos y mirando con cara de odio el armario, el visón envuelto en plástico. Mi madre estaba sentada en el tocador, cepillándose el pelo.

–¿No ves que se me están arrugando los trajes, June? ¿Puedes darte la

vuelta un momento?

Seguramente Charlene murió pensando que yo era un imbécil, pero ella me ponía los pelos de punta, y me estaban pasando muchas cosas en aquella época. Por ejemplo, se me ponía dura diez o doce veces al día. O me acababa de hacer una paja, o necesitaba hacerme una paja o esperaba poder aguantar al menos unas horas antes de tener que volver a hacerme una paja. Me daba asco a mí mismo. Sin embargo, ser yo se había puesto mucho más interesante. Si antes estaba en mi cuarto aburrido, jugando a videojuegos o dibujando, ahora podía mirar un cuadro de Helga y entretenerme.

Como he dicho, no me parece bien robar. Es solo que mi madre me llevaba a veces a la biblioteca y mientras ella buscaba biografías yo miraba libros de arte. Hay un montón de mujeres desnudas en los libros de arte, pero ninguna es del todo como Helga. Está ese en el que tiene los brazos cruzados por debajo de los pechos y uno le cuelga sobre una mano y el pezón del otro presiona contra la otra; y eso —esa sensación de peso, del peso del pecho, quiero decir— no se encuentra en la mayoría de los libros de arte. Y luego, como se incluyen todas las acuarelas y los esbozos que Wyeth hacía antes de los cuadros importantes, ves también a la Helga fantasma. La Helga fantasma es escurridiza; igual está tumbada en el aire, sin nada debajo, que desaparece en mitad de la página en una mancha de carnosidad acuarela; pero también están sus pechos, con las sombras debajo, y su vientre asomando, liso y redondeado.

Casi se puede notar, el peso de ese pecho en su mano.

En un cuadro se ve solo el cuerpo de Helga sobre un fondo de un negro suave. Tiene el pelo dorado, el cuerpo todo blanco, como si resplandeciera desde dentro, y un levísimo rubor en los labios y las mejillas. El pelo se ondula sobre su hombro desnudo. Tiene la cara vuelta al otro lado. En torno al cuello, lleva una cinta de terciopelo negro que se funde en la negrura que la rodea. Y se le ve el pubis.

Así que me lo metí en la cartera, el libro. Salimos de la biblioteca y la alarma se disparó, pero la bibliotecaria supuso que no había desmagnetizado correctamente los libros de mi madre. Si me pillaban, tenía una excusa pensada: uno de esos tíos desaliñados y en paro que había acampados en la sección de revistas me había metido el libro en la cartera. Mi madre se lo creería. «No te acerques a esos hombres», me decía siempre.

Pero no me pillaron. Y ni siquiera me sentí tan mal, la verdad. Lo cierto es que culpaba a mamá de haber robado a Helga. La mitad de mí quería que se disparase la alarma, solo para ver su cara cuando sacaran el libro de mi cartera. Solo para verla hojear las páginas.

Hay que entender que, como yo estudiaba en casa con ella, mi exposición a mujeres reales era extremadamente limitada. Solo veía mujeres en la iglesia. Aunque, como he dicho, íbamos a una iglesia progresista, nuestras mujeres a mí me parecían lo contrario a progresistas: gafas grandes y nada de maquillaje, faldas largas y pelo corto. No te imaginabas a ninguna posando desnuda. No te imaginabas a ninguna yéndose con Andrew Wyeth, sola por el bosque. No te imaginabas siquiera que alguien quisiera llevársela al bosque. Pero había excepciones, que solo representaban más problemas para mí: la señora Kapawski, Ally Kapawski y Charlene (si la consideramos una mujer). La señora Kapawski era toda ella una melena rubia, cara empolvada y mejillas sonrosadas. Tenía unos pechos grandes que le rebotaban un poco al caminar, y me preguntaba si a Ally le crecerían también así. Ally era como ella solo que delgada, catorce años, con el pelo de un rubio más oscuro, del color de Helga, y los ojos casi siempre dilatados como si alguien le estuviese enfocando una linterna a la cara. La cara en sí parecía perpetuamente arrogante, aburrída. Mirarla me volvía loco de deseo, casi tanto como mirar a Helga.

Yo me pasaba todo el servicio mirando a Ally; las palabras de la congregación eran mero ruido, el corazón me iba casi tan rápido como en los entrenamientos de fútbol. A veces hasta intentaba dibujarla en mi folleto devocional, pero el dibujo nunca quedaba bien, la parte de arriba de la cabeza siempre se salía de la hoja. Al terminar, mientras los adultos tomaban un café, yo corría por ahí con los otros chicos, entrando y saliendo del edificio y dando vueltas por el aparcamiento. Corríamos y gritábamos como si todo aquello fuese un campo de fútbol, pero yo nunca olvidaba que tal vez estuviese mirando. En el césped, ella estaba a sus cosas. Se inventaba obras de teatro para el resto de las chicas. Si te acercabas lo bastante para oír el argumento básico, te llegaba algo de un suicidio, o de una aventura amorosa. Al parecer, la señora Kapawski veía las telenovelas. Pero en fin, Ally interpretaba casi toda la obra, extendía los brazos y fingía llorar (eran las únicas veces en que parecía del todo despierta), y las demás hacían un círculo en torno a ella, como si fueran sus hermanas o doncellas, lo que fuera. Yo

cogí la costumbre de cargar contra el círculo siempre que veía un hueco. Solo lo cruzaba corriendo para pasar zumbando junto a Ally mientras actuaba. Pasaba tan cerca que la brisa que levantaba agitaba su pelo rubio. Las otras chicas me gritaban, pero más allá de un respingo, Ally no reparaba en mí. Seguramente ni siquiera le importaba.

Pero, como he dicho, yo estudiaba en casa. La educación en casa me hizo madurar más deprisa en algunos aspectos, y por ejemplo leía por encima del nivel de la mayoría de los chicos de mi edad, pero también me convirtió en un inepto social. Un domingo en que Ally estaba realmente guapa, con un vestido de verano verde menta, yo le dije: «Es un poco tonto llevar un vestido así hoy, ¿no?» Porque fuera estábamos a cinco grados y en el pico del otoño. «O sea, tenías que morirte de ganas de llevarlo para ponértelo hoy.» Ella puso los ojos en blanco. Justo después, la señora Kapawski vino tras ella. Dijo que necesitaba que Ally fuese a buscarle la crema de manos al coche. Decidí seguirla. De todas formas no tenía nada más que hacer.

Estaba nublado y gris aquella mañana, pero también dorado. El dorado atravesaba el gris y luego desaparecía y volvía a aparecer en otro punto del cielo. Había una colina que se alzaba tras uno de los lados del aparcamiento, y desde donde yo me encontraba enmarcaba a Ally. La hierba se estaba secando, así que la colina contenía distintos tonos de marrón y de amarillo, con algunos toques de verde. Podría haber sido un Wyeth, salvo por todos aquellos estúpidos utilitarios y porque el vestido de Ally era demasiado claro y demasiado nuevo para una mujer de un cuadro de Wyeth. La alcancé; ella giró la cabeza para mirarme, y luego miró directa al frente, como si no le importase. La seguí hasta el coche de su familia, donde se puso a rebuscar entre un montón de porquería en el suelo trasero; ¿quién iba a pensar que la señora Kapawski –con el pelo siempre en su sitio y la ropa tan limpia y planchada– sería tan dejada y tendría el suelo del coche lleno de latas vacías, jerséis sucios y envoltorios? Cuando Ally se apoyó sobre el asiento trasero pegué mi costado al suyo y la empujé poco a poco más adentro. Ella se dejó, aunque me miró con cara de *¿Qué narices estás haciendo?* Me quedé un minuto allí sentado, mirando al frente, y luego dije:

–Ojalá nos pudiésemos quedar aquí.

–No nos podemos quedar aquí.

–Ya lo sé. Por eso he dicho *ojalá*.

Sin motivo alguno, metí para abajo el reposacabezas del asiento delantero,

que hizo un sonoro clic.

–Nunca pones chicos en tus obras –le dije–. En las obras de verdad la gente se tiene que besar.

–¿Por qué?

–¿No has leído *Romeo y Julieta*? Es, en plan, la obra más famosa de la historia, y va todo de besarse. Sus familias no les dejan que se besen, pero ellos se escapan donde nadie pueda verlos, y ya sabes...

–He visto la peli. Por mí vale.

–¿Vale qué?

–Que la hagamos. Yo soy Julieta y tú eres...

Y apreté mi boca contra la suya. Ella no me devolvió el beso, pero tampoco se apartó. Pegué mis labios a los suyos hasta que me entró vergüenza porque no sabía qué tenía que hacer después (era mi primer beso, sin contar cuando mi madre me hacía besar a la tía Martha en la mejilla y ella giraba la cabeza muy rápido para hacer que la besara en los labios) y salí del coche. Ella salió detrás. Olvidó la crema de manos. Por supuesto la señora Kapawski se dio cuenta, y también se dio cuenta de que habíamos vuelto juntos del aparcamiento. A partir de aquel día, siempre que intentaba estar a solas con Ally en la iglesia, la señora Kapawski aparecía y se ponía a nuestro lado. Tenerla ahí plantada me hacía sentir un baboso, así que durante un tiempo dejé de rondar a Ally por completo.

Al fin, un domingo, di con la solución. Me acerqué mientras representaban una de las obras de Ally y pedí unirme. Ella se encogió de hombros y miró hacia su madre, que estaba frente al edificio. La señora Kapawski nos miraba, pero no pareció importarle, supongo que porque estábamos con todo el resto de las chicas. Así fue como conocí a Charlene. Ningún adulto salía al césped –mientras nos pudieran ver desde las ventanas del vestíbulo les traía sin cuidado lo que hiciésemos–, pero aquel día Charlene se acercó paseando y se quedó allí.

Ally estaba sentada en la hierba. En la mano llevaba el bote de un viejo carrito de fotos (sacado seguramente de la pila de basura que había en el suelo del coche de su madre) y estaba fingiendo que sacaba pastillas y se las llevaba a la boca. Yo era el mayordomo. Eso significaba que podía acercarme a ella y fingir que estábamos los dos solos en su cuarto. Se suponía que tenía que interrumpir su suicidio para preguntarle si quería tomar el té. «¿Té, señora?», decía. Y Ally echaba las pastillas corriendo dentro del bote

haciendo muchos aspavientos. Se llevaba los dedos a las sienes con una mueca de dolor y luego, con voz pausada y educada, decía: «Por supuesto, Miles.»

Y así se acababa. Charlene aplaudió, pero Ally y las otras chicas no se dieron cuenta porque no fue un verdadero aplauso; solo las manazas de Charlene aleteando en silencio una contra otra. Había venido esa mañana con el señor Harris, su tío abuelo, un tipo viejo y encorvado que siempre seguía cantando un verso o dos de los himnos cuando el resto de la congregación ya había terminado. Durante el servicio, se había inclinado hacia ella y le había gritado en la oreja: «¿Me has traído las pastillas de menta?» Era muy alta, toda líneas y ángulos, y su cara, con su piel seca, sus patas de gallo y sus ojeras, se veía agotada. Como demacrada. La falda de cuero y los tacones de aguja que llevaba resultaban muy llamativos en comparación con la ropa del resto de las mujeres de la iglesia, pero supuse que se vestía así para compensar lo de su cara, como algunas de esas señoras menudas y arrugadas que estrenaban vestido de flores cada domingo, o como las señoras gordas que se ponían pedruscos de joyas y camisas bordadas.

Charlene vio que reparaba en su aplauso y me guiñó un ojo. Las chicas ya habían empezado a planear otra obra cuando se alejó dando zancadas hacia el edificio.

De modo que tenía el problema de Ally –una chica a la que amaba pero con la que nunca podía estar a solas–, y luego encima, porque sí, un día me metí corriendo en mi cuarto e intenté saltar la silla del escritorio. Pero en lugar de saltarla, se me enredaron las piernas con el respaldo, me caí y aterricé de mala manera sobre la rodilla, de modo que me dolía siempre que la doblaba y el médico me dijo que tenía que abandonar la temporada de fútbol.

Así que ahora ni siquiera iba a poder salir de casa por las tardes, a no ser que fuese con mi madre a la tienda de alimentos orgánicos o a Vitawise, donde compraba todas esas cápsulas como de yeso hechas de té verde o de aceite de pescado que me hacía tragar por las mañanas. O pasar el rato con los otros chicos de nuestro círculo que estudiaban en casa, que eran otros ineptos sociales, con el pelo mal cortado y obsesionados con los juegos de mesa. Si mi madre me veía «sentado de brazos cruzados» me mandaba tareas que hacer, como forrar de nuevo todos los cajones de la cocina aunque el

papel viejo estuviese bien o preparar la mezcla de agentes limpiadores caseros hechos con vinagre (lo que al menos me contaba para química). A veces, si mi padre salía tarde de trabajar, me quedaba sentado en el cuarto de baño, en la alfombra, aplastando perlas de baño en el desagüe y oliendo la lavanda. Mi madre no soportaba que soltase gritos sobre mis funciones corporales –que era lo que hacía si venía a llamar a la puerta–, así que acostumbraba a dejarme en paz. Empecé a esconder a Helga entre las toallas para los invitados y a pasar un montón de tiempo ahí metido. Me podía pasar horas estudiando su cuerpo, el blanco contra el negro. El peso de su pecho sobre la mano. Ella a medio dibujar, desvaneciéndose en el blanco del papel. Me parecía más real que la vida real. Siempre sola pero sin estarlo, porque los cuadros estaban llenos de deseo. A veces no sabía dónde terminaba el deseo de Wyeth y empezaba el mío.

Y entonces, una noche, pasé por delante del dormitorio de mis padres y oí a mi padre decirle a mi madre: «Llevo mucho tiempo pensando: seguiré haciéndolo todo como un autómatas y la fe volverá. –Una pausa–. Pero no *siento* nada, Carol.» Y entonces mi madre dijo: «Conner seguramente aún está despierto, Mike», y bajaron la voz. Justo la noche antes, mi padre había dirigido una plegaria en la iglesia, y yo me pregunté si esa plegaria seguía contando para los demás si no contaba para él.

Antes de que me diese cuenta, mi padre estaba todo el día fuera ayudando a gente pobre a la que le habían cortado la luz, visitando a enfermos en el hospital o trabajando en un comedor social del centro. Lo que uno consideraría el comportamiento opuesto al de alguien que no *sintiera* nada hacia Dios. La mitad de los días llegaba a casa después de que mamá y yo hubiésemos cenado y ella tenía que calentarle el plato. Si me levantaba a media noche para ir al cuarto de baño, me lo encontraba despierto delante de la tele.

Más o menos en esa época apareció Charlene. Cuanto más tiempo pasaba mi padre fuera, más nos visitaba ella. Al menos cuando venía a mi madre se le olvidaba fastidiarme. A veces, desde la cocina, las miraba ahí sentadas en el sofá. La mayor parte del tiempo no dejaban de hablar y de hablar, pero una vez me las encontré sentadas en silencio, con la mirada perdida, mientras la luz de la tarde que entraba por la ventana salpicaba de reflejos dorados sus regazos y las tazas que sostenían entre las manos. No entendí qué sentido tenía que estuviesen así calladas. Para el caso podrían haber estado solas.



Me sacaba de quicio que se creyera tan sabia. *No pasa nada, June. Es solo una afirmación de su masculinidad. Tu marido no está huyendo de ti, está huyendo de sí mismo. No, creo que no deberías escalarte el pelo, lo tienes demasiado fino.* La primera vez que vino a casa para tomar un café con mi madre, yo me eché junto a la chimenea con la tabla de dibujo apoyada en el saliente. Ella se arrodilló a mi lado.

–¿Qué estás dibujando? –me preguntó con una voz que me recordó a papel de lija.

Llevaba una falda corta de cuadros que le hacía las piernas demasiado largas, y una blusa brillante que crujía un poco cuando movía el brazo.

Le dije que no estaba dibujando nada en particular. Solo probando con el lápiz a ver qué pasaba. Eso pareció alegrarla.

–Yo también lo hago. Me paso el día dibujando. –Se apartó unos rizos rubios y tiesos de la mejilla como hacen las mujeres normales–. Pero ya sabes que la mayoría de la gente deja estas cosas cuando se hace mayor. Así que es importante seguir dibujando.

–¿Hasta cuándo? –Yo ya la había entendido, solo quería dárme las de listo.

–Bueno. Toda la vida.

–¿Y si me destrozo las manos en un accidente?

Charlene me miró con preocupación, como si tal vez yo tuviese problemas mentales. Los efectos negativos de la educación en casa.

Entonces mamá la llamó al salón, y allí tomaron café y hablaron de la coincidencia de que ambas estuviesen leyendo la biografía de Zelda Fitzgerald, porque el libro llevaba ya «un buen tiempo» publicado y las dos habían comenzado a leerlo prácticamente el mismo día. O sea, mi madre estaba siempre leyendo biografías, y por lo visto Charlene también (pese a que uno podría pensar que alguien como ella debía de tener cosas más emocionantes que hacer, como ir a un bar trans).

–¿Te puedes creer esa parte sobre lo de que ella le robaba el material? –dijo mamá, poniendo unas comillas con los dedos en «robaba».

–Como si una experiencia *compartida* le perteneciese más a una persona que a la otra –dijo Charlene sonriendo–. Es un punto de vista muy adolescente.

–Aunque comprendo el aspecto económico de la situación. En cierto modo, su punto de vista *valía* más que el de ella.

–Pero no creo que fuese una cuestión de dinero, June. Nadie quiere que el tema de su obra se plante en el caballete y coja él mismo las pinturas, no sé si me explico.

Mamá puso los ojos como platos al oír esto, como si Charlene acabara de escupir diamantes. Yo creía que iba a vomitar.

Luego se pusieron a hablar de sus diarios. Se referían a sí mismas como «diaristas».

–Nunca había conocido a otra diarista de verdad –dijo mi madre.

Primero pensé: ¿QUÉ DEMONIOS tenía mi madre que se pudiera meter en un diario? Lo único que hacía era mandarme trabajos, ir por la casa limpiando cosas, beber té verde y salir a comprar. No me había dicho nunca nada de un diario, y viene Charlene y al cabo de media hora resulta que mi madre es Anna Frank.

La siguiente vez, Charlene se trajo *Desayuno con diamantes*. Antes de poner el DVD en el reproductor, mi madre le dijo: «Es mi película *favorita*.» Eso tampoco lo había mencionado nunca. Mientras veían la película con sus cuenquitos de palomitas yo me puse a rebuscar en el cajón de la mesita y encontré el diario. Era un cuaderno con cubiertas de ante y las páginas blancas. Con miedo a lo que pudiera encontrar, pero también muerto de curiosidad, lo hojeé lo más rápido que pude. Pero no decía nada. No era más que su agenda del día. *Un paseo esta mañana. El camino mojado de la lluvia de anoche. A Conner le sigue costando la geometría. Mike otra vez en el comedor social después del trabajo. Salmón y arroz con almendras para cenar. He llamado a la tía Martha. Libro de Jimmy Carter terminado.*

Seguía así un montón de páginas. El diario más aburrido que te puedas imaginar. Pero entonces vi que empezaba a decir C. en lugar de Conner. Y luego me di cuenta de que esa C. no era la C. de Conner.

... *He tomado el té con C...*

... *He leído la biografía de Hughes con C...*

En la última entrada, no había anotado su plan del día. Solo había escrito: *C. dice que aceptar tu propia maleabilidad es el comienzo de la fe.*

No había nada sobre mí ese día. Ni siquiera sobre papá. Había ido anotando nuestras estúpidas actividades diarias durante meses y meses y luego lo había dejado solo para meter las chorradas de Charlene.

Me enfadé tanto que me eché a temblar. Lo metí de un golpetazo en el cajón, del lado equivocado (que debe de ser por lo que acabó guardándolo en

otra parte), y me fui a mi cuarto en busca de un cuaderno nuevo. Empezaría a escribir mi propio diario y no la mencionaría ni una sola vez. *Ojos grises y arrogantes*, escribí. Lo taché. Y después: *Odio a Charlene*. Luego *mierda* dos veces. No lo podía soportar. De repente, odié la idea misma de los diarios y rompí la página en mil pedazos.

En el salón, habían terminado de ver la película. Charlene tenía mi tabla con papel de esbozo apoyada en el regazo. Estaba dándose ínfulas, dibujando a mi madre. Mamá estaba sentada muy quieta y mirando más allá de Charlene, mientras que los ojos de esta recorrían su cara de aquí para allá, bajaban al papel y luego de nuevo a su cara. Tenía unas manos grandes, largas, y hacía trazos cortos y rápidos, y yo me pregunté cómo sería dibujar así a una persona, como si tu mano supiese sin lugar a dudas lo que tenía que hacer. Pasé por su lado sin decir nada, y con toda la discreción posible eché un vistazo para ver a mi madre en el papel, la nariz fina, los ojos achinados y el flequillo cayéndole sobre la frente. La manaza de Charlene, con su manicura francesa, bailaba por toda la página, por toda la cara de mi madre. Yo seguí hasta la cocina. Allí di un trago rápido a una lata de zarzaparrilla. Al pasar de nuevo por el salón, solté un ruidoso eructo. Las dos me siguieron con los ojos. Mi madre me fulminó con la mirada, pero fingí no darme cuenta y continué caminando. «Tú no eres Helga», tenía ganas de gritarle. Pero entonces habría tenido que dar explicaciones.

¿Cómo llegué a la conclusión de que Charlene era un hombre? Caí de golpe, eso es lo curioso. Un día la vi sentada a la mesa del salón bebiendo café a sorbos en las tacitas de porcelana china que mi madre sacaba para ella, y puede que la luz le diese mal, o puede que aquel día se hubiese maquillado con prisas, o puede que tuviese algo que ver con su risa áspera o con la forma en que tocaba la muñeca de mi madre cuando hablaban de su libro.

–Es un hombre, ¿verdad? Como una drag queen –le pregunté a mi madre esa noche. A fin de cuentas, teníamos televisión por cable.

Mi padre se aclaró la garganta.

–Bueno, no exactamente... –comenzó a decir.

Aunque mi padre no veía muy a menudo a Charlene, porque esta solía venir a última hora de la tarde, cuando él estaba haciendo de voluntario en algún que otro sitio, se notaba que no era tan afable con ella como lo era con

la mayoría de la gente, a la que daba palmaditas en el hombro y sonreía con un brillo en los ojos.

–Bueno... –comenzó de nuevo. Nunca reparabas en lo grande que era hasta que lo veías aturullarse y toquetearse el pelo de la cara–. Está en una fase de transición. Técnicamente es...

Mi madre lo interrumpió:

–Ni se te ocurra decir algo así delante de ella, Conner. ¿Entendido?

–No soy IDIOTA. Ya sé que no va uno a un hombre vestido de mujer y le pregunta ¿TÚ ERES UN HOMBRE? ESO LO SABE *TODO EL MUNDO*. –Ella dio un respingo y yo bajé la voz–. Solo quiero saber si es un hombre.

–Sí –respondió mi padre–. No le levantes la voz a tu madre.

Bajó la vista y se mesó la barba. Comimos en silencio durante cinco minutos y luego todos empezamos otra vez a hablar normal y a contarnos nuestros aburridos días.

Si mi madre supiera lo que Charlene había hecho en su cuarto –llevarse sus pendientes a las orejas, rociarse su perfume en la muñeca, salir del armario con el vestido de encaje negro que mi madre se ponía en las celebraciones, y luego volver al comedor como si no hubiese pasado nada–, ¿estaría mi madre sentada en esta iglesia ahora mismo, con ese estúpido abrigo puesto? ¿Estaría yo en una ciudad extraña pelándome de frío? Había pensado en contárselo un millar de veces, pero la idea de pronunciar esas palabras lo volvía más real, menos pesadillesco.

Cuanto más pensaba en ello, más impaciente me ponía esperando que terminase el funeral de Charlene. Decidí dar un paseo. Bajé la escalinata y volví a la acera. Los defensores de los derechos de los animales seguían allí, pero se habían adentrado en el parque y estaban sentados sobre mantas mientras un tipo se paseaba de un lado a otro soltando un sermón. Una pareja de universitarios estaban sentados en un banco del parque al otro lado de la acera, dándose el lote. Pero cuando la mujer apartó su cara de la del hombre vi que debían de tener casi sesenta años, solo que iban vestidos como universitarios, con vaqueros descoloridos, zuecos Birkenstock y jerséis de J. Crew. Al final de la acera estaba la calle principal. Edificios con arcos y columnas que parecían tener cientos de años; nada como las casuchas de vinilo que aparecían de la noche a la mañana en mi ciudad. Al otro lado de la calle, vi una ristra de tiendas con los muros de ladrillo. Una cafetería. Quise

entrar y pedir un frappuccino pero no sabía si me daba tiempo. Seguramente mi madre se mosquearía si salía del funeral y no me veía, pero ¿y qué?

Cuando abrí la puerta de la cafetería, el aire caliente y el olor de fritanga me pusieron enfermo, como si alguien me hubiese echado el aliento a la cara. Aquella cafetería no era de esas en las que venden frappuccinos, tocan bandas y hay recitales de poesía, sino más bien una cafetería de viejo a la que la gente iba a comer beicon. Un hombre de mediana edad y aspecto extranjero estaba sentado en un taburete tras la barra con un portátil. Fingí una tos para que levantara la vista.

–¿Sí?

No tenía ningún acento, lo cual me decepcionó. Le pedí un frappuccino, solo para ver si resultaba que tenían. Pero no tenían, así que pedí un café solo.

–No crecerás. –Soltó una carcajada; yo medía ya metro ochenta y cinco.

–Correré el riesgo. –Me pareció una buena réplica.

–¿Quién se ha muerto? –preguntó, señalando mi chaqueta negra con un movimiento de cejas. Me sirvió el café en una taza blanca a la que le hacía falta pasar otra vez por el lavavajillas.

–Charlene, una amiga de mi madre. Era un tío que quería ser mujer. Seguramente se llamaba Charles antes de empezar a vestirse como una mujer.

El hombre frunció el ceño.

–¿Qué?

Había dado demasiada información demasiado pronto. Los efectos negativos de la educación en casa.

–Da igual. ¿Cómo es que no hay nadie más?

El hombre se encogió de hombros.

Una de las paredes del local era toda de cristal, así que me senté delante, de cara a la calle. Los coches pasaban zumbando arriba y abajo, pero no había ninguna persona en sí: nadie ni a un lado ni a otro de la calle. Era como si el hombre de la cafetería y yo estuviésemos completamente solos en el mundo. Durante un minuto imaginé que nos habían aislado del resto del mundo y solo nos podíamos comunicar con él a través de internet en su ordenador. El hombre me hacía cocinar y limpiar el restaurante a cambio de tiempo de conexión.

Él siguió tecleando en el portátil, sin levantar la cabeza. No me había

cochado el café. En mi cabeza lo había bautizado como Archibald, y conversábamos. «Tú guardas un secreto, ¿verdad?», me decía Archibald. Yo le contaba lo de Charlene en el cuarto de mi madre. Archibald estaba horrorizado. Se frotaba la frente bronceada y cerraba de un golpe la pantalla del portátil. «Pero ¿cómo es que no se lo has dicho a tu madre en todo este tiempo?», decía. Yo bebía un trago de café recalentado de mi taza sucia y me ponía pensativo. Encendía un cigarrillo de clavo aunque sabía que no se podía. Archibald no me lo impedía. Hacía mucho calor en el restaurante, pero mis axilas mojadas necesitaban la tapadera de mi chaqueta. *Es complicado*, le decía. Y le comenzaba a explicar lo de la cena que había organizado mi madre antes de que Charlene se fuera.

Vinieron un montón de familias de la iglesia, incluidos los Kapawski y Charlene. Fue solo un mes después de besar a Ally y de actuar en su obra, y cuando la vi cruzar la puerta con aquel jersey de pelo blanco tuve que mirar a otra parte para que no se me disparase el corazón. Charlene entró detrás de ella, con el abrigo de visón con el que llegaría mi madre tres semanas más tarde diciendo que Charlene tenía que mudarse por un trabajo. («¿Qué trabajo?», le pregunté a mamá entonces, pero ella cambió de tema.) Mamá y la señora Kapawski montaron un alboroto con el abrigo, todo ohs y ahs. Acariciaron la piel del brazo de Charlene. «¿Es visón de verdad?» Y bla bla bla. Charlene: «Mi madre me compró este abrigo antes de morir. Es mi favorito. Ahora empieza a hacer tiempo para ponérselo», bla bla bla. Me imaginé a una señora mayor y arrugada en un cuarto medio a oscuras que olía a muerte, en cama, y abrazada a un enorme paquete envuelto. «Adelante, sé una mujer. Ya no lo veo mal», decía, y le pasaba el paquete a Charlene.

Como en cualquier otra fiesta, los niños se terminaron de comer la lasaña de mi madre en diez minutos mientras los adultos apenas habían comenzado a atiborrarse. Algunos de los adolescentes salieron a jugar en mi canasta de baloncesto, y los gemelos Brenner se metieron en mi cuarto y empezaron a trastear con el ordenador. Todo el mundo daba por hecho que Ally y yo estábamos jugando con los demás, pero en realidad fuimos al dormitorio de mamá y papá. Mi madre ya había dejado cerrado, así que sabía que a nadie se le ocurriría que la hubiese llevado allí y cerrado la puerta. «¿Quieres sentarte en la cama?», le pregunté. Y ella dijo: «Me da igual.» Así que nos sentamos. Yo habría preferido llevarla a mi cuarto para enseñarle un dibujo medio decente que había hecho de su cabeza por detrás mientras estábamos en la

iglesia, y tal vez hacer que posara para mí. Pero como sabía que los gemelos Brenner le irían llorando a su madre si los echaba de mi habitación, tuvimos que pasar el rato en el dormitorio de mis padres, con sus paredes color beige, su colcha color beige y esos cuadros anodinos en los que ni te fijabas, como los que venden en los grandes almacenes. Al menos estaba perfectamente limpio. Mi cuarto olía un poco a pies.

Sentados en la cama, nos veíamos a nosotros mismos en el espejo del tocador. Me habría reído, pero ella estaba seria, con la cara inexpresiva y los brazos cruzados sobre el regazo. En el espejo yo parecía un bicho raro: los brazos y las piernas me habían pegado un estirón de medio palmo ese año y nada me quedaba bien, por muy a menudo que mi madre me comprase ropa nueva. Tenía algo de pelo en la cara pero me crecía a trozos. De hecho, me había salido pelo en sitios nuevos, como en el dedo gordo del pie y en los tobillos, y en *otros* sitios, también. ¿Olía yo igual que mi cuarto? ¿Veía ella lo asqueroso que era? Un masturbador crónico y peludo.

Porque ella estaba preciosa. Llevaba un suéter de pelo blanco. Su melena clara, que solía colgarle lacia y pegada a la cara, tenía electricidad estática y se le erizaba como un halo, y cuando pasé la manga del jersey se me quedaron pegados mechones de su pelo. No pareció importarle. Acerqué mi cara a la suya y dejé que mis ojos saltaran un segundo al espejo para ver cómo ocurría. Su piel lisa y pálida parecía nueva. Se le veían unas venitas azules debajo de los ojos. Podías imaginar toda la sangre corriendo por ellas mientras ella estaba ahí quieta. Helga no tenía nada que hacer frente a Ally sentada en la cama de mis padres con electricidad estática en el pelo.

En ese momento ella se apartó, solo un poco (lo vi primero en el espejo).

—No me puedes besar de verdad a no ser que vayamos a casarnos. —Lo dijo como si tal cosa, como si necesitara ir al baño.

—¿Quieres que juguemos a que estamos casados? —Ella negó con la cabeza—. ¿Te refieres a casados de verdad? —Asintió—. Pero nadie se casa solo para besarse.

—Si quiere besarme a mí, sí.

Nos miré en el espejo. Una chica de expresión arrogante con un suéter blanco y electricidad estática. Un chico larguirucho y moreno con un jersey de lana azul marino. Recordé una película que había visto por cable el año anterior, sobre un hombre rico que estaba siempre intentando impresionar a su fría y bonita esposa. Seguramente acabaríamos así. Nos casaríamos y yo

vendería todos los desnudos que habría pintado de ella para comprarle unas caballerizas y un jacuzzi, una gran mansión. Y ella pondría los ojos en blanco. Le construiría un invernadero enorme en el patio con toda clase de flores tropicales dentro, desde un naranja cegador o un rojo sangre a un azulón lacrimógeno, con un montón de personal cuidando de ella, como una pequeña ciudad. Una fuente cuyas aguas caerían a un estanque en el que te podrías bañar. Con peces, si no le daba repelús. Pero su cara seguiría apática e indiferente. Mi bella esposa frígida. Como el hombre de la película, yo seguiría intentando impresionarla y ella seguiría siendo frígida. Ella me odiaría en secreto porque yo no podía soportar que besara a otros hombres y no la dejaría ser actriz. Y entonces, igual que la mujer de la película, me mataría lanzando una tostadora enchufada a nuestro jacuzzi conmigo dentro, dormido. «Nunca me gustaron sus dibujos», diría en televisión, tras mi muerte.

–Vale, me casaré contigo –le dije.

–¿No lo dices solo para besarme?

–No, lo prometo. –Apoyé mi hombro contra el suyo–. Hueles a talco de bebé.

–No es talco de bebé. Es un perfume que huele como talco de bebé.

–Qué tontería –dije, y al instante me arrepentí.

Ally apartó el hombro. En el espejo se nos veía más tristes, pero yo no iba a dejar que la tristeza me dominara. La rodeé con mis brazos y ella no se resistió. Puse mis labios tirantes sobre sus labios blandos y serenos. Primero cerré los ojos, pero luego los abrí un momento. Ella debía de haberlos tenido abiertos todo el rato: los ojos grises y arrogantes bien abiertos, mirando sin ver, como los de una persona ciega. Había algo en ella que no era normal, algo que yo no sabía expresar en palabras. Quería protegerla de ello.

Entonces oí un sonido de alarma; el tablón suelto del pasillo que crujía cuando lo pisabas. Nos levantamos de la cama y la llevé hacia el cuarto de baño tirándole del brazo. Se oyó el pomo de la puerta. Cuando Charlene entró, Ally ya se había sentado apoyada en la pared, al lado de la bañera, no preocupada sino simplemente esperando, como esperaría uno en la consulta del dentista. Puede que cuando no estaba actuando se pasara el día pensando obras de teatro. Pero a mí me iba a estallar el corazón. No dejaba de sudar mientras miraba por una rendija de la puerta.

La habitación de mis padres tenía forma de enchufe: un cuadrado grande



con un estrecho saliente a un lado, como el diente de un tenedor. Los armarios de mi madre y de mi padre estaban ahí, en el diente, y el baño en el lado contrario, al otro extremo de la pared donde estaba el tocador. La puerta doble del baño tiene unos pequeños topes arriba y abajo para evitar que las hojas rocen al cerrar, lo que deja una rendija decente entre una y otra.

Yo veía a Charlene de lado, mirándose al espejo, porque estaba bastante apartada de este. Desapareció casi por completo de mi vista y reapareció llevándose un par de pendientes largos de mi madre –la verdad, parecían señuelos de pesca– a sus grandes orejas de hombre. Luego se roció las muñecas con el perfume de mi madre. Lo hizo de una manera extraña, pulverizando el perfume en el aire y pasando las muñecas por debajo. Después se metió en el vestidor. Por supuesto, no la podía ver allí dentro; solo la vi cuando salió con el vestido de fiesta de mi madre puesto. El encaje le tiraba de los hombros, anchos y huesudos, y la parte del vestido que cubría las caderas de mi madre quedaba toda fruncida en la larga cintura de Charlene. Con ese vestido parecía más un hombre que con las cosas que solía llevar, pero ella parecía pensar que le sentaba muy bien, a juzgar por la forma en que giraba enfrente del espejo y se alisaba la falda una y otra vez. Hasta soltó una risita. Quise acabar con eso ahí mismo, salir del baño y decirle lo ridícula que estaba, pero habría sido como plantarme delante de ella desnudo y pretender mantener una conversación. No podía hacerlo. Me quedé ahí plantado y traté de expulsarla con mi mente. Eché un vistazo a Ally: estaba enfrascada en sus cutículas. ¿Se preguntaba siquiera por qué estábamos escondidos en el baño? Lo único que parecía interesarle eran las cosas que inventaba en su cabeza.

Cuando volví la vista de nuevo, Charlene se había metido otra vez en el vestidor. Salió con su minifalda y su blusa de seda. Se marchó. Había sido como un sueño. Ya no podía besar a Ally; tenía ganas de vomitar. Le dije que teníamos que salir a jugar con los otros chicos. «Da igual», respondió. Una vez fuera, salí disparado. Me metí en un macizo de magnolias del patio y vomité toda la lasaña encima de hojas secas de magnolia. Esperé ahí sentado hasta que se me pasó el mareo. Encontré a Ally al lado de la canasta, con Han, la única chica coreana de nuestra iglesia. Le estaba diciendo que tenía un papel para ella. Algo de un lío entre un marido y la estudiante de intercambio de la familia. Los demás corrían y gritaban por el camino de entrada, lanzándose una pelota de baloncesto, pero ella no hacía caso.

Cuando la pelota rebotó y le pasó justo por encima de la cabeza, ni siquiera se molestó en levantar la vista.

–Bueno, ¿y de qué ha muerto la amiga de tu madre?

Este no era el Archibald de mi cabeza, sino el tipo real, dirigiéndose a mí cuando llevé la taza a la barra. No me miraba a mí, sino al otro lado del ventanal, donde la gente estaba inundando de pronto las calles. Parecía que llevaran ahí todo el rato, de aquí para allá con sus bufandas y sus abrigos. Se había levantado viento, que agitaba las puntas de la bufanda verde de un hombre. Un puñado de hojas secas. La melena pelirroja de una mujer.

–Estaba en el jacuzzi y su marido tiró una tostadora dentro.

–¿En serio? –Yo asentí, y él puso cara triste. Daba la impresión de que me creía–. Lo siento –murmuró, y volvió a teclear en el portátil.

No podían ser más de las cuatro, pero parecía mucho más tarde con aquel cielo que se teñía ya de gris y los faros de algunos coches encendiéndose al pasar por la calle. El viento me atravesaba la chaqueta. Iba pensando cosas tristes: cómo de pronto a Ally le había salido acné por toda la cara, y se le había puesto el pelo grasiento, y sus ojos arrogantes me hacían sentir lástima por ella en lugar de excitarme. Lo aburrida que se veía a mi madre cuando una de las mujeres de la iglesia venía a tomar el café con ella como había hecho Charlene, y cómo a veces le repetía a la mujer las mismas preguntas, en plan «¿En qué andan hoy los niños?», dos y tres veces sin recordar que ya lo había preguntado.

En la acera que cruzaba el parque había grupos de gente con ropa oscura. Debían de venir del funeral. Lo que significaba que el funeral había terminado y que mi madre habría empezado a buscarme. Me la imaginé frente a la iglesia con su abrigo abultado, esperando con mirada asesina. Puede que a punto de llamar a la policía.

Pero cuando me fui acercando a la iglesia –ahora iluminada, con los vitrales resplandeciendo en el cielo gris– vi que estaba hablando con un grupo de gente en el lado más alejado del edificio, sin buscarme siquiera. La ropa de los otros era de colores demasiado vivos para un funeral. Más de cerca, vi unas cuantas pancartas en defensa de los derechos de los animales sobre la hierba, dos mujeres delgadas con sendos bolsos de mimbre enormes

y un tío con una sudadera de capucha verde. Una de las mujeres señalaba a mi madre:

–... un símbolo de violencia –le estaba diciendo–. ¿Cómo puedes llevar puesto un símbolo de violencia y asesinato y ni siquiera ser consciente?

Mi madre tenía los brazos cruzados, abrazándose a sí misma.

–Fue un regalo...

–Un regalo se da libremente, no se roba –respondió la mujer–. A esos animales les *robaron* sus vidas.

–¿Tú sabes cómo se fabrica la piel de visón? –interrumpió el hombre–. Meten a los visones en unas jaulas pequeñas en las que casi no pueden ni moverse. Y como no los dejan salir nunca empiezan a morderse a sí mismos. Los granjeros intentan matarlos con los gases del tubo de escape, pero a veces no funciona. Algunos se despiertan mientras los están despellejando. – Se quitó la capucha y dio un paso hacia mi madre; su pelo rizado se desparramó cubriéndole el cuello. Había menos de un palmo de distancia entre ellos y las nubes de sus alientos se fundían una con otra–. Es muy fácil: quítatelo y toma partido.

Mi madre ni siquiera me vio. Estaba allí abrazada a sí misma y con la cabeza gacha como si esperara que se marchasen. Yo miré alrededor en busca de ayuda, pero no había nadie. Estábamos muy apartados en un lateral del edificio, y si lo rodeaba para ir a la entrada y buscar a alguien dentro de la iglesia, la dejaría sola.

–Fue un regalo. Si la persona que me lo dio hubiese sabido... –Su voz se fue apagando hasta sumirse en el silencio. Recorrió con los dedos la zona en que el abrigo le ceñía la cintura.

–Sé sincera contigo misma. –El tipo hablaba casi a gritos. Se pegó a mi madre agitando la mano–. No hay ninguna justificación para...

Y de repente me planté en medio de los dos y me eché sobre él entre empujones. Era un poco más bajo que yo, pero más ancho de pecho y hombros. Aun así, lo hice retroceder bastante y estuvo a punto de perder el equilibrio. Me devolvió el empujón, pero no con la suficiente fuerza como para hacerme caer. Mamá gritaba algo, pero la ignoré y me abalancé de nuevo sobre él. Le golpeé el pecho con el hombro, y aun con la amortiguación de la ropa y de la piel noté cómo sus huesos chocaban. Se resbaló y cayó en la acera; las gafas aterrizaron sobre la hierba y la mujer corrió a arrodillarse a su lado.

–ES UN REGALO DE LA MEJOR AMIGA DE MI MADRE, QUE ESTÁ MUERTA –le grité desde arriba–. ¿ES QUE NO VES QUE ACABA DE SALIR DE UN FUNERAL? SU MEJOR AMIGA ESTÁ MUERTA.

No podía parar. Un sabor salado me inundó la boca, pero no tenía la sensación de estar llorando. El papel crujía bajo mis pies. Seguí gritando las mismas palabras, una y otra vez, hasta que noté que una mano me apretaba el brazo.

–Para, Conner. Por favor, para –me dijo mi madre.

–Te iba a hacer daño.

Miré su figura encorvada en el suelo, los papeles esparcidos por la hierba a su alrededor.

–No, quería convencerme de que cogiera un folleto.

El hombre me miró desde el suelo con sus ojillos, parpadeando. Las chicas me miraban también. En las caras de todos ellos había más desconcierto que ira. La lluvia empezó a caer, y el viento agitó los folletos; el blanco del papel destelló a la luz de las farolas.

–¿Lo ves, Conner? –Sus ojos buscaron los míos y los retuvieron. El viento le apartó el pelo de la cara–. Ya estoy bien. *Estoy bien.*

# Vulnerabilidad

Los hombres tienen miedo de que las mujeres se rían de ellos. Las mujeres tienen miedo de que los hombres las maten.

MARGARET ATWOOD

## I

Una vez me enamoré de mi marchante de arte. Es un galerista medio famoso del que tal vez hayáis oído hablar –ese rumor que afirma que descubrió su amor por la historia del arte de adolescente, postrado en la cama, mientras se recuperaba de una serie de operaciones que prefiere no detallar, es cierto–, y aunque no puedo decir aquí su nombre, añadiré también que tiene barba y los ojos verdes, que es alto, con una cabeza calva y pálida de bonitos contornos, y que se fija en si le miras las manos o no mientras habla. Creo que esto se debe a que cuando era adolescente creía que ninguna mujer lo desearía jamás, de modo que aunque hoy gusta a montones de mujeres, parte de él es incapaz de aceptarlo; y ahí lo tienes, lleno de pensamientos brillantes sobre arte y visión, o sobre el negocio, o una comprensión profunda de cualquier cosa que le comentes, y él no deja de fijarse todo el tiempo en si le estás mirando las manos o no.

De adolescente, en uno de esos libros que los chicos socialmente ineptos leían con la esperanza de relacionarse con mujeres, leyó que es una señal de que un ser humano desea a otro.

Pero en aquel entonces yo no lo sabía, eso de mirar las manos. Y debo decir que diez minutos después de conocerlo en persona, estaba mirándolas. *Estaba mirándolas.* (Aunque no sé hasta qué punto tuvo que ver con el hecho de que no dejara de moverlas mientras hablaba, seguramente con la intención de que yo las mirara.)

Sentado enfrente de mí en el restaurante en el que nos conocimos, con expresión complacidísima y un brillo en los ojos, me anunció:

–Estás mirando mis manos.

–Bueno, sí. Supongo que sí.

Y siguió mirándome así, con un deleite secreto, como si hubiese ocurrido algo importante. Pensé que tal vez estaba loco. Pensé que tal vez fuese la persona más extraña que había conocido nunca, ¿y por qué llevaba la pechera de la camisa desabotonada hasta tan abajo? Se le veía un montón de pelo del

pecho (donde yo vivía, en el Sur, los hombres no hacían esto con las camisas), y llevaba, diría, una camisa verde con rayitas rosas, o una camisa rosa con rayitas verdes que le iba un poco demasiado ceñida (nada que ver con esas camisas blancas de cuello abotonado, sin corbata, con las que aparecía de continuo en los artículos y entrevistas para revistas de arte y cultura y negocios). Yo llevaba una minifalda de encaje rosa que había sido diseñada para una mujer más bajita que yo y que cuando me sentaba apenas cubría las zonas que debía cubrir; y él no dejaba de mirarme como si estuviese enamorado de mí, con los ojos verdes bien abiertos, brillantes y húmedos, mientras me preguntaba si me masturbaba mucho, como hacía la mayoría de los artistas.

—¿Eso hacen?

Yo no conocía a demasiados artistas. En la universidad evangélica, a los de arte los dirigían hacia la enseñanza y el diseño gráfico y los alejaban de lo que nuestro jefe de estudios denominaba con todo desprecio y desdén «un ídolo de galerías».

Él pareció tomar mi respuesta indirecta como un sí y empezó a hablarme de penes en el arte.

—Doy por hecho que has visto *Hombre con traje de poliéster*, de Robert Mapplethorpe. —Negué con la cabeza. Él se mostró incrédulo—. ¿Dónde has dicho que estaba esa universidad baptista a la que fuiste?

Se lo dije, y él me habló de la fotografía del hombre negro con traje; del encuadre, que cortaba la parte de arriba, a la altura del pecho; la considerable erección, con las venas exquisitamente iluminadas, que se extendía a través de la bragueta abierta de los pantalones.

—Tienes que entender que los hombres blancos le tenían miedo al pene negro —me explicó, y el camarero bajito y de pelo rizado que nos traía las bebidas me echó un rápido vistazo, cabe suponer que para ver cómo encajaba yo esta información, y luego, con una expresión de benevolencia profesional, se marchó por el mismo camino por el que había venido—. Les preocupaba su efecto en las mujeres y el riesgo de locura sexual que podía conllevar el hecho de tener un órgano tan grande.

Habló del campo de la anatomía comparativa de principios del XIX, de científicos fascinados por la contemplación de penes africanos conservados en formol. Y hablando de formol, ¿había visto *La imposibilidad física de la muerte en la mente de alguien vivo*, de Damien Hirst?

Le dije que había leído una vez algo sobre ella en una revista. Le dije que no había estado en ningún museo de Reino Unido, ni tampoco de Nueva York, ya puestos.

–¿En ningún museo? Pobrecita. Pero ¿qué haces aquí conmigo? ¡Tendrías que estar en un museo! –Aunque parecía complacido, como si ambos supiésemos que no era así. Su voz tenía una cualidad musical, feliz consigo misma, como si estuviese por encima de todo y le divirtiera el hecho mismo de su existencia.

El verde salpicado de dorado de sus ojos irradiaba una cristalina y delicada invitación.

–Están cerrados –señalé.

–Me gusta eso: *están cerrados*. ¿Tienes la menor idea del aspecto que tienes cuando dices cosas?

–No. –Aquella me pareció una pregunta ridícula, reconfortante, en el sentido de que lo hacía en cierto modo menos intimidante a mis ojos–. ¿Tú sí?

Pero él ignoró la pregunta para hablar de mí.

–No das muestras de una gran emoción, pero no cabe duda de que tu nivel de interés crece por momentos. Se te da muy bien mostrar interés. ¿Es impostado? Si se te da bien parecer interesada cuando no lo estás, y no parecerlo cuando *sí* lo estás, se te podría dar bien mi trabajo. –Se echó a reír, al parecer sin esperar respuesta.

Daba la impresión de que nada de lo que yo dijese podría sorprenderlo en modo alguno, como si no pudiera sorprenderse pasado cierto punto (como si la sorpresa no fuese nada más que la sensación del viento dándole en la calva, sin agitar nada).

–Pero me alegro de que seas artista. Me alegro mucho de que seas artista y de haberte encontrado y de que estemos aquí sentados ahora mismo.

Lo decía de verdad. Me miraba como si yo fuese la respuesta a una pregunta con la que había cargado siempre. Yo misma había ido a Nueva York con esa clase de pregunta; había venido especialmente a conocer a otro hombre, H., un artista y cineasta cuyos cuadros vendía este marchante. H. era quien le había enseñado mi trabajo.

No estaba segura de que me gustase, sin embargo. Lo que fuera que sintiera iba más allá de eso. Quería que me gustase porque entonces lo que sentía por él cobraría más sentido para mí.



Nadie me había hablado así antes: en el aire flotaba el equivalente espiritual de que me palparan el globo ocular de un modo casi imperceptible con una de esas máquinas con reposabarrillas por las que miras en el optometrista.

Le dije que también yo me alegraba. Luego volvimos a los penes.

–Zelda se quejaba de que Fitzgerald tenía el pene demasiado pequeño. Él decía que había desarrollado un complejo al respecto. –En ese momento me miró fijamente, como si quisiera llegar a una conclusión–. ¿Te gusta Fitzgerald? –Antes de que pudiera contestar, se aclaró la garganta y, como si esa fuera la auténtica pregunta, se apresuró a añadir–: ¿Te gusta la literatura?

Yo asentí a Fitzgerald y asentí a la literatura.

–Me gusta leer. A veces escribo.

–¿Sobre qué escribes?

–Sobre la gente que me encuentro. Cosas cotidianas. Pero supongo que en realidad se trata de encontrar a Dios.

Eso era lo que sentía hacia mi trabajo, también; no me sentía cómoda en la iglesia, pero siempre andaba buscando creer en algo, tratando de estrechar la distancia entre ese algo y yo, y decirlo me llevó a abrazarme a mí misma, como haces a veces cuando crees que están a punto de dejarte en ridículo por algo. Pero no pareció darle importancia, y me explicó que también él era religioso, pero ateo, y me preguntó mi confesión. Cuando le dije que últimamente me había planteado hacerme católica pero que no me gustaba su actitud hacia los gays, me respondió que no creía que eso debiera impedirme hacerme católica.

–¿En serio? –pregunté–. ¿No te parece un problema?

–Ah, eso no importa –respondió con aire categórico.

La risa de una mujer sentada unas cuantas mesas más allá me distrajo. Me volví a mirar y constaté que pese a ser mayor que yo era también más guapa. Con mi marido, yo siempre tenía presentes a las mujeres así, ofuscada por la idea de lo fácil que sería para él reemplazarme por una de ellas. A las mujeres les gustaba. Alguna vez al volver del baño en un restaurante me lo encontraba embarcado en una conversación con la camarera, más feliz de lo que estaba jamás conmigo; conmigo decía que podía ser él mismo, es decir, depresivo.

Pero si mi marchante reparó en esa mujer más guapa, no dio muestras de ello.

Volvimos a la literatura.

–La gente que te encuentras. ¿Como yo?

Asentí.

De nuevo la risa de la mujer se alzó por encima del zumbido general del lugar, incitando a mi oído. Él sonrió, por la risa, por mí: la distracción se había convertido en nuestro divertimento. Vi en su cara un levísimo atisbo de irritación cuando se me fueron los ojos.

–Ah, por favor, no escribas sobre mí –dijo, como si solo pensarlo ya le resultara irresistible.

–No te preocupes. No es el tipo de cosa que enseño a la gente –respondí.

Pero en aquel entonces no habría sabido cómo escribir sobre él porque no le encontraba el sentido: todo lo que decía parecía tener un sentido doble u oculto o ingeniosamente implícito. Aunque, por otra parte, es posible que nada tuviese tanto sentido como yo imaginaba. Cuando recuerdo la conversación completa, mucho de lo que ambos dijimos tiene y no tiene sentido, en cierto modo. Es decir, nos veíamos el uno al otro como si se estuviese produciendo una comunicación intensa y profunda: me estaba hablando de su hermana fallecida, de un amigo cristiano que lo llamó todos los días después de su muerte para ver cómo estaba y decirle que rezaba por él, y aunque la expresión vulnerable de su cara mientras lo decía me conmovió, había algo en la forma en que lo dijo, en la forma en que sus ojos verdes y húmedos calibraban mi reacción, que me llevó a pensar que hablaba de ella a menudo, para ligar, y que esta versión que incluía las plegarias era la versión que había personalizado para mí. Me daba igual. En su día también había encontrado atractivo el dolor de mi marido (el abandono de su madre, los flirteos de su madrastra siendo adolescente, su fracaso para abrirse camino como escultor, la frustración por su incapacidad de «querer ser feliz», fueron sus palabras), pero mientras que aquel dolor sentía siempre que me lo echaban o incluso me lo estampaban en la cara, este ocupó el aire entre nosotros tan leve y contenido como un caramelo envuelto.

–Leí una vez que el amor es lo que penetra las corazas que nos tienen atrapados –dije unos minutos después, ya embriagada, siguiendo con los ojos sus manos gesticulantes y sus muñecas delgadas y masculinas, las mangas desabrochadas que le resbalaban por el brazo cuando levantaba las manos. Luego me dio vergüenza, puede que porque estaba casada y hablando de amor con él, o puede que solo por estar hablando de amor, o porque sus ojos

volvieron a pillar a los míos mirando sus manos. Percibía algo ligeramente ridículo en nosotros dos, como niños jugando a ser otra cosa (cada uno consciente del auténtico yo del otro, pues la característica definitoria de esos yos era lo que los atraía), y cuando el camarero llegó con una cerveza fría para mí y un martini para él, experimenté el rubor de haber sido casi descubierta –pero ¿descubierta haciendo qué?–, lo que vino a acrecentar la sensación de absurdo. A nuestro alrededor, otros clientes se sentaban o se levantaban de las sillas, conversaban y comían pan de las cestas; la luz del verano empezaba apenas a apagarse mientras los camareros encendían las velas de aquel local al aire libre, y aunque en un primer momento estaba cansada y no había querido quedar con él, ahora estaba tomando clara conciencia de la sensación de que nosotros y ellos existíamos en planos de realidad distintos, y de que el nuestro era mejor. Aun así, cada vez que yo decía algo sonaba raro a mis oídos, y me sorprendía que su cara, mirándome, pareciera computarlo como correcto. En aquella época, debo añadir, yo vivía con un miedo (perpetuo) a decir algo fuera de lugar, y había sido así desde la infancia; creía que todo lo que dijese revelaba demasiado de mí –del problema de mí– a los demás; el sonido de mi voz era como el sonido de un lápiz rasgueando una extensión blanca; pero este hombre había expresado interés por las diapositivas de mis piezas que le había mostrado H., me había dicho que eran muy buenas –tan buenas, de hecho, que estaban en un tris de ser malas–, y admiraba lo que definió como la «obsesión y la necesidad» que subyacía a mi «ridícula fanfarronería».

Tres meses atrás, el marchante y yo habíamos hablado por primera vez por teléfono.

Su acento sonaba refinado y algo afectado. Me recordó a esos chicos con americana de la escuela preparatoria que salían en las películas, como si llevara estampado un blasón invisible. (A mí me disgustaban y fascinaban esa clase de chicos.)

–Me gusta porque pintas como si fueses mejor de lo que eres y en cierto modo lo acabas siendo –había dicho, y me había provocado un retortijón físico de dolor que parecía comenzar por mi estómago hecho un puño y propagarse con malestar por brazos y piernas–. Aunque con eso no quiero decir que no seas una muy buena pintora, por descontado –añadió, y despertó mi autodesprecio ante esa sensación de bálsamo untado sobre una quemadura.

Yo no quería que me importara su opinión, pero por otra parte: «Eres muy buena pintora, evidentemente.» Así que pasó a importarme.

En casa, sentada en el taburete del estudio, descrucé las piernas, de manera que la que había tenido encima quedara ahora debajo. Con la mano libre, empecé a tirarme del labio inferior con ese gesto infantil que había dejado atrás hacía tanto tiempo. Cuando me di cuenta, paré. Me despertó odio y admiración su habilidad para generar eso en mí.

Pero a medida que comentábamos las obras individuales empecé a sentirme cómoda con él, comprendí el estilo de su personalidad, y las pinturas y dibujos de mi estudio –técnicamente, el cuarto de invitados–, en el que pasaba las oscuras horas de insomnio de la madrugada trabajando, empezaron a transformarse ante mis ojos a medida que él las vulneraba, veneraba y desfamiliarizaba con unos ojos extraños e invisibles para mí. Su intrusión en mi mundo fue como poco tan perturbadora como la semana que la madrastra de mi marido había ocupado la habitación. («¿Por qué pintas todos esos hombres feos?», me preguntó una tarde tras hacerme subir al piso de arriba para un receloso cara a cara, después de retirar –de nuevo en contra de mis peticiones– la lona que había echado sobre los cuadros.)

Me telefoneó por segunda vez a las pocas semanas, y de nuevo al cabo de una semana, cada vez con el pretexto de tener alguna duda específica sobre mi trabajo que necesitaba aclarar por motivos de curiosidad intelectual y/o profesional, cada vez haciendo que me preguntara si su interés conduciría a una oferta de representación. Pero entonces, de pronto, justo cuando yo había perdido ya la noción del tiempo o cuando me sobresaltaba la conciencia de este, esperando poder terminar la conversación con él antes de que se oyera el coche de mi marido en el camino de entrada (las charlas sobre pintura resultaban amenazadoramente íntimas, sus pausas, su misma respiración, daba la impresión, teñidas de deseo), él colgaba.

La primera vez pensé que había habido algún problema técnico, o que había pulsado por error el botón equivocado y que enseguida llamaría de nuevo, pero a esas alturas ya había comprendido que cuando la conversación llegaba a un clímax de tensión y emoción él corría a poner fin a la llamada.

Entonces, una tarde, por teléfono, en torno a las tres, por fin le conté que esos hombres extraños que dibujaba y pintaba se parecían (de un modo u otro) al hombre que había abusado de mí cuando era pequeña. A un par los había confundido con él en un primer momento, le expliqué, y me había

quedado rígida y sin respiración, como me ocurría cuando me topaba en público con un sujeto en potencia. Cuando me convencía de que el sujeto no era él, una sensación depredadora se apoderaba de mí y me empujaba en la dirección del hombre, al que sorprendía y engatusaba para que me permitiera dibujarlo y fotografiarlo; posados que tenían lugar sobre todo en bares y cafeterías. *Disculpe, señor, sé que debe de sonar extraño y lamento molestarlo, pero soy artista y ¿no le ha dicho nunca nadie que tiene usted una cara de lo más asombrosa?* (Siempre aniñada y sobrecogida, como si no hiciera eso a menudo, como si aun con gran riesgo personal yo hubiese salido de mi zona de confort.) A partir de eso pintaba los cuadros. Nueve hombres habían posado para mí.

–Supongo que no me creerás si te digo que ya lo sabía –respondió él–. Es decir, que sospechaba algo de esa naturaleza por esa, en fin..., como se lo describí a H., que estuvo de acuerdo conmigo, esa reconciliación a la Schiele entre la atracción y la repulsión inherente hacia el sujeto de tus cuadros. La repulsión hacia el poder del sujeto sobre ti, podríamos decir.

Y siguió hablando en una voz íntima y evocadora con la que me descubrí acariciando mi pecho distraídamente y pidiéndole:

–¿Podrías, por favor, no colgarme esta vez?

–¿Colgarte? –murmuró–. Daba por hecho que tanto tú como yo comprendíamos dónde terminaban nuestras conversaciones.

(Si cualquier otra persona me hubiese dicho eso me habría dejado anonadada su arrogancia.)

Y entonces me dijo que era un honor para él representarme.

–¿Vas a ser mi representante? –le pregunté, mirando por la ventana de mi estudio, a la soleada tarde de primavera, mientras un agradable escalofrío me recorría la espalda.

–Sí –me dijo, divertido–. Di por hecho que se entendía desde el principio. Yo no malgasto mi tiempo.

En ese momento apoyé la mano en el cristal de la ventana y me pregunté si aun sin haberlo conocido nunca en persona era posible que estuviese enamorada de él. Debo reconocer que también me lo preguntaba de H., de manera que no sabía si podía estar enamorada de dos hombres (que no conocía en persona y que a veces, como no conocía en persona, parecían fundirse incluso en un único, misterioso y poderoso ser masculino) además de mi marido, que tras un día de ventas como visitador farmacéutico se

pasaba la mayor parte de la tarde fuera, en el cobertizo, tomando whisky. «No es que no quiera hablar contigo», explicaba mi marido. «Es que tengo que pasarme el día hablando con gente y para cuando termino ya no me queda nada. Alguien tiene que ganar dinero para que puedas quedarte en casa y pintar», decía, aunque él había sido el primero en animarme a quedarme y llevar la casa. Se suponía que estábamos intentando ser padres, pero ya llevábamos un tiempo sin que pasara nada, y la idea de consultar a un médico le incomodaba. Si quería, yo podía ir a ver a un médico, pero él no tenía pensado hacerlo. En la intimidad de nuestro hogar, irradiaba desprecio por los médicos porque no le gustaba trabajar de comercial (pese a que se le daba bien) y tenía que venderles el producto de su empresa, un antidepresivo que, cuando se trató con él, no le hizo el más mínimo efecto, como el resto de los que había probado.

Aunque decía que estaba trabajando en sus esculturas, la mayoría de las veces volvía del cobertizo con las manos limpias. Acostumbraba a llevarse el portátil, y yo sospechaba que se pasaba un buen rato bebiendo y viendo porno.

Así que me sentía solo un poco culpable por tener ganas de recibir las llamadas de un marchante de arte y obsesionarme con ellas.

Ahora, sentado frente a mí en el restaurante, el marchante asentía y asentía.

En mi ciudad natal, mi obra había sido desdeñada por los someros vistazos de los galeristas locales, a los que parecía ofender que yo tuviese el descaro de pedir siquiera su atención, y cuyas galerías eran inferiores en tamaño, diseño y prestigio a la del marchante.

Y aquí estaba, su claro superior, en carne y hueso, mirándome como mínimo con la misma atención que le había prestado a mis cuadros.

El restaurante en el que estábamos era al aire libre, y al otro lado de los paneles que lo cercaban se estaba poniendo el sol, las calles se desdibujaban en el azul del atardecer, y me levanté para acompañarlo a fumar un cigarrillo. Yo detestaba el tabaco –mi marido fumaba–, pero también envidiaba el trato que se dispensaban los fumadores entre ellos, la manera en que otro hombre se plantó a nuestro lado fuera del restaurante y le gorreó un cigarrillo, el entendimiento, *la complicidad* que había entre ellos en cuanto que fumadores. Mientras se llevaba el cigarrillo a la boca, y luego lo alejaba, los pelos de la barba enmarcando sus finos labios, me explicó, sin necesidad:

–He vuelto a fumar.

–Sí, ya veo, estás fumando.

La gente pasaba arriba y abajo por la calle, y nos dijimos alguna otra cosa sin importancia, y de nuevo me sonrió con esa especie de deleite privado.

–No dejas de mirarme las manos.

Momento en el que H., a quien había conocido en persona apenas el día antes, después de un año escribiéndome con él, llegó.

Debería decir que en aquella época H. ya no se consideraba director de cine, y que la imagen de cineasta fracasado que tenía de sí mismo y a la que aludía en nuestra correspondencia quedó patente aquel día en la forma en que emergió de la oscuridad de la noche a la atmósfera dorada de la zona del comedor. Aunque más adelante rodaría otra película experimental por la que le dieron un premio de prestigio, en ese momento había perdido la confianza, y había en su postura –en los hombros y en el cuello– la leve pero perceptible cualidad de un hombre que estaba todavía escapando de las críticas desiguales y el desastre económico. Justo antes de cruzar a la luz del comedor, se detuvo sin motivo aparente, y me pareció que estaba escuchando algo a lo lejos (aunque puede que lo imaginara, porque la oscuridad le cubría la cara). Cuando por fin entró en el comedor y se acercó a nuestra mesa, lo hizo proyectando la imagen contraria de mi marchante: el primero daba la impresión de no saber si estaba en el lugar correcto, mientras que el segundo podría haber convencido fácilmente a alguno de los clientes de que era el dueño.

Mientras H. se acomodaba en la silla puso una expresión de incomodidad, empezó a arrastrarla hacia la izquierda, en ángulo hacia la mesa, pero luego –al parecer tras clavarse las rodillas de sus largas piernas en el fondo del tablero– soltó un suspiro, corrió la silla hacia atrás y al hacerlo, de algún modo, volcó un vaso de agua.

–Pero ¿cómo has hecho eso? –le dijo mi marchante, porque para mover la silla H. no necesitaba acercar el brazo al vaso de agua para nada–. Siempre que salimos pasa lo mismo.

Con su servilleta, H. secó la mancha húmeda de la mesa, y con la que yo le di se restregó la manga de la camisa.

Mientras uno de los camareros se apresuraba a ayudar con el vaso y el hielo que había caído al suelo, vi cómo H. le lanzaba a nuestro marchante una mirada que volvería a echarle más tarde, y que parecía ser una aceptación del

tono jocosamente abusón que adoptaba con él, de la manera en que se deleitaba en su humillación, y me sentí dolida.

–Tiene las piernas largas –dije en su defensa–. Las mesas están un poco apretujadas y él es mucho más alto que la media.

–Sí –repuso el marchante–, pero como puedes ver, yo también.

Debo decir que ya entonces yo tenía lo que podríamos denominar la arrogante convicción de que poseía la capacidad de reconocer el genio auténtico, y aunque la película muda de H. sobre la entrada en la edad adulta de un adolescente sordomudo había recibido críticas que la tachaban de pretenciosa y autocomplaciente y había perdido dinero –un porcentaje considerable del público de una proyección en Los Ángeles había abandonado la sala durante lo que alguien definiría como secuencias oníricas tediosas y sin sentido–, yo creía (como algunos de los críticos verdaderamente auténticos y valientes cuyas reseñas había leído mientras googleaba-acechaba a H.) que era una obra extraordinaria e incomprensible.

Pero yo lo consideraba más un pintor que un cineasta, y eran sus cuadros los que un año atrás, en el sótano mohoso de una biblioteca, ojeando un número antiguo de *Art Forum*, habían llamado mi atención.

De hecho, llegaron a gustarme tanto los cuadros de murciélagos de H. que, agachada en una sala de estudio, recorté el artículo completo, y no reconocí del todo que lo había robado hasta que salí al aparcamiento.

Que los cuadros del artículo que había robado fuesen de murciélagos me sorprendió al menos tanto como el hecho de habérmelos llevado, y mis sentimientos hacia los murciélagos me sorprendieron todavía más. En su plano bidimensional, los murciélagos hiperrealistas colgaban de lo alto del cuadro con las alas envueltas en torno al cuerpo. El artista los había retratado de un modo tan evocador (con sombras amarillentas de textura aterciopelada y luces efímeras de azul plateado) y tan táctil (un tono rosa carne asomaba allí donde la luz iluminaba un pequeño punto cerca de la base de la cabeza peluda del murciélago) que por primera vez en la vida fantaseé con acariciar a uno. Hasta entonces me habían repugnado; de hecho, al ojear la revista había sentido un atisbo de esa repulsión; pero entonces había surgido ese otro sentimiento que me hizo volver al comienzo del artículo para examinar la foto del artista, un hombre de mediana edad. Si bien en un primer momento también esta me pareció poco destacable (estaba calvo, así que no era como



*el hombre*, el que había abusado de mí de niña, y tampoco era delgado ni tenía un atractivo clásico, como mi marido), cuando la inspeccioné con atención me dejó hipnotizada: la expresión generosa y benévola de sus ojos grises, aparejada con un leve pero inconfundible ceño fruncido, como si estuviese al mismo tiempo invitándome a acercarme y ahuyentándome, me resultó desconcertante y misteriosamente familiar, como una cara que hubiese visto en sueños.

No solo la habilidad con la que estaban pintados los murciélagos, sino su disposición en el rectángulo del lienzo, la forma de sus cuerpos suspendidos, el efecto emocional de todo ello (me vinieron a la mente las curvas de los hombros en los cuadros de la época azul de Picasso), se quedaron flotando en mi cabeza, persistieron incluso hasta mucho después de volver a casa y ponerme a preparar las verduras para la cena. Mientras cortaba una cebolla en la tabla, tuve de pronto perfectamente presente el contenido de la bolsa, así que dejé de cortar y la subí al estudio, tras lo cual, de nuevo abajo, seguí notando su presencia como notaba a veces la de una pintura a medias, como si aferrándome a ella yo misma ocupase dos áreas distintas de espacio. No era una sensación agradable, sino una fuente de tensión constante; y a eso había que sumarle ahora los ojos irritados y llorosos, que me había frotado con los dedos manchados de cebolla mientras bajaba las escaleras.

«¿Por qué lloras?», preguntó mi marido, que acababa de entrar.

Le dije que era por culpa de la cebolla, pero cuando vi aquella expresión preocupada en su cara, cuando vi cómo se enternecían sus ojos al examinar los míos, por motivos que no supe comprender (aunque en retrospectiva soy consciente de que nos mirábamos relativamente poco a los ojos, de que aunque él me miraba mucho, pocas veces lo hacía a los ojos, y de que el propio hecho de que su mirada buscara la mía de aquel modo debió de emocionarme) me puse, en efecto, a llorar. Durante la cena, me planteé contarle que había robado el artículo, me planteé convertirlo en una historia divertida, pero luego el momento pasó y comprendí que no se lo iba a contar (¿por qué?); y más tarde, por la noche, cuando fue al cobertizo a «esculpir», de nuevo me sentí atraída hacia el artículo, que esta vez leí sobre la cama hecha.

Esa noche, cuando me desperté por segunda vez alrededor de las tres de la mañana –la primera para ver si mi marido había vuelto a casa; había vuelto: estaba en su despacho con la puerta abierta, viendo porno, y al oírme se

volvió hacia mí con esa expresión excitada y vacía que se le ponía, me llevó de vuelta al dormitorio, me folló (cosa poco frecuente, a oscuras) y luego rodó a un lado y me dio una palmadita reconfortante en el muslo antes de quedarse dormido—, supe que no volvería a dormirme y, en consecuencia, me levanté a pintar, pero en lugar de eso me descubrí sentada frente al ordenador, tecleando el nombre del artista de los murciélagos en un motor de búsqueda, donde descubrí que tenía página de Facebook. Como no me había parecido esa clase de artista, me dejó atónita la posibilidad de contacto, que hasta ese momento no había considerado posible, y después de mirar fijamente la pantalla durante lo que debieron ser diez minutos, tan ilusionada como aprensiva, le envié una solicitud de amistad.

Luego estuve un par de horas trabajando en un cuadro de B., un hombre al que había visto por primera vez en la calle, delante de uno de los mejores hoteles de la ciudad. Yo volvía de mi cafetería favorita, y cuando él se acercó en dirección contraria y pasó por mi lado, nuestras miradas se cruzaron. Ante la embestida de sus ojos, yo aparté la cara primero.

Con sus ojos oscuros grabados en mi mente, di media vuelta y seguí en dirección contraria, guardando una generosa distancia por si se volvía a mirar.

Aquel día de finales de enero, consciente de que la decoración navideña había desaparecido de los escaparates de las tiendas, consciente de la ausencia de las guirnaldas que envolvían las farolas, disfruté de un sentimiento de expectación que hizo sombra al que había sentido de niña cuando esperaba permiso para salir del cuarto y jugar en el árbol, y aunque estaba nerviosa, sonreía y soltaba risitas tan audibles que una madre que llevaba de la mano a su hijo pequeño se volvió a sonreírme. «¿De qué se ríe?», le preguntó el niño. «De algo que tiene en la cabeza», le respondió su madre con tono divertido.

Él caminaba con las manos en los bolsillos. Desde atrás podría haber sido cualquiera —con los hombres pasaba eso más a menudo que con las mujeres, por el pelo corto y los trajes oscuros—, y sin embargo yo conocía ya lo bastante bien la parte posterior de esa cabeza y ese cuello y esos hombros como para, si se daba la ocasión, distinguirlo de otros parecidos.

Dentro del restaurante (un asador) lo divisé en la barra y me senté a dos

taburetes de él. Decidí esperar a ver si me hablaba él primero, porque siempre que me podía permitir dejar que fuesen ellos los que buscasen el contacto conmigo, aceptaban más cómodos toda la propuesta.

Cuando me miró por primera vez yo le respondí con una sonrisa distraída, no como si fuese alguien a quien yo reconociera, sino alguien con quien pretendía ser hasta cierto punto cordial por el mero hecho de que estaba sentado cerca en la barra y había mirado casualmente en mi dirección.

–Eh –dijo, un segundo después de que yo volviese la vista para examinar el menú–. Disculpe, ¿no acabamos de cruzarnos por la calle, cerca del Westin?

–Ah, puede ser –le dije, sonriendo y haciendo que me esforzaba por recordar su cara–. Vengo ahora de allí. ¿Se aloja en el Westin?

–Sí –respondió amigablemente.

Me sentía atraída hacia ellos no solo por su aspecto, sino porque desprendían un cierto tipo de soledad, y por lo general se mostraban contentos de que yo estuviese tan abierta a conversar.

Esta vez, sin embargo, las cosas tomaron un rumbo inusual cuando me propuso que lo dibujara no en el bar sino en el hotel.

–¿Por qué no aquí? –quise saber. No podía ir a su habitación. Se había hecho una idea equivocada.

–Sinceramente, me da vergüenza que me dibuje en público –explicó–. Es demasiado íntimo. No estoy intentando llevarla ahí para seducirla. Ya he visto el anillo. Es solo que prefiero hacerlo en privado.

*Vale.*

En mi estudio, el trance en el que entraba mientras pintaba quedaba cada poco interrumpido por la sensación de que el pelo y la ropa me olían a tabaco (mi marido lo había dejado tiempo atrás pero había vuelto a fumar, quejándose de que la ansiedad que yo «desprendía» últimamente lo había «empujado» a ello) y por una obsesión con el recuerdo del olor anterior de mi marido, que me encantaba pero que ahora era incapaz de recordar con claridad, salvo el hecho de que me encantaba. Dándole color al propio trance, incrustados en las pinceladas que aplicaba al lienzo, estaban la excitación y el miedo de haber acompañado al hombre de vuelta al Westin aquella tarde, todo el camino pensando que aunque parecía ser de lo más agradable yo no debería estar yendo a una habitación de hotel sola con él. Una vez en su interior, oscuro y decorado con gusto, me sentí aliviada cuando fue de

inmediato al otro lado del cuarto, al ventanal que había allí, para descorrer las pesadas cortinas de color verde y burdeos, con sus visillos de muselina blanca.

El día inundó la habitación. Exhalé. Él se volvió hacia mí. Me descubrí mirando sus zapatos: unos zapatos de vestir masculinos, negros, lisos, bien hechos.

El movimiento repentino de su mano me hizo dar un respingo.

Se tapó la boca al estornudar.

—¿La he asustado? —dijo, divertido, el alivio inundando mis miembros tensos—. Por un momento ha puesto cara de creer que estaba a punto de matarla.

Pintando, de pronto llegué a un punto de bloqueo —me asaltó de repente, la sensación de que había hecho todo lo que podía hacer en ese momento, de que me era imposible pintar bien pasado ese punto— y volví a revisar mi correo, donde descubrí que H., que también debía de haber pintado de noche o no podría dormir, había aceptado. Mientras el cielo se iluminaba, me vacié en un mensaje para él en el que la emoción por su trabajo era indisociable de las palabras usadas para transmitirlo, por lo que tuve la sensación de estar enviándole una vasija (un mensaje dentro de una botella, por así decirlo). La habitación apestaba a trementina. Había abierto un poco la ventana, y oí un pájaro trinando en los árboles detrás de la casa.

Sin hacer ruido, bajé las escaleras y salí al frío de la mañana sin abrigo. Me quedé mirando la yema neblinosa del sol con las palabras que acababa de escribir repitiéndose en mi cabeza mientras caminaba por la calle vacía; ciertas frases obstruían mi conciencia, detenían el flujo de mis pensamientos, como una cremallera atascada que no me dejaba cerrarme el cuello de la chaqueta frente al frío.

Sin embargo, me gustaba estar atascada. Me gustaba la carta yuxtapuesta con el amanecer y con las sombras azules y enmascaradoras de lo que no llegaba todavía a iluminar el sol de la mañana, y con el ruido de los primeros coches arrancando en los caminos de las casas a medida que mis vecinos se encaminaban al trabajo.

Unos días después me respondió, tal como había esperado y no esperado al mismo tiempo, y luego le respondí yo, y esto se prolongó durante un año.

Así que había venido a Nueva York a verlo.

Pero cuando le mencioné la visita a la ciudad al marchante –cuyo interés, para entonces, yo ya había entendido que iba más allá de mis cuadros–, este me invitó a cenar. Y luego H. se había enterado. O, a decir verdad, yo se lo había dicho; se lo había dicho justo después de que el marchante me lo pidiera porque, además de que temía tanto al marchante como a H. y quería ponerlos a uno en contra del otro (en mi cabeza eso hacía que resultasen menos amenazadores), también quería poner celoso a H., y creo que lo conseguí, porque enseguida se autoinvitó a nuestra cena. Yo informé de inmediato de ello al marchante, que pareció enfadado y propuso que quedásemos una hora antes para estar solos.

H., que contaba con su propia cabeza calva y pálida de bonitos contornos, ahora además, cosa increíble, llevaba barba, y estaba notablemente mayor que en la foto del artículo de la revista.

El día antes me había presentado en su edificio de apartamentos, en Brooklyn. Bueno, llamé primero, por supuesto; desde un restaurante al cabo de la calle en el que estaba con la amiga que supuestamente había ido a visitar a Nueva York (aunque en realidad había ido a conocer a ese hombre y a su amigo), y le había dicho «Estoy aquí» por teléfono, después de tomar un clonazepam y vino y patatas fritas; y él parecía interesado en verme pero también aturdido, como un oso que hubiese olvidado despertar de la hibernación y ahora, a las dos de la tarde en pleno agosto, anduviera dando traspiés por la cueva, intentando entender qué ha pasado. Había cruzado varias manzanas sola hasta su casa y él me había abierto la puerta con el portero automático.

Cuando fantaseaba con ese momento, imaginaba que nos sentiríamos irresistiblemente atraídos el uno por el otro.

Pero en cuanto abrió la puerta para invitarme a pasar, la cosa fue más bien aterradora. No nos conocíamos. Nos habíamos estado escribiendo apasionadamente sobre arte, por internet, y habíamos hablado unas cuantas veces por teléfono, pero nunca lo había oído toser ni lo había visto sentarse en una silla.

Ya no era una voz, sino un hombre que me miraba, y yo ya no era solo una voz, sino un cuerpo. Tenía miedo, no de él –no en un sentido físico: tenía la sensación de que jamás me haría daño intencionadamente– sino de algo incomprensible para mí. Por un momento el mundo pareció vaciarse de aire.

Yo era como una abeja atrapada en un vaso del revés, me lanzaba contra el cristal y rebotaba una y otra vez; atrapada. Él me miraba con unos ojos grises perplejos y ansiosos tras unas gafas del estilo de las que llevaba mi padre. Estaba más cerca de la edad de mi padre que de la mía. Esto era algo sabido, técnicamente, pero no sentido, no real, hasta ese momento. La complejidad emanaba de él de un modo desconocido hasta entonces para mí. (El silencio de mi marido poseía la máxima profundidad y textura que había conocido nunca.) Solo me he topado con un par de hombres así desde entonces. Hombres con un poder de observación y una tensión interna que impregnan el aire; que hacen que sienta que mi presencia supone un problema en la misma medida que mi posible ausencia.

Sus padres eran sordos. Las escenas de su película sobre el chico sordo cruzaron, vívidas y evocadoras, por mi memoria. Aunque yo lo había identificado a él con el chico sordomudo –sin duda su álter ego; la persona que podría haber sido de nacer con la discapacidad de sus padres–, su hiperpercepción sugería lo contrario, un hombre que lo oía todo.

Murciélagos ciegos. Un chico sordo. Sus temas me fascinaban.

¿Qué le había interesado a él de mí?

Pero cuando por un momento, desde su posición en el sofá, pareció encerrarse en sí mismo sin previo aviso, olvidarse de mí, me preocupó que ya se hubiese aburrido.

Dado que él era un genio, me entró miedo a decir cosas que no había tenido tiempo de elaborar por escrito, cosas no lo bastante buenas, y, sentada en una especie de minisofá bajo enfrente de él, descrucé las piernas y las crucé del otro lado de tal modo que pudiera ver bajo mi falda. La falda era negra, de volantes, y estaba hecha para una mujer más baja que yo –por aquel entonces yo casi nunca tenía apetito, pero medía metro setenta y cinco y había encontrado rebajada esa falda de la treinta y dos en una sección de tallas pequeñas del centro comercial–, y aunque me faltaba seguridad en mí misma, sí sabía que tenía unas piernas bonitas, así que, incapaz de pensar en nada divertido o inteligente que decir, con la mente fangosa por el clonazepam que había mascado como chicle, el alcohol y los posos de una fantasía que se hacía pedazos, crucé las piernas con la esperanza de que me perdonase por no ser tan inteligente y tan inspirada y tan osada como creía haber logrado parecer en los emails. ¿Le gustaba yo o no? No sabía decirlo. Echando un vistazo a las fotos que tenía en el salón, me quedé clavada en lo

que entendí que era una foto de H. con veintitantos, con la cabeza llena de pelo oscuro. Un sudor frío irrumpió en mi labio superior y en las axilas. Fuera el cielo se había encapotado, llovía, y en su salón el azul apagado de la tarde se diluyó en las penumbras doradas de las lámparas y flotó en el aire una especie de sensación vertiginosa –esto llevaba ocurriéndome casi un año, esta sensación vertiginosa, o a veces de estrecha estampida, como si fueran a arrastrarme a gran velocidad por un túnel oscuro–, y en ese momento H. sonrió por algo que yo había dicho y la sensación se disipó al tiempo que tomaba conciencia de mí misma sumida en aquella luz dorada.

Un momento después, sin embargo, dio la impresión de estar tremendamente frustrado. Algo iba mal. (¿Era culpa mía? ¿Algo que había dicho?) Propuso que fuéramos a dar un paseo.

Ya en la acera, mientras caminábamos por aquella calle desconocida, por delante de hileras coloreadas de edificios de apartamentos como el suyo, a ratos me iba echando vistazos mientras hablaba y a ratos clavaba la vista al frente, y en la esquina, como si no estuviese seguro de qué hacer a continuación, de qué hacer conmigo, actuó como si se le hubiese ocurrido de repente la idea perfecta –igual que un dibujo animado, me imaginé un rayo alcanzando su cabeza y preguntó si me gustaría o no visitar el zoo.

Claro que sí, respondí.

Así que fuimos al zoo.

Y fue ahí, delante de una bandada de flamencos («¿Te gustan los flamencos?», me preguntó, a lo que yo respondí: «Supongo. ¿Y a ti?», a lo que él respondió: «Huelen fatal, ¿verdad? Nunca caigo en lo mal que huele este sitio cuando vengo solo, pero si voy con alguien me doy cuenta de lo mucho que apesta»), cuando comprendí que no nos íbamos a enamorar locamente el uno del otro, que había sido una fantasía, y que volvería a casa, con mi marido, y entendería que lo que fuese que me había poseído no era amor, sino una inquietud más difusa que me había empujado a obsesionarme con él, un hombre al que apenas conocía, como objeto amoroso.

*Pero son preciosos, eso sí,* añadió H. con tono optimista, refiriéndose a los flamencos, justo antes de que uno de los machos se encaramara a una hembra, aleteando con histerismo mientras procedía a montarla.

*¡Eh, los flamencos lo están haciendo!*, dijo alguien, mientras H. y yo seguíamos observándolos atentamente, evitando mirarnos el uno al otro.

Yo ya sabía, de todos modos, que él era un gran artista y que solo me

amaría hasta que apareciese alguna otra, alguna más guapa y joven que yo, momento en el que me abandonaría. Este hombre no tenía ningún problema para atraer a las mujeres. Tenía una, lo sabía, que era tan solo dos años mayor que yo.

Pero ahora que me había enamorado de su amigo, reconozco que me estaba costando un poco mirarlo a los ojos allí sentados a la mesa.

Hacía grabados, también. En el restaurante, mientras mi marchante dirigía su atención al iPhone, me fijé por segunda vez en la uña, larga y manchada de tinta, del meñique de H., que usaba para retirar las motas de pelusa adheridas a la tinta de las láminas. Curtidas y ásperas por el uso, sus manos no encajaban con el resto, y a la luz de las velas parecía que llevase manoplas. Cuando me descubrió examinándolas, bajó la vista él también y dijo: «No te metas en el intaglio.» El atisbo de sonrisa que siguió a sus palabras me llevó a preguntarme si no me habría precipitado al desechar la idea de que nos enamorásemos el uno del otro, y es posible que, de no estar enamorándome ya de mi marchante, algo hubiese pasado entre nosotros esa noche; y aun ahora cuando digo esto, sospecho que fuimos capaces de relajarnos y de salir de nuestro callado y misterioso terror mutuo solo gracias a la presencia de una tercera persona.

Mi marchante, por lo visto, había estado repasando su lista de contactos, porque estaba llamando a mujeres. (En aquel momento entendí que intentaba encontrar una mujer para H. y así poder estar conmigo, pero más tarde descubrí que estaba llamando a mujeres con las que se había acostado hacía poco, con la idea, supongo, como un rey de la Biblia o un gángster, de congregar una mesa de féminas disponibles.)

Pero las mujeres a las que llamó o no contestaban o no podían venir. Fuera, la oscuridad nos rodeó, y los hombres hablaban conmigo, ambos disputándose mi atención. Mi marchante intentaba de vez en cuando poner a H. en evidencia («No dejabas de llamar a todo el mundo», le dijo, hablando de la última ruptura de H. y lanzándome una miradita); y pensé fugazmente en mi marido, al que me preocupaba —de un modo intolerable, desconcertante— no volver a ver jamás; una idea que parecía no una elección sino algo que ya había ocurrido, como si él y yo estuviésemos a lado y lado de un muro de cristal; y en ese momento mi marchante, que rato antes, en tono irritado, se había quejado al camarero de que la música estaba demasiado alta, recibió otra profusa disculpa del encargado, que le dio su



tarjeta y le aseguró que la próxima vez que cenase allí lo encontraría todo a su gusto, y luego terminamos de cenar e hicimos planes para jugar al billar esa noche en las oficinas que había en la tercera planta de la galería sobre la que reinaba mi marchante.

Allí este me dijo que yo tenía un talento natural. «Tienes un talento natural», dijo mientras yo me inclinaba sobre la extensión de verde y hacía entrechocar una bola roja numerada con una verde, que fue directa a la tronera. Aunque no me esperaba que hubiese una mesa de billar en las oficinas de una galería, también eso resultaba natural; esa mesa de billar, y el vestíbulo, con un sofá, y los despachos individuales que había detrás, y el espacio en el que se expondría mi trabajo dos plantas más abajo, bajo nuestros pies. H., con el taco en la mano, se hizo atrás, esperando su turno, y a mí me daba miedo mirarlo hasta, o puede que sobre todo, cuando sentía que él me estaba mirando a mí. Yo solo era consciente de su presencia, en realidad consciente de la complejidad de su presencia, que conocía y desconocía a la manera en que alguien que admira un dibujo percibe una forma de ser en el estilo de la línea. Y mi marchante, rápido, acelerado en verdad, una mezcla extraña de inquietud y esbelta elegancia, parecía estar en todas partes, todo ojos y manos y muñecas desnudas con camisas arremangadas, y al cabo de un rato se terminó la partida –«Parece que he ganado», anunció mi marchante, fingiendo disculparse y satisfecho consigo mismo, como un niño que hubiese soltado un eructo en la mesa; «Eso parece», le respondió irritado H., al tiempo que le lanzaba una mirada larga, penetrante, algo censuradora–, y nos sentamos en el sofá. O, mejor dicho, se sentaron en el sofá: H. en la punta de la izquierda y mi marchante en la derecha, y yo me vi en la tesitura de tener que escoger en qué lado sentarme en el sofá de enfrente; tras una fracción de segundo estaba sentada justo delante de mi marchante.

–Bueno, me limité a dejarlo estar –le dijo H.

Estaban hablando de la correspondencia de H. con una mujer que había asistido a una retrospectiva de sus cuadros de murciélagos. Aunque H. no me había dejado de escribir, sino que me había ayudado y alentado, sentí que yo era ella y que eso me había ocurrido a mí. Tal como esperaba –pues hubo largos periodos de silencio en los que creí que H. se había olvidado de mí, que no volvería a hablarme nunca, periodos en los que, sola, pensando en él,

me había hecho un ovillo y había llorado y rezado anhelante, avergonzada y asustada en el suelo de mi estudio a las tres de la mañana, y en los que solo había sido capaz de ponerme de nuevo a pintar porque me parecía que pintar, pintar bien, era la única cosa que podía llevarme a su lado—, había dejado de hablarme, y nunca me había amado ni me amaría jamás, y entonces lo miré, lo miré de verdad, a esos ojos grises y preciosos y en forma de almendra que había tras las gafas y lo odié, odié a H. por condenarme a este anhelo y esta separación y este dolor eternos; lo odié por aquella vez que me había llamado desde el dormitorio mientras su novia de entonces (acompañada de su «perrito», me dijo) lo esperaba sentada en el salón; porque al mismo tiempo que yo era la protagonista, era también esa novia que esperaba mientras H. (que no se había puesto todavía los calzoncillos, me dijo) hablaba conmigo en un susurro seductor que por lo visto no usaría jamás en persona, tumbado en la cama, porque saltaba a la vista que le ponía a cien estar hablando con una mujer mientras otra lo esperaba sin saberlo, con su «perrito»; y supe que para castigarlo iba a follarme a su amigo, del que puede que estuviese enamorada.

—Yo creo que lo sabes —decía el marchante ahora, porque, en efecto, estábamos otra vez hablando de eso, de amor.

H. le estaba proponiendo organizarle una cita con alguien que conocía (alguien de su círculo social, allí en la ciudad), pero cuando mi marchante le respondió y rechazó la idea, alegando que esa persona de la que hablaba H. no era alguien de quien él pudiera enamorarse, me miró a mí:

—Cuando te enamoras, creo que simplemente *lo sabes* —dijo embelesado.

—Sí —respondí yo, mirándolo también a los ojos—. Creo que lo sabes.

Pero esa noche, ante la insistencia de H. de acompañarme sana y salva al apartamento de mi amiga, volví a su casa, a casa de la amiga a la que se suponía que había ido a ver a la ciudad principalmente.

—Mi hermana se ha estado escribiendo con un preso —me confió en la pequeña y oscura cocina, porque eran más o menos las dos de la mañana, y yo acababa de escuchar el mensaje de mi marido, que quería saber por qué no le había devuelto la llamada, bajo la luz del fluorescente de su cuarto de baño de baldosas azules y verdes.

—¿En serio? —le dije, horrorizada—. ¿Y de qué lo conoce?

Mi amiga estaba despierta cuando llegué. Había hablado con su hermana durante el día. Estaban muy unidas.

–No lo conoce –respondió–. No se habían visto nunca. Oyó hablar de él en las noticias y empezó a escribirle, y luego fue a visitarlo a la cárcel.

–Pero ¿por qué hizo eso? Menuda locura –dije, con voz divertida, un número innecesario de veces–. Menuda locura –me descubrí repitiendo, mientras ella me ponía al corriente del resto de la historia.

La prometida de mi amiga, una mujer, estaba fuera de la ciudad, así que, como vi que estaba más disgustada de lo que me había parecido en un primer momento, intenté consolarla sin que pareciera que quería algo, porque nunca había estado sola a las dos de la mañana con una mujer que amaba a las mujeres.

Porque, la verdad, a mí no se me daba muy bien tocar a la gente. Lo que quiero decir es que a menudo me daba miedo tocar a la gente y que me tocaran, no sabía por qué, salvo tal vez por eso que me había pasado de pequeña, con el hombre, del que le había hablado por teléfono a mi marchante: *«La primera vez que creí reconocerlo me quedé paralizada»*, le conté. *«Pero luego vi que no era él. Estaba con una amiga en un restaurante, y llevaba encima el cuaderno de esbozos. A ese no le pregunté si podía dibujarlo. Me puse sin más, antes siquiera de saber lo que estaba haciendo. A mi amiga le molestó que dibujara mientras hablaba conmigo. ¿Me estás escuchando?, me preguntaba todo el rato.»*

Pero luego, en el coche, le expliqué a quién me había recordado el hombre y ella me puso la mano en el hombro y me preguntó si estaba bien. Yo entendí por qué me había tocado. Y también entendía cuándo alguien necesitaba que yo lo tocara, por qué era importante, y era capaz de hacerlo, pero siempre que se daba la situación yo me evadía a otra parte, hasta con los abrazos –o muy especialmente con los abrazos, de cualquiera menos de mi marido, al que conocía desde el comienzo de mi vida adulta, cuyo cuerpo era como el mío propio, del que nunca me cansaba de recibir afecto (¿podría explicarme alguien, por favor, qué se supone que tengo que hacer mientras dura esto, un abrazo?)–, pero cuando alguien a quien yo amaba sufría, era como si pudiera oler la necesidad desde un lugar muy lejano y reaccionar a ello; y antes, sinceramente, ni siquiera había sido capaz de mirar a H. a los ojos, en el taxi de vuelta, porque mientras él lo llamaba, en la calle, delante de la planta baja de la galería, yo había hecho planes con mi marchante para

vernos allí al día siguiente. En el taxi, cuando H. intentó rozar mis labios con los suyos yo giré la cara, y su beso alcanzó solo mi pelo.

En la cocina medio a oscuras abracé a mi amiga lesbiana, que en tercero de carrera me reconoció que iba a pedir el traslado de la universidad evangélica porque era gay. (¿Era yo lesbiana?, no podía evitar preguntármelo, porque, hay que entenderlo, hasta ese año, hasta que empecé a comunicarme con H., no había experimentado nunca el deseo de tocarme o de que me tocaran *ahí*, y aun así lo experimentaba únicamente cuando estaba sola, cuando contemplaba a H. y sus obras.)

De todas formas, cuando terminó el abrazo, hice saber a mi amiga que tal vez estaba enamorada de mi marchante, al cual, por invitación suya, iba a volver a ver en Manhattan al día siguiente.

–Pero cuando llegaste creías que estabas enamorada del artista.

Puso una cara que yo reconocí pero que no estaba acostumbrada a ver dirigida a mí. Luego se levantó y preparó té. Su cuerpo se inclinó sobre los fogones, y su cara, cuando se volvió a mirarme –yo sentada a la mesa en la cocina oscura, a la luz de la lámpara–, me hizo sentirme tan incómoda por la distancia física que había entre nosotras como me había sentido un momento antes por nuestra cercanía.

Que ella empezara a temer que me hubiese vuelto loca me molestó menos de lo que habría imaginado.

## II

Pero cuando, ya de día, me planté frente al escaparate apagado de la galería (el local cerraba los domingos), no parecía que estuviese loca para nada, sino simplemente visitando a un hombre con el que trabajaba para tomar un café, y ese sentimiento de predestinación que había sentido en el taxi todo el camino, mientras miraba por la ventanilla a los viandantes con gafas de sol y pantalones cortos –que ese día abarrotaban de un modo más relajado la acera, para pasearse y curiosear, que un sábado tarde–, no tenía ya más poder sobre mí que un vestido colgado de una percha que podría haber ojeado pero no comprado, si yo fuera uno de esos que se paseaba sin rumbo por la ciudad en lugar de haber llegado aquí esperando fantasiosamente que mi vida cambiara.

Intimidada por el panel de botones a un lado de la puerta (faltaban algunas

etiquetas), tuve miedo de pulsar el botón equivocado, o que, aun cuando pulsara el correcto, él hubiese cambiado de idea, que no estuviese, y cuando recuerdo este momento años después, ahí comienza la sombra de mi otra vida, la vida en la que él no respondía, o en la que yo no llegaba siquiera a apretar el botón, sino que me marchaba de allí.

Otro sonido metálico, alguien presionando y soltando un botón, respondió a mi zumbido.

Y por el interfono, entre los chirridos momentáneos de la estática, la voz que había conocido mucho antes de ver por primera vez a su dueño:

–Coge el ascensor hasta el segundo piso.

Cuando, después de salir del ascensor y de cruzar aún otra puerta con portero automático, lo encuentro de pie en la galería, no parece nada contento de verme. Salvo por mis pasos sobre el suelo de parqué y el débil zumbido del aire acondicionado al encenderse, solo hay silencio. Me saluda con un seco «hola» y una expresión molesta –como si lo estuviese interrumpiendo y no atendiendo a su propia invitación– y luego se aleja dando zancadas, de vuelta a un cuadro que parecía estar examinando antes de que llegara yo. Eso lo deja de espaldas a mí. Yo me siento desairada, estoy perpleja. Quizás porque parece que ya no le gusto, o quizás tan solo porque la tarde no tiene la magia de la noche de nuestro encuentro, me resulta ahora menos atractivo. Los bajos de sus vaqueros, doblados por encima de los tobillos a la manera que he visto en la calle entre los hombres cosmopolitas veinteañeros y treintañeros, y en los últimos números de las revistas de moda a las que está suscrito mi marido, me enervan, me parecen femeninos por algún motivo.

Sí que me gusta su camisa –una camisa blanca de cuello abotonado, gastada, por fuera del pantalón–, y en este aire malsano de su misterioso disgusto conmigo y de mi opinión tornadiza de él, pienso en lo estúpidos que son estos encaprichamientos, en lo tonta que soy, en que seguramente antes de que dé tiempo de salir a tomar un café ya estaré otra vez en el taxi, camino de LaGuardia.

Pero entonces:

–Empezaba a pensar que no vendrías.

Y puede que porque noto en el tono de su voz que le he hecho daño –que *puedo* hacerle daño– todo cambia.

–Lo siento, no he calculado bien el tiempo del trayecto. No estoy

acostumbrada a coger taxis.

Solo llegaba quince minutos tarde, pensé, y solo habíamos quedado para tomar un café una tarde de domingo.

Sin embargo, la sensación de que he cometido algo imperdonable persiste. ¿Son imaginaciones mías?

–Puede que me tenga que ir pronto –dice con cierto desdén, como si parte de él ya se hubiese ido–. Es posible que tenga que ocuparme de una cosa importante esta noche.

Algo dentro de mí se desploma. Me aterrorizo en silencio. Aunque de entrada mi aluvión de preguntas –sobre lo que hace, sobre cómo funcionan las cosas en la galería, sobre mi situación con él– parece de carácter práctico, me doy cuenta a medida que hablo de que las preguntas en sí no me importan demasiado, que son secundarias respecto a mi motivo para hacerlas, que es atraerlo de nuevo hacia mí. El sonido que produce esto, el sonido de mi voz en la por lo demás silenciosa galería, cargada de interés, me inquieta, porque creo que tal vez sea capaz de percibir su inconexa (y desesperada) relación con las palabras.

Pero no, él cree que estamos teniendo una verdadera conversación, y de hecho está encantado con las preguntas, con mi ingenuidad. Poco a poco, vuelve a ser agradable conmigo. Hablamos del problema del valor. Él debe crear para otras personas una noción del valor que ve en los cuadros, me explica, y las personas en las que cree esa noción de valor deben ser las apropiadas.

–No vamos a dejar que las compre cualquiera –dice de mis obras–. ¿Entiendes cómo funciona?

Ahí, en el segundo piso, se coloca frente a unos óleos de gran formato de lo que parecen ser sureños de clase baja enzarzados en dramas domésticos. En uno de ellos, una mujer aprieta contra su pecho a un bebé que llora mientras un hombre con vaqueros y una camiseta interior blanca y llena de manchas le grita, sacudiendo las manos, la cara tensa por la furia y el dolor. Y en otro, una mujer con unos pantalones cortados y un top de tirantes sujeta un taco de billar como si fuese una jabalina, desde la puerta de un dormitorio, apuntando a una mujer desnuda con la expresión de un ciervo paralizado por los faros de un coche, de pie frente a una cama en la que hay sentado un hombre (al cual, obviamente, ambas desean), también desnudo, con la sábana

azul marino echada sobre una luminosa pierna desnuda y tapándole solo en parte la entrepierna.

El cuadro se titula de hecho *Ciervo paralizado por las luces*, y sospecho que me ha traído aquí, a esta planta, para que lo vea.

–Pero ¿a qué te refieres? –quiero saber yo–. ¿No tienes que dejar que se la quede el que ofrezca el precio más alto?

–No, desde luego que no. Menos mal que te he encontrado antes de que empezaras a malvenderlas. Un coleccionista mal escogido devalúa tu trabajo.

–Pero parece injusto ser tan selecto –replico, porque a la luz de su renovada atracción hacia mí, evidente en la forma en que sus ojos se aferran a mis movimientos, en cómo siguen mi mano cuando la bajo para ajustar la tira de las finas sandalias que llevo ese día, he empezado a notar un asomo de terquedad, de esa resistencia despreocupada que una mujer puede adoptar cuando está con un hombre al que sabe ya por instinto que está destinada.

–Ah, pero también sería injusto lo contrario, ¿no crees? –responde–. ¿Crees que cualquier yuppie idiota va a entender lo que haces? ¿Que no hay ninguna diferencia entre que alguien así tenga una obra tuya o la tenga L [un nombre que no conozco], que sabe a quién enseñársela, a quién prestársela, en base a qué contexto interpretar su necesidad?

*Me necesitas*, es lo que parece estar diciéndome. Y: *Te he salvado*. Leo entre líneas. En sus ojos verdes. En esa pausa elocuente en la que noto que no olvida en ningún momento el cuadro que hay a sus espaldas, el cuadro que quiere que admire.

–Es de un pintor suizo –me dice–. No ha estado nunca en el Sur, pero está obsesionado con los videoclips de música country norteamericanos. Así es como se imagina la América sureña. Estas son sus fantasías. ¿No son fascinantes?

Asiento y pienso que podría odiarlas, pero me tiene fascinada su fascinación, lo que él ve. Digo algo sobre el uso del color en ellas, y de una manera que identificaría como pretenciosa si fuese otro el que estuviera hablando, me extiendo sobre las implicaciones bíblicas del uso del púrpura por todas partes. Saber que tengo que sacar el teléfono del bolso para echar un vistazo a la hora me distrae; siento que si lo hago él se tomará hasta esa breve pérdida de atención como un desprecio, así que opto por abordarlo directamente y le hago saber que es casi la hora de mi vuelo; ¿y qué hay de

esos contratos que mencionó cuando me pidió que fuese a verlo, todos esos papeles que podía firmar aquí en lugar de recibirlos por correo?

–Ah, contratos –dice, llevando los ojos hacia mi mano izquierda, la mano del anillo–. Yo los uso porque hacen que todo el mundo se sienta mejor, pero personalmente creo que son una tontería. ¿No te parece?

Comprendiendo que no voy a responder, empieza a describirme el sistema de colgado, y mientras lo hace, extiende el brazo hacia mí y su mano rodea con suavidad mi muñeca para acercarme a él, y una vez ahí me coloca entre su pecho y el cuadro anclado a la pared.

Tiene las manos a un lado y otro de mis brazos desnudos, me orienta para que mire directo al frente, al centro del cuadro. El subidón que me provoca esto da lugar a una reacción contraria de indefensión; intento obligarme a no sentir nada, temerosa de que él lo sepa.

Esta obra mide tanto por tanto y está a equis centímetros del suelo, lo que significa que el centro del cuadro está a equis centímetros, y esa clase de cosas: todo muy específico y muy lógico, pero nada más que tonterías que me murmura en el pelo, en el oído, en comparación con el placer explícito de su tacto y su aliento; del olor a ropa limpia que desprende esa camisa que debe de tener desde hace años, que estará suave y gastada por el calor y el desgaste del cuerpo y que se habrá puesto una y otra vez.

–Antes, este estaba ahí y ese aquí –me explica–. Pero llamé a mi ayudante para que viniera y me ayudase a cambiarlo de sitio. Le dije que no estaban en el orden correcto. Él los puso así porque cree que el cuadro del bebé va después del cuadro de sexo. Pero este es mejor, así que creo que hay que verlo *después* del otro. Por su excelente manejo de los celos. Yo soy una persona muy celosa. Este irradia celos, ¿verdad? –Hace una pausa, parece considerar si debería decir o no lo que está pensando–. Mi ayudante es muy atractivo. Todo el mundo se fija. Lo he echado con prisas antes de que llegaras porque no quería que lo vieras.

Que me haya confesado eso parece sorprenderlo tanto como a mí.

–Estaba molesto conmigo –dice mi marchante–. Creo que lo he pillado con su novia cuando lo he llamado antes para que viniese. –Hace una mueca que da a entender que toda esa idea, que su ayudante tenga novia, le resulta graciosa–. No soportan que los haga venir los fines de semana que cerramos, pero han acabado contando con ello, porque saben que es cuando más me gusta trabajar. Normalmente, ahora estaría trabajando –dice–. Y supongo que



es lo que estoy haciendo –comenta, como si hasta ahora no se le hubiese ocurrido que el cambio de cuadros había coincidido con eso. Con nosotros–. Pero supongo que tú no, ¿verdad? Porque tú trabajas hasta tarde por las noches –añadió, y me sorprendió que lo recordara–. Supongo que, en casa, a estas horas estarías a punto de preparar la cena para tu marido, ¿no?

Esta última parte me la suelta en tono falsamente ligero, socavado por la acusación, pero prosigue enseguida diciendo lo triste que está de que me vaya.

–Yo también –respondo.

–Sí, es una pena que tengas que irte ya. Tengo la sensación de que podríamos haber estado horas y horas hablando.

–Sí –coincido–. Yo también.

Cuando delante del taxi amarillo que ha parado para mí, él –con mi equipaje a cuestas, porque sigue cargando la mochila al hombro y solo ha dejado sobre la acera la maleta, que ha llevado del asa en lugar de arrastrarla sobre las ruedas (como habría hecho yo)– me pide que pase otra noche en la ciudad, que le deje pagarme otro vuelo al día siguiente, tengo la sensación de que todo esto ya ha ocurrido antes, de que existo en una realidad en la que he dicho sí antes incluso de contestar; y así, al mismo tiempo que tomo una decisión está ahí ese otro sentimiento: el de que no hay ningún sentimiento.

Sin embargo, incluso a esas alturas, mientras el conductor arranca enfadado y nosotros nos ponemos en marcha en la dirección contraria a la que hemos venido, me digo a mí misma que no me lo voy a follar, que me voy a quedar a hablar con él, a conocerlo, y que si no nos pasamos la noche hablando, desde luego dormiremos cada uno por su lado.

El final de la tarde es húmedo. Las zonas mojadas de la camisa se me pegan a la piel. El cielo prematuramente vespertino insinúa una tormenta que salvo por el brevísimo y levísimo chispeo que caerá antes de la cena –tan insignificante que nos llevará a discrepar sobre su existencia (*está lloviendo; no, no llueve*)– no llegará nunca.

Caminando a su lado me recordé a una chica que siguiera a un chico que le ha pedido un baile, y él, como un pavo real, con la sospecha pero no la certeza de que me acostaré con él, me cuenta historietas de gente rica y

famosa de la que yo solo he leído en las revistas, con la idea de impresionarme todavía más.

–Tuvo un berrinche con Henry una vez, le gritó –me cuenta de un artista famoso conocido por su actitud dócil e infantil–. Se hace el inocente para no ahuyentar a la gente con su monstruosa arrogancia. Pero es muy buen anfitrión. Y le gusta recoger perros abandonados. Tiene uno de los perros más feos que he visto en mi vida, el bicho había sido víctima de un fuego, y lo mima, le da besos *en el morro*, delante de cualquiera que pase por allí, y nunca he sido capaz de averiguar si es sincero o parte de su papel. –Pese a las críticas, la voz del marchante emana algo parecido a reverencia–. Aunque sugerir que son distinguibles incluso para él puede que sea ponerle muy buena voluntad por mi parte.

»Qué pena que no hayas llegado a ver las Torres Gemelas –dice, aunque no estamos cerca del lugar donde se alzaban, y el recuerdo parece inducido por una pareja de atractivas gemelas que pasan por nuestro lado con sendos vestidos veraniegos de topos–. Siempre era lo que tenía más ganas de ver cuando venía de visita de niño. Como una repetición –dice con énfasis, como si tuviera algo que ver conmigo–. Damien Hirst dijo que el atentado fue “visualmente asombroso”. Que consiguieron lo que nadie habría imaginado nunca posible. Que cambió nuestro lenguaje visual. Un avión se transformó en arma. La gente empezó a sentir pánico cuando veía uno cerca de un edificio–. Mientras caminamos, él va alternando entre miradas al frente y miradas hacia mí, para observar mis reacciones–. En cierto modo habría como que felicitarlos.

¿Y qué tengo que pensar de esto? La mirada fría e indiferente del mundo del arte me parece terrorífica. Pero sé que quiere escandalizarme.

¿Qué tendrá eso de que un hombre te lleve el equipaje, esa manera de que parezca pesar menos en sus manos? ¿Que hace que te sientas al mismo tiempo agradecida y con derecho a ello, porque si no se hubiese ofrecido a llevarlo no sería un caballero, sería faltarte al respeto como mujer? Puesto que me desea, yo disfruto de su exhibición de fuerza, y del recuerdo de su camisa arremangada en la galería, del trabajo físico de mover esos enormes lienzos con su ayudante antes de que llegara yo. Me gusta imaginarlo empuñando un martillo: hay algo en él mitad dandi y mitad bruto. Me gusta pensar en su galería. En su habilidad para consolidarla. En su experiencia. Me gusta pensar en lo que hace todo el día, desde el momento en que se levanta

de la cama, ve su cara barbuda en el espejo, se pone los calcetines. Me gusta su manera de andar y de hablar y esa fanfarronería de muchacho, el aire de representación que lo rodea, o, mejor dicho, esos resquicios por los que atisbo que estoy asistiendo a la representación de un hombre más joven y muy tímido que ni siquiera osaría hablarme sin la ayuda de este otro que dirige el espectáculo.

Pero cuando después de nuestro primer silencio cómodo me pregunta:

–¿Por qué te *gustaron* tanto los murciélagos? ¿Esos cuadros?

Recuerdo entonces para quién he venido y a quién pertenezco –él es el tercero de la lista en lo que respecta a los hombres de mi vida–, y el indicio de conquista que hay en su voz me hace saber que todo este tiempo él no ha dejado de tener presente lo que yo había olvidado.

–Le tengo un apego sentimental a este apartamento –dice antes de conducirme al interior del edificio principal, y añade que prefiere los espacios pequeños–. Aquí es adonde me mudé tras la muerte de mi hermana.

Mientras habla, le sostiene la puerta a una mujer joven con ropa de deporte que sale en ese momento, y la saluda.

–¿Qué tal? ¿A hacer footing?

Y aunque la chica lo mira como si le pareciera un bicho raro, el asomo de interrogación al final de su «Sí», la forma en que desliza la mirada hacia mí para evaluarme, siguen inquietándome incluso cuando estamos ya arriba, en el apartamento.

Un leve olor a gato e incienso me viene al encuentro al entrar. (Hemos parado de camino a la galería, desde donde tiene que enviar un archivo guardado en su ordenador.) El perímetro es apenas más grande que el de un vestidor, tiene aproximadamente el mismo tamaño que el cuarto de mi marido en la residencia universitaria, y ahora comprendo por qué por el camino daba la impresión de que intentaba explicarse (o incluso justificarse) ante mí.

Me ha dejado pasar a darme una ducha.

–El baño –dice señalándolo con la mano.

Luego entra él y sale con una toalla que tiende hacia mí.

–La señora se hace de rogar. A lo mejor se deja ver y a lo mejor no.

Le brillan los ojos. Me lleva un segundo comprender que está hablando de su gata. Me lo imagino estallando en carcajadas o hasta bailando, así de pletórico está de tenerme en su espacio; cuando cierra la puerta y se marcha a

esperar en un bar de al lado, no sé decir si le gusto más de lo que le he gustado nunca a mi marido o si lo que siente se mueve más en la superficie de lo que es habitual; si le gusto de una manera excepcional o si (preocupada de nuevo por su reacción ante la corredora) le gustan las mujeres y punto. *Se acostará con él cuando yo me vaya*, pienso, y recuerdo sus ojos mirándome de arriba abajo y regresando luego a él. *Da igual, tú estás casada*.

La puerta del baño no se cierra del todo, y en la ducha no encuentro nada con lo que lavarme más que una pastilla color ámbar de jabón con olor a miel.

Al terminar, mientras me seco, fuera del baño para escapar del vapor, me fijo en una gran caneca de whisky de oferta (la marca que bebe mi marido, descubro con una punzada de culpa que por un momento me debilita de tal modo que casi parece provenir de una fuerza externa) reposando en la estrecha encimera del lavamanos, que por lo visto hace las veces de «cocina».

Sentada al borde de la cama individual, le escribo un mensaje a mi marido y le digo que me han cambiado el vuelo al día siguiente y que creo que no me funciona bien el móvil; pero mientras tecleo me alarma una pérdida de sensibilidad en la mano –como si estuviese mirando algo que ha dejado de formar parte de mi cuerpo–, y siento de nuevo esa aceleración en el aire, como si estuviese en un túnel, la sensación de algo precipitándose y oscureciéndose, de modo que tengo que subir las piernas a la cama y quedarme tumbada hasta que se pasa. La gata anaranjada que al parecer estaba escondida debajo de la cama sube de un salto para observarme. Maúlla y se frota contra mí, como si estuviese rogándome afecto, pero después de apenas un segundo de caricias (durante el cual su cuerpo mullido ronronea), echa la cabeza atrás y me muerde en la mano; fuerte, tan fuerte que suelto un grito y ella da un salto y vuelve a esconderse bajo la cama.

### III

De nuevo en la oficina, era incapaz de sentarse en el sofá conmigo más de dos minutos seguidos; no paraba quieto; se levantaba una y otra vez. Fue hasta la ventana, por la que el último tramo de la tarde iluminaba ahora de dorado el cristal, y me contó que no había tenido novia hasta después de la universidad, a los veintidós.

–Ni siquiera me atrevía a hablar con una mujer –me dijo, encendiendo un cigarrillo.

Sonrió. Era como si estuviésemos hablando de otra persona, y de nuevo tuve esa sensación de los dos hombres, ambos deseosos de impresionarme por contraste con el otro.

–En la universidad trabajaba en la biblioteca. Estaba obsesionado con una mujer que venía casi cada día. Una estudiante de doctorado. Parecía Isabelle Huppert de joven. Algunas de sus blusas parecían negligés. ¿Cómo se llaman?

–Camisolas –le dije, contenta de saber algo que él no sabía.

–Camisolas. Llevaba camisolas debajo de la americana. Blanco. Rosa. Champán. Sin sujetador. Muy serena. Con un aire de nobleza innata. De pechos pequeños pero pezones grandes. Se los vi alguna vez cuando se inclinaba sobre los libros, unas areolas rosadas como monedas de cincuenta centavos. Perdona si entro demasiado en detalles, yo...

Pensaba cosas que decirle. Las anotaba y luego practicaba diciéndolas de una manera que sonara casual, pero cuando la veía se quedaba paralizado, no era capaz de decir absolutamente nada, y si ella se acercaba al mostrador cuando estaba él, fingía estar atendiendo a otra persona para que la ayudase el otro empleado.

–Al final, un día, en un bar cerca del campus, se acercó al reservado en el que estaba yo. Me miró como si me reconociera; sonrió; era como estar en un sueño. Iba a preguntarme algo. Parecía ilusionada. Llevaba una de esas camisolas color champán con las que salía en mis sueños. Era lo más cerca que la había tenido nunca. Llevaba perfume, muy ligero y fresco, no como habría imaginado yo, pero lo bastante fuerte como para imponerse por un momento al olor de mi comida, del bar. Se inclinó hacia mí. –Aquí se llevó el cigarrillo a los labios, dio una calada. Me miró a los ojos–. Y me dijo: «¿Estás usando el ketchup?»

»Diez años después me la encontré en una fiesta. Estaba prácticamente igual, solo que tenía la cara más delgada. Tenía una estructura ósea magnífica, vi. Estaba claro que iba a envejecer bien. Llevaba un sombrero de hombre de ala ancha. Le quedaba perfectamente ridículo. Perturbadoramente sexy. Tenía la sensación de que me conocía pero no sabía de qué. Yo no se lo dije. Fingí no saberlo. Ella estaba... *receptiva*. –Hizo hincapié en la palabra,

mirándome fijamente a los ojos—. Pero resultó ser aburrida y no demasiado inteligente.

El giro de la historia me pilló desprevenida. El aire cambió. Me sentí un poco como si me estuviesen lanzando una advertencia.

—¿Entonces salisteis juntos? —le pregunté.

—¿Salir juntos? No. Vi claro en aquella breve conversación en la fiesta que era sosísima. Tuve que inventarme una excusa para escaparme. Fue una decepción tan grande... Ahí estoy yo con la mujer de mis sueños una noche de verano, y simplemente no me interesa, solo quiero largarme; lo que decía ni siquiera tenía mucho sentido para mí; ni siquiera tengo claro si me gustaba su voz, en realidad... Y al mismo tiempo, como me señaló una vez una novia con la que estuve a punto de casarme, de lo que yo estaba enamorado era de su imagen, y eso lo había tenido aquel año en la biblioteca. Todo ese tiempo había creído que me estaba perdiendo algo, que me estaba perdiendo *más*, pero lo que me interesaba había estado ahí desde el primer día. Todavía recuerdo la ropa que llevaba. Recuerdo cómo le quedaba el pelo cuando llegaba un día de lluvia. Una vez se puso una camisa amarilla horrenda y me sentí menos atraído por ella, como si me hubiese equivocado. Al día siguiente, cuando me volvió a parecer bien, fue como si nos hubiésemos reconciliado. Ahora que he tenido varias relaciones, he entendido que no son mucho más que eso, en esencia, solo que uno habla y se acuesta con la otra persona.

Exhaló. El humo de su cigarrillo era una bruma azulada. La ventana daba al muro gris de un edificio al otro lado de la calle, con motas bermejas en las zonas descoloridas. Pensándolo ahora, diría que una relación no tiene nada que ver con pasarse un año mirando en la biblioteca a una mujer que no sabe que la estás mirando —y lo que creo es que cuando por fin tuvo oportunidad de estar con ella se acobardó, porque quería salir de aquello sintiéndose superior—, pero ahí en su despacho lo que dijo me pareció profundo, y es más que probable que tuviera algo que ver con la forma en que los pantalones le ceñían el culo, y con la forma de llevarse el cigarrillo a los labios, con esos protuberantes huesos carpianos que daban paso a unos antebrazos largos de muñecas estrechas; con la cualidad casi remilgada de su actitud perpetuamente crítica, que reposaba sobre una cruda y puritana desesperación hacia este mundo que no sería nunca lo bastante bueno para él; y no sé cómo explicarlo, pero tenía también un punto matón, algo un poco sórdido que no

ocultaba la ropa de marca; me lo podía imaginar en la cárcel. ¿Estaba siendo como todas?

–Pero podría decirse que mi primer amor fue mi hermana –dijo, pasando a otras mujeres–. A los cinco años yo creía que nos casaríamos, como mis padres, y cuando se lo dije a ella me trató de idiota y me explicó que los hermanos y hermanas no se pueden casar. Me quedé destrozado. Ella era el centro de mi existencia. Me rompía el corazón cada dos por tres, y si no hubiéramos sido hermanos no se habría juntado conmigo para nada. Se lo pregunté antes de morir y ella me lo confirmó, alegremente. Me dijo: «Pues claro que no. Eres un colgado.» –Puso cara de contento al decir esto, le encantaba el sentido del humor de su hermana, era evidente, y a mí me gustó también, y puede que fuese ahí cuando empezó a caerme bien–. Era tan... Era...

Se calló. Como arrancándose a sí mismo de un sueño en el que había caído. Me miró a los ojos de nuevo.

–Pareces hambrienta. Es hora de comer.

Pero en el restaurante me fui distanciando, sentada sola en la mesa mientras él se rezagaba en la entrada flirteando con una camarera que conocía. El camarero que me tomó nota de la bebida se dio cuenta también, y pareció compadecerse de mí, y mientras estaba sentada allí, en el comedor climatizado, con su chaqueta por encima de mi top de tirantes, lo miré con el sólido humor de una mujer casada de paseo con un canalla; un canalla del que, ahora le parecía ridículo, había creído estar enamorada a pesar de que estaba clarísimo que...

¿Te lo dije, mientras comíamos, que llegué a la conclusión de que eras el hombre más triste que había conocido nunca? Llevabas la soledad pegada a ti.

–Su prometido es albano –me contaste a propósito de la camarera cuando por fin te sentaste conmigo–. Ella es italiana, pero él es albano; y él habla su idioma pero ella no habla el suyo. Van juntos a un profesor de inglés. –Daba la impresión de que te gustaba la idea, y al mismo tiempo desprendías un toque de celos–. Aquí suelo venir los martes.

En los breves silencios de la conversación, cuando tu cara se venía abajo, podía verlo: eras uno de esos desgraciados solteros que iban al mismo restaurante el mismo día cada semana y tenían relaciones imaginarias con las

camareras. Hablabas de los detalles de su vida como alguien que estuviese dentro, como alguien que se hubiese introducido en una construcción mucho más grande, así que te imaginaba con la cabeza en la almohada, soñando con sentarte a su lado cuando iba a ver al profesor de inglés, tu camarera de los martes, con su piel aceitunada, la cascada de rizos morenos y el pecho generoso, soñando con robársela a su prometido como...

Pero ahora estabas conmigo. Recordando tu cara delante del taxi, veía de vez en cuando el esplendor del triunfo, de que tu fantasía de mí se hubiese hecho realidad, la sensación de posibilidad creciente con que mirabas a la camarera justo antes de que tu atención volviera a mí. Si podías conseguirlo conmigo, ¿por qué no con ella?

Y, francamente, para entonces yo ya había decidido acostarme contigo como un acto de compasión. Pobre..., esa noche, no había visto nunca a nadie que necesitara tanto que se lo follaran. Eras ese tipo de persona triste tan anestesiada que ya ni sabe lo que es la tristeza, que cree que está bien porque ni siquiera recuerda haber sido feliz, y quería ayudarte.

*Feliz. Vi que te estaba haciendo feliz. Había olvidado cómo era hacer feliz a alguien.*

–Estaban follando –te dije–. Al principio parecía que estuviesen a punto de pelearse. Chasqueaban los picos, la hembra lo chasqueaba hacia arriba y el macho lo chasqueaba hacia abajo. No dejaban de hacerlo, como si se estuviesen amenazando el uno al otro. Pero luego empezó a parecer más una danza. Como la imitación de una pelea.

»Y de pronto se subió encima –dije. Le estaba describiendo a los flamencos de mi visita al zoo con H.–. Se subió encima de ella.

Me encantó cómo abriste los ojos, el aire de victoria que flotó sobre ti por la simple mención de su nombre, porque ahora yo estaba aquí contigo.

–Él iba aleteando encima de ella, parecía como si intentara matarla. *¿Qué pasa?*, le preguntó chillando un niño a su madre. *Eh, los flamencos lo están haciendo*, dijo otro.

»Entonces H. se volvió y lo miró desde arriba. Le dijo: “Los flamencos se están apareando. El macho está montando a la hembra.” “¿Qué es apareando?”, le preguntó el niño. La madre le lanzó a H. una mirada de lo más irritada y luego se llevó el niño a rastras. Ah, tendrías que haberlo visto –le dije–. El niño no dejaba de darse la vuelta para mirar. Daba la impresión de



que quería volver con H. para averiguar qué estaba pasando. H. le había hablado muy serio y adusto, pero el niño no le tenía ningún miedo. Él ahí, un hombre enorme, alzándose sombrío sobre el niño, y el chico parecía loco por él.

–Ya podría haber tenido ese efecto en ti –dijiste con ironía, molesto por la mención de H. y al mismo tiempo satisfecho contigo mismo, antes de lanzarte a hablar de tu decepción con una de las obras de su última serie, una obra que, de haber seguido tus consejos, habría sido mucho mejor–. Me hacía sentirme algo avergonzado –confesaste–. Que sacara el precio que saqué por ella tuvo más que ver con que me atreviese a *pedirlo* que con la calidad de la pieza.

Y con un arrebato de ardor, lealtad y culpa –con una punzada interna, como si me hubieses golpeado con tus palabras– elogí el talento de H., su superioridad como artista, la superioridad de su manejo de la forma, su visión, su originalidad, su profundidad. A ti, que lo representabas. A ti, que hablabas de él con un leve atisbo de posesión y condescendencia, como si fuese al revés.

–Yo estoy loca por él –dije–. Solo que no de la forma que esperaba.

–Ah –dijiste con una sonrisa–. ¿Y qué manera es esa?

#### IV

Pero lo que más afectó a la pintora en la conversación nocturna con el galerista en el sofá del vestíbulo que precedió al encuentro amoroso que aún entonces ella intentó convencerse de que podría no producirse (y seguramente no se produciría) –conversación acompañada de la luz de las velas, el telón de fondo de la ciudad enmarcada por el perímetro del ventanal, un tocadiscos en el que sonaba con el volumen bajo *Blonde on Blonde*– fue que hablase de su hermana, que había desarrollado un cáncer después de que él la convenciera para venirse a la ciudad a trabajar, y que, como no le caía bien su madrastra, no quería volver a Tacoma –su verdadera madre no estaba, había dejado a su padre por otro hombre mucho tiempo atrás, y de adulto el galerista había cortado por completo con ella, negándose incluso a responder sus cartas, y se comunicaba con ella solo a través de su hermana– y se había mudado con él para morir.

Él tenía entonces veintidós años, era barman y profesor adjunto de historia del arte en un colegio universitario de Queens.

Pequeña. Menuda. Con los ojos tan oscuros como claros los de su hermano (descubriría más tarde la pintora viendo fotos). Antigua bibliotecaria.

–No de las apocadas –aclaró–. De esas que los tienen a todos enamorados.

Y en el sofá de las oficinas de su galería le había contado a la pintora que una vez su hermana (la única en quien había confiado a lo largo del divorcio, puede que la única persona en la que había confiado nunca), después de dejar la quimioterapia, se había puesto furiosa con él por un comentario inofensivo que ella por la fiebre se había tomado como un ataque directo al núcleo de su ser: «Usas muchas toallitas», le había dicho él, cansado y prestando atención a medias, pero ella había oído algo totalmente distinto.

«Pues fuiste tú el que insistió», le respondió ella. «Insististe tú», le dijo con voz ronca, intentando gritar sin conseguirlo. (Tenía la piel escamada en algunas zonas. Casi como si se la arrancara. Los copos blancos de piel reflejaban la luz como las bolitas de un jersey deslucido y desgastado.) Y luego quince minutos después en el sofá –que olía a muerte, a meados de gato y a desinfectante– le había masajeados los pies para calmarla; se había levantado para ir al baño; y al volver no estaba. Aterrorizado, había salido corriendo del apartamento detrás de ella, aunque en realidad no había de qué preocuparse porque estaba justo abajo en el vestíbulo, al pie de las escaleras, sentada y ya sin aliento.

–A veces cuando no venía la asistente sanitaria tenía que bañarla –dijo.

A esas alturas la persistente sensación de la pintora de que su marchante deseaba besarla se había disipado. *No, no va a dar el paso*, pensó. No iba a pasar nada. (¿Estaba aliviada o decepcionada?)

–Pero no era como uno imaginaría –continuó, ajeno a la manera en que se había alejado de ella al adentrarse en el pasado–. No era para tanto. Una vez que me ponía, se volvía todo bastante abstracto.

Luego, para su renovada satisfacción, reacomodándose en el sofá, inclinándose hacia ella:

–Tengo en el cajón del escritorio un poco de hierba que nos podríamos fumar, pero cuando fumo se me despierta la pasión. Y puede que me insinúe. –Le sonrió. Parecía feliz de mirarla–. Así que tal vez no deberíamos fumar. Es decir, a no ser que te parezca bien –añadió observando su cara.

El chico que cuando tenía ocho años la sorprendió pidiéndole que le dejase ver su mano y que después de besar el dorso la soltó y salió corriendo; el chico con el que se enrolló en un cine en octavo y que la semana siguiente se enrolló con su mejor amiga; el peón de la construcción que había dejado la universidad y con el que pasó los fines de semana el penúltimo año de instituto, que vivía encima del garaje de una señora mayor en eso que llaman un «apartamento del servicio» y que se tiró un montón de tiempo lamiéndoselo con diversas técnicas que había encontrado en libros, ninguna de las cuales le hizo sentir nada salvo que debería sentir *algo* que él quería seguir practicando de todas formas; el resto de los hombres jóvenes que la tocaron, que la invitaron a comer, le dijeron que era guapa; ese de la universidad que después de esculpirla durante un año –ella ha quedado grabada en su mente, así que ahora la está grabando en un bloque de arcilla que cuando termine la hará llorar porque es exactamente igual que ella (por algún motivo, lo sabe, es difícilísimo reproducir lo que uno ve; ¿por qué?)– le dijo que lo había hecho porque sabía desde el principio que le acabaría pidiendo que se casara con él; la forma en que había aprendido a reconocerlo desde la otra punta del campus cuando apenas era reconocible salvo por el plumazo vago y oscuro de su forma; despertarse con este hombre, el sonido cuando abre el grifo del baño y lo cierra y lo abre otra vez cuando se arregla por las mañanas mientras ella se despereza; el estruendo del motor de su coche en el camino de entrada que ella aguarda cada noche; sus pasos subiendo los escalones del porche, la oleada de felicidad en su cuerpo provocada por el tintineo de las llaves en la cerradura, el crujido de la puerta al abrirse; *está en casa*, por fin; cómo lo observa por las noches mientras duerme y lo ama más de lo que podría soportar cuando está despierto, pensando que tendrá que quitarse la vida si él muere; la repentina debilidad que siente en todo su ser cuando enfundado en un traje nuevo del que se siente orgulloso sale al mundo; cómo cuando no se lo espera él acerca la mano para acariciarle el pelo, el cuello, *te sigo queriendo, te sigo deseando, no he olvidado quién eres aunque a veces lo parezca*, pero todo esto desaparece del mapa a los veintiocho por el problema del primer hombre, por la sensación de incongruencia en la habitación a oscuras de su infancia, de manera que todos los demás son solo experiencias significativas por cuanto que versiones de esa misma cosa a la que es incapaz de regresar, en las que parece faltar algo importante que no logra entender, que dicen así: *Una vez*

*me gustó un chico al que yo también le gusté, me invitó a comer, tal vez bailamos, nos tocamos, dijimos que el otro era guapo y que nos gustaba vernos y nos hicimos confesiones y promesas y...*

–Que no pudiera verme influyó, supongo –le dijo a su marchante refiriéndose al artista con el que se había estado escribiendo, su amigo H., al que había venido a conocer a la ciudad, del que estaba y no estaba enamorada–. Me excitaba que no nos viésemos el uno al otro.

Pese a que no estaba acostumbrada a que algo le excitara, no lo dijo como si fuera algo misterioso y (para ella) fantástico que había trastocado su mundo tal como lo conocía al hacer aparición y que la había impulsado a tocarse a sí misma como hacía otra gente: *Qué extraño querer tocarte a ti misma como si fueras más que tú misma, convertirte en el objeto de ti misma, al que puedes, tocándolo, darle placer; ah, a esto se refieren; ahora tiene sentido; darse placer a uno mismo*, pensaba en la cama con un volumen de buenas reproducciones de sus cuadros, que le habían traído de una universidad por préstamo interbibliotecario, que había tenido que esperar un mes, mientras miraba fijamente los cuadros, tocándose ahí abajo, intentando abstraerse de la conciencia de que su mano estaba ahí abajo.

Excitada por esos cuadros que él había pintado con sus manos. Su voz. Sus manos. Lo que veían esos ojos que no podían verla a ella tecleando frente a la pantalla del ordenador.

No podían verse el uno al otro. No podía verla. Podían ver unas cuantas fotos el uno del otro, pero no podía sentir su mirada sobre ella, la mirada de ese hombre cuya visión la atraía. No sentía que un hombre la estuviese mirando como la miraba en ese momento el galerista, como si pudiese acariciar con los ojos sus propias entrañas; sus ojos; la presión de su mirada; la sensación de angostura en el aire; sus ojos.

*Sí, me excitaba.*

De esa manera tonta en que lo decía otra gente. Tonta en el sentido de que la gente que sentía lujuria le había parecido hasta ese momento gente borracha, ebria de algo que era para ella inalcanzable.

–Escribirme con H. fue como si se abriera el cielo –le contó–. Todo parecía distinto, en calma. Daba la impresión de que el mundo entero tenía un pulso que yo percibía a través de todas las cosas. Era como si de alguna manera estuviese conectada a todo.

–Sí, parece que te dejaste llevar bastante –respondió él, y se inclinó hacia delante para llenarle el vaso.

El hombre más sexy que había visto nunca. En bicicleta. Había algo en su manera de colocar los hombros, en su perfil, en su postura sobre la bici, en la forma de su cabeza calva... No estaba acostumbrada a ver a un hombre adulto yendo en bicicleta a un compromiso social, qué curioso, dulce; ¿es él o es así en la ciudad?

–Es ese. El marchante –le dijo a su amiga a la que había rogado que esperara con ella en el restaurante. Estaba como en las fotos de internet pero también distinto; mucho mejor, en cierto modo–. Ya te puedes ir. Venga, vete, ¿vale?

Y en casa, en un bungalow de Georgia que compartía con el hombre con el que estaba casada, la pintora examinó en su cuarto de invitados/estudio las fotos que había en internet del artista famoso con el que se escribía, y las manos manchadas de pintura que escribían en el teclado le parecían de cuando en cuando una imagen curiosa, como si fuesen las manos de otra persona. (¿Debería pintarlas? Esto era la primera vez que se lo planteaba.) Alto, calvo, con barba, con un traje oscuro y rodeado de gente bien vestida y de aspecto sofisticado, de esta hacía siete años –pero ¿cómo sería ahora?, se preguntaba–, y tapando casi por completo la figura de otro artista famoso que también reconocía había otro hombre alto, calvo, con barba, bastante más joven, que para ella no era nadie sino tan solo el cuerpo de un hombre vestido anodinamente en el que no se habría fijado de no ser porque tapaba la cara del artista famoso, alguien que parecía allí fuera de lugar pero que estaba sin embargo en medio.

Dócil, tímida y muy callada, pero había en ella una tendencia a la destrucción de artefactos personales: palabras que había escrito en un papel, cuadros que había pintado laboriosamente y dos veces su pelo, que se había cortado con las tijeras de costura de su madre y había tirado por el desagüe. Darle con un bate de béisbol al piano no es más que una fantasía tonta, pero cuando no hay nadie en casa si aporreas las teclas muy fuerte hasta que te duela la mano el piano se desafina y todas las notas que normalmente si las tocas juntas forman una canción emiten una especie de melodía extraña que...

No, no triste. Feliz de un modo bastante perverso cuando la única foto del salón en la que salía ella sola de niña se cayó al váter y ella se tuvo que inventar para su madre la historia más ridículamente verosímil con la que darle una explicación de cómo podía ser que hiciese falta llevarse la foto al lavabo y cómo por accidente se había caído al agua.

Y entonces un pedazo de trucha rosa pálido se le cayó del tenedor a la falda. La falda en la que cayó era esa noche informal y barata, gris y suave, igual que la camisa lisa de cuello abotonado que llevaba él (esta vez con todos los botones menos el de más arriba abrochados, una camisa gris paloma, un gris mucho más claro que el de la falda, con la que parecía más el profesor adjunto de historia del arte que había sido en su día que ese personaje glamouroso que ella había estado siguiendo a todas partes esa tarde).

Y cuando cogió el trozo de pescado de la falda y lo puso encima de la mesa él, mirándola, siempre mirándola, lo recogió y se lo metió en la boca, y ella fue feliz de una manera que nunca había conocido.

El primero –el primer hombre– decía que le dolía la cabeza, ¿podía por favor apagar la luz?, porque era el dolor de ojos lo que le daba dolor de cabeza.

Ya se había recostado en la cama, de la que había apartado las almohadas extras y los animales de peluche, y así había dejado a la vista la superficie plana y despejada de la cama que cuando estaba sola le daba miedo, y por eso amontonaba los muñecos de peluche con los que hablaba rodeada de ellos cuando estaba sola. Era un hombre muy grande el más alto que conocía con el pelo espeso y oscuro y los muslos casi tan gruesos como su cintura de niña. En la universidad jugaba en el equipo de baloncesto y cuando había gente cerca y quería interactuar con ella le peinaba el pelo. Un peinado de estrella de cine, decía, y le apartaba el pelo largo de los hombros, y de la espalda, y se lo recogía en una cola de caballo que era más o menos igual que la que le hacía su madre solo que en sus manos no parecía el mismo peinado para nada sino realmente el peinado de una famosa, que es mejor que el peinado de una persona normal.

Ya sabes (el estereotipo, como acostumbra a pasar con estas cosas): además de ser un amigo de la familia, el canguro.

La humedad, creyó, la vergüenza innombrable de un adulto que se había meado encima.

Sobre todo, solo una sensación de incongruencia. La sensación de que algo que escapaba a su comprensión y que era raro e incómodo pero complacía al hombre que era su admirador había ocurrido y que en realidad estaba contenta de estar con él porque a él parecía gustarle estar solo con ella más que a nadie que hubiese conocido hasta ese momento.

–¿Has hecho esto antes? –le dice el hombre en la habitación del hotel. Antes de que pueda responder, leyendo la respuesta en su cara, añade–: ¿Cuántas veces?

Dudando de si el número le parecerá demasiado alto (y que esto parezca menos significativo) o demasiado bajo (y la haga parecer inexperta), responde:

–Esta es la primera vez que lo hago en una habitación de hotel así.

–Espero que sea la última –responde él–. No deberías haber venido conmigo aquí sola.

Su rostro preocupado y curioso es algo así como paternal.

La observa como si no confiara en ella, como si pudiera traerse entre manos algo más que un dibujo, pero no logra averiguar qué es.

–¿Vas a dejar que te dibuje, o solo me has invitado para regañarme por no tenerte miedo?

En el sofá, cruza las piernas del otro lado y abre el cuaderno de esbozos por una página en blanco. Del bolsillo del bolso en el que guarda los utensilios de dibujo saca una barra de grafito especial que su marido encargó en una web francesa y le regaló la mañana de Navidad.

Se le pasa por la cabeza que su marido se enfadaría y alarmaría si supiese que ella está ahí, pero el pensamiento tiene solo una importancia relativa, como una escena de película que apela a las emociones pero no tiene nada que ver con la vida real.

–Pero es *verdad* que me tienes miedo –responde él con incredulidad.

Ella ha empezado a dibujar. No dice nada.

¿*Es verdad?*, se pregunta. Y, mientras escudriña su cara escudriñando la suya, ¿*cómo me verá él?* Lleva uno de sus mejores conjuntos (botas altas de piel con hebillas plateadas, una falda de lana, un jersey blanco de cachemira,

ceñido y con el escote en uve, y debajo un sujetador push-up blanco con encajes). Se ha puesto maquillaje.

Con el grafito esboza a grandes trazos las dimensiones de su cara.

–¿Me has seguido hasta el restaurante?

–¿Querrías que te hubiese seguido?

Eso suena más insinuante de lo que era su intención, como ha ocurrido en otras ocasiones a lo largo de los últimos años; con el jefe de su marido, por ejemplo, en una de las mesas de un bufet navideño, poco después de que el hombre se frotara «accidentalmente» contra ella y enfureciera a su marido, que no pudo descargar su rabia hasta que estuvieron fuera del alcance de los oídos del resto de los empleados, en el coche. *¿Te lo quieres follar?*, le soltó, con los ojos cargados de odio, atento a cualquier reacción por su parte que pudiera servirle de confirmación. Ella lo ignoró, se quedó callada, quieta. Mientras conducía de vuelta a casa le enumeró entre dientes todas las cosas que ella quería hacer con su jefe según él, cosas por las que si le pedía explicaciones después él negaba haber dicho. Esto había ocurrido antes, lo de que dijese cosas que luego negaba. La volvía loca. Una hora después, en casa, la furia se tornó en lujuria (una lujuria que, en su opinión, tenía tanto que ver con su jefe como con ella) y después su marido pareció amarla de nuevo; solo había sido una mala noche.

–No –le dice al hombre que está dibujando, antes de que él pueda responder a la pregunta que le ha dado en respuesta, por si intenta flirtear a su vez con ella–. No, no te he seguido. Te he reconocido en el bar y me he dicho: *Esta es la segunda vez que lo veo, así que no me queda otra que dibujarlo*. Se me había quedado tu cara. Tienes ese tipo de cara.

Todo esto desprovisto de coqueteo. Con tono objetivo. Categórico.

Él parece aceptar la respuesta.

Las fantasías de lo que podrían hacer en lugar de eso –de él alargando la mano para ponerla en su rodilla, de él levantándose en mitad del esbozo para apartar el cuaderno y besarla en los labios– cruzan de cuando en cuando por su mente como en una pantalla de cine en la periferia de su visión, una película que no está viendo pero que no tiene el poder de apagar. A veces no sabe que los hombres son guapos hasta más tarde, examinando los esbozos que, aunque no halagadores, muestran fielmente la estructura del rostro, los ojos.

–Quiero verlo –dice al terminar.



Y es este momento el que espera y teme al mismo tiempo; no podía *no* enseñárselo.

Ver el cuaderno en sus manos la pone nerviosa porque lo imagina arrancando las páginas, rompiéndolas en pedazos, aun cuando esto no ha ocurrido nunca con un cuaderno que le haya enseñado a nadie.

Él la mira como si la viera ahora por primera vez. Vuelve al esbozo. Sus dedos se elevan hasta la sien, merodeándola sin acabar de tocarla, y luego se cierran y presionan un instante su boca. Levanta la vista de nuevo hacia ella.

–No sé si tengo que sentirme halagado u ofendido.

*Ambas cosas*, piensa ella. Pero no dice nada. Espera.

–Déjame invitarte a cenar.

–Acabas de cenar.

–Lo sé –dice él, aturullado, sonriendo–. Me refiero...

–Estoy casada –responde ella.

Pero para entonces ya había cambiado de idea. Estábamos muy borrachos.

O yo lo estaba, al menos (la cerveza antes de la cena y la botella de vino durante, y en las oficinas de la galería, el coñac que le había regalado un coleccionista y que seguí bebiendo pese a que tenía la sensación de que era imposible que me entrase nada más porque mi voz me sonaba mejor estando bebida), y había empezado a irse la luz, y la luz que desprendía él se estaba apagando también; y cuando me preguntó si quería fumar esa hierba con la que se le despertaba la pasión, le dije que de acuerdo, ya no importaba que yo estuviese casada, porque nada parecía importar ahí arriba sobre la ciudad oscura; y entonces se apagaron también todas las luces de la oficina, y seguimos viendo gracias a los pilotos de seguridad que había en el exterior de las ventanas de las habitaciones del edificio de enfrente, y a las farolas de la calle, y a la fachada de la oficina que era casi toda cristal; y nos fuimos hacia el otro lado, a la zona más oscura que quedaba a nuestras espaldas, al espacio de su despacho personal, donde me había contado la historia de la mujer de la biblioteca que lo había decepcionado con su insipidez y su falta de inteligencia; y por suerte allí había otro gran ventanal por el que entraba una luz tenue que evitaba que el despacho estuviese por completo a oscuras, y en esa tenue luz quedé embelesada por la visión de los dedos de sus largas y gráciles manos desabrochándose hábilmente la camisa.

Ah, espera, he olvidado decir que nos fumamos la hierba. Ya había liado el

porro, nos lo habíamos ido pasando el uno al otro y a esas alturas ya íbamos fumados.

La primera vez desde el instituto.

Tosí. Me debatí por un momento. (¿Cómo de fea me ponía cuando tosía? Al menos estaba a oscuras.) Pero luego funcionó: iba colocada.

Seguimos hablando. No de cosas importantes. Solo por hacer algo mientras reúne el coraje de besarme, y entonces...

*Te deseo. Nena, te deseo. Te deseo tanto...*

Un beso firme, profundo; ningún rodeo antes de meter con fuerza la lengua.

Esto se alarga un minuto y entonces se aparta bruscamente diciendo que necesita liar otro porro.

–Creo que el disco está sonando de nuevo.

–¿Sí? Creo que a lo mejor eres tú.

–Me sorprende que tengas eso aquí –sigo diciendo, para evitar el silencio.

–Ah, no es para tanto –responde con la misma despreocupación. Es más como si el beso hubiese interrumpido nuestra conversación y no al revés. Se inclina encorvado sobre el escritorio, pero está demasiado oscuro para ver la expresión de su cara–. Llamamos y alguien lo trae. –Pero después, tras el dato, el apéndice, con tono más incisivo y envalentonado–: Me gusta correr riesgos. No creo que uno esté haciendo realmente su trabajo si no se arriesga constantemente a perderlo –dijo, y comprendí que ya no estaba hablando de la marihuana.

Mientras lía el porro, mirando sus manos, empiezo a desnudarme.

Se da la vuelta.

*Oh.*

Mirándome, enciende el porro, inhala.

Me lo pasa; después de que yo le dé una calada, él hace lo mismo; y luego, después de que yo dé la segunda, él se arrodilla hasta quedar a mi altura en el sofá y de nuevo aprieta su boca contra la mía, hunde con ansia la lengua.

–Tú también –le digo, con los dedos en los botones de su camisa–. Quítate la ropa.

–Todavía no –susurra, y me aparta las manos.

Y de pronto estamos de pie, él inclinado sobre mí para darme otro beso, todavía más contundente, al tiempo que me mete la mano en mi...

Fuerte

Fuerte

Fuerte

*Los dedos no forman un puño propiamente sino que se colocan rectos y lo más juntos posible, como un pico, formando lo que se conoce también como el «pato silencioso».*

Enérgico, resuelto, con un tirón también cada vez.

*(Advertencia: puede provocar la laceración o la perforación de la vagina, dando lugar a heridas de gravedad e incluso la muerte; por otra parte, las actividades sexuales que provocan la entrada de aire en la vagina pueden desembocar en una embolia gaseosa fatal.)*

Pero en este momento aún no sé ni cómo se llama, no lo sabré hasta que lea al respecto más adelante. Me dejo hacer mientras tomo conciencia de que no sé quién es más allá de un desconocido con el que estoy atrapada en un edificio de oficinas en una ciudad extraña.

¿Dónde he dejado el bolso al llegar? No lo recuerdo. ¿Y cómo eran los sistemas de cierre de las puertas, cómo de rápido podría salir?

Pero ¿no se enfadará conmigo?

¿Qué pasará después?

*Tenlo contento y estarás más a salvo que si no*, me dice en mi interior una voz que sin embargo no es la mía.

Me lleva hacia fuera del despacho.

Parecemos pequeños en el espacio enorme de la planta principal el techo es alto alto y yo me hago más pequeña bajo él más besos más estacazos dentro de mí su cara mirándome con lascivia es...

Feo. La piel demasiado tensada en torno a esa cara mareada, ida, ebria.

—¿Así es demasiado fuerte? —se inclina a susurrarme al oído mientras me clava la mano.

Las palabras son más que palabras: un desafío.

Mi única respuesta es sostenerle la mirada en la penumbra.

—Ponte a cuatro patas.

Silencio, nada más que el sonido de su respiración en la oscuridad. Él la tiene abrazada. Están tumbados de lado con sus cuerpos en cuchara, tapados con una sábana que al parecer él recordó con antelación tener a mano (¿la cogería cuando volvieron al apartamento?). Ella tiene frío, está tan en shock como aliviada porque él parece tranquilo y aplacado, apagado, y aunque la

luz del sol no ha tocado aún el ventanal, sabe que no puede faltar mucho, ¿verdad?, hasta que llegue.

La sensación de que con el sol estará a salvo y por fin escapará de él.

¿Está dormida?, quiere saber él. No tiene ni idea de que ella se ha convertido en una media persona. Parece dar por hecho que es la misma que conoce (y no conoce) de antes.

¿Se puede masturbar encima de ella? ¿Le parece bien?

Vale.

Y entonces ella ve que lo que pensaba que tal vez podría ser una distorsión de su propia conciencia perjudicada es real: le pasa algo en la pierna, en la piel de la pierna. Tiene decoloraciones y una textura que parece demasiado rugosa en un sentido y demasiado lisa en otro. Le recorre todo el largo de una pierna, hasta la ingle, y también se le ve en una parte del muslo de la otra. Y hay algo en su pene erecto que también parece antinatural. Algo distinto. Su grosor no parece hinchado de sangre a la manera que ella conoce; hay algo denso; la erección es más rígida de lo que debería. Las zonas lisas de la piel de la pierna tienen un brillo de plástico. *Quemaduras*, comprende ella.

Por una amplia ventana panorámica ve la fachada del edificio de enfrente bajo un manto nocturno. Las lámparas de un salón se han pasado toda la noche encendidas, pero no ha entrado nadie, y aunque hubiese entrado, está tan lejos que de haber mirado en esta dirección seguramente no habrían reparado en la pareja que había allí arriba. Tal vez habrían visto de pasada su espalda desnuda, larga y pálida, mientras se masturba de pie sobre ella, su semen brillando en esa media luz.

Tras lo que parece apenas un momento está de nuevo erecto, deseándola, quiere que se la meta en la boca.

Ve en la penumbra que su piel es más gruesa y opaca que la de su marido; ni rastro de venas. No siente nada haciéndolo. Él no parece desalentado por ello, sino que más bien parece excitarle esa cualidad suya como de animal aturdido.

Cree que debería tragárselo pero tiene la sensación de que se atragantará; escupe; se disculpa por miedo a ofenderlo.

Él quiere lamerle entre las piernas. Se queda ahí tumbada notando los trajines de su lengua, la sensación como siempre parecida al sonido de alguien dando golpecitos desde el otro lado de un cristal. Más pronunciadas

que cualquier atisbo de excitación son las rascadas esporádicas de los pelos de su barba.

¿Por qué no se corre? ¿Qué hace falta?, quiere saber él. Está molesto.

Ella le dice que no puede.

*Oh.* Su lástima. Decepción. *No pasa nada. Alguna gente es así.*

Quietud. Se quedan largo rato tumbados a oscuras. ¿Está dormido?

Pero entonces:

–Eres hermosa. Eres muy hermosa. Lo sabes, ¿verdad? La gente te trata distinto. Mi hermana era hermosa. No te tratan igual.

La maravilla que hay en su voz atenúa la envidia: ella lo encuentra reafirmante, reconfortante, puede que porque está rozando la reverencia, y eso trae consigo un indicio de promesa. *Ya estoy a salvo,* piensa. *Salvada.* La reverencia se transmite a su mano, los dedos se desplazan suavemente del hueco que hay entre sus pechos al ombligo, y uno de ellos traza la curva de este. El roce es tan suave que a veces parece que no llegue a tocarla. Y luego, por algún motivo, los dedos suben hasta el cuello, hasta el lóbulo de la oreja. Asombro. Nota el asombro en la caricia. Irradiando.

Hundido en su pelo le susurra todo lo que le pasa por la cabeza. Su familia era pobre, pero él fue a un colegio privado de élite que pagaba su abuelo. Vivían en la zona mala de la ciudad. Años atrás amó a una mujer con la que creyó que se casaría pero no funcionó. Él se largó. Intentó recuperarla pero ella se rió ante la idea. Le gustó otra mujer pero esa mujer escogió a su mejor amigo. Era capaz de hacer reír a su hermana, pero nunca fue algo fácil. Ella le decía: «El cuarenta por ciento de tus chistes son graciosos, pero el otro sesenta son malísimos.» Cuando se puso enferma, él cogió la costumbre de pensar antes de acostarse con qué la haría reír a la mañana siguiente. «El desafío era cada vez más y más grande», explicó. «Se esforzaba en no reírse a no ser que fuese realmente divertido. Quería ayudarme a mejorar, decía. Era el servicio que me iba a proporcionar por cuidar de ella como la cuidaba. A ella le parecían graciosas las cosas más extrañas. Todas las mañanas le llevaba té y gachas, y un día le pagué a un alumno para que se vistiera como yo y le llevara el desayuno. Era un alumno que todo el mundo decía que se parecía a mí. La gente en la escuela preguntaba si éramos familia. Ella no lo vio entrar. Se despertó y se encontró delante a un hombre que se parecía a mí, vestido como yo, con su desayuno. Empezó a llorar. Yo había pensado que le

haría gracia, pero cuando aparecí y por fin lo comprendió se puso furiosa. “Creía que me estaba volviendo loca, imbécil. ¿A ti qué te parecería que te estuvieses muriendo de cáncer y alguien jugase así contigo?” Horas después se estaba riendo, sin embargo. Se estuvo riendo a ratos durante días.»

Está llorando.

–No, no estoy llorando –dice–. Son las lentillas. –Se enjuga las lágrimas con un dedo. Y luego–: Tus ojos me recuerdan los del perro que quería de pequeño. –Un husky alasqueño. Parece creer que ella debería tomarlo como un cumplido.

Siente haberse enfadado con ella por llegar tarde a la galería. Pensaba que no vendría. Una vez estuvo dos horas esperando a su madre en un parque a pleno sol en el mes de julio. Cuando se fue, el sudor le caía a chorros por la cara. Su madre no llamó para explicarse. Tiempo después descubrió que a su madre se le había olvidado que tenía una cita con él.

–Eso es porque había decidido que no quería verme –explicó–. Como no quería, se olvidó.

Le dice que antes él también pintaba pero que no se le daba nada bien, y que lo de mezclar colores le ponía nervioso.

–Cada vez que mezclaba un color que me gustaba tenía miedo de no volver a conseguirlo nunca más –dice–. ¿A ti te preocupa no ser capaz de conseguir otra vez el mismo color?

–No –responde ella.

Le parece algo ridículo. Aunque a veces es complicado, desde luego no es tan difícil conseguir el color correcto; y desde luego no da como para desarrollar un miedo a la pérdida. Ha ido volviendo un poco a ser ella misma mientras él la abraza y sigue divagando. Su sentimiento de desconcierto hacia él –hacia la manera en que funciona su mente, hacia él como hombre concreto y no como un hombre cualquiera, hacia alguien que está dejando de ser un desconocido– es lo bastante extraño como para inducirla por medio de una creciente curiosidad a un estado más complejo de conciencia.

–Hubo un incendio en casa –le dice–. Nuestro salón ardió. Fue como en uno de esos estúpidos anuncios de salud pública que solían echar: mi madre se quedó dormida con el cigarrillo en la mano. Se siente tan culpable que no le gusta tenerme cerca.

–Ponte encima –dijo él, y yo lo hice, igual que habría hecho seguramente

cualquier cosa que me pidiera, igual que había hecho ya, salvo por lo de correrme antes como él quería.

*Ya casi ha terminado y no volverá a ocurrir*, pensé, dejando la mirada perdida en la pared gris de enfrente mientras encontraba el ritmo.

*Puedo volver a casa con mi marido y encontrar la manera de arreglar lo que sea que me pasa en la cabeza y que me ha metido en esta estrambótica situación.*

–Mírame a los ojos –dijo, intentando apartar mi mirada de la pared–. Mírame –dijo de nuevo cuando yo me resistí. Yo no había mirado nunca a mi marido a los ojos cuando estábamos en la cama.

El sol estaba saliendo, la luz entró a raudales por las ventanas.

Hice lo que me decía.

–Ahora bésame.

»A los ojos.

»Bésame.

»A los ojos.

»Bésame.

»A los ojos.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Estaba sucediendo algo que no lograba comprender; algo se agitaba en mis brazos y en mis piernas.

Él se estremeció.

Puso los ojos en blanco al correrse.

Me abrazó. Me quedé quieta, no porque siguiese alterada o enfadada, sino porque ya no quería escapar. Sus piernas, con la piel fresca y sin vello, presionaban contra las mías. Su brazo rodeó mi cintura; su mano buscó la mía, entrelazamos los dedos. En el aeropuerto, sentía su olor por todo mi cuerpo, como las miradas animales de hombres desconocidos que percibían lo que había pasado. Me pasé horas aspirando nuestro olor apretando la nariz contra el brazo cuando no me miraba nadie: una droga con la que adormecer el dolor de los moratones que iban asomando entre mis piernas.

Pasaron seis meses hasta que él le puso fin, cuando un día, comiendo uno enfrente del otro, vio en mi cara mirando la suya que yo estaba enamorada de él.

–¿Te has dormido?

Él quería que yo lo hiciese mío aquella mañana. Lo noté en su voz.

–¿Por qué estás tan callada? ¿Estás bien?

En mis sueños sigue llamándome.

–Eh. ¿Estás despierta? ¿Sigues ahí?

*Por favor no me dejes.*

Aquella mañana fue como si algo monstruoso y terrible –algo que hasta entonces se cernía sobre nosotros– se hubiese evitado.

–Estoy aquí.

Ahora ya no hay adónde ir. El cuarto se llena de luz.



## AGRADECIMIENTOS

Gracias:

A mis padres, Martin y Lavada, y a Jason, Terra y Jonas, por su cariño y apoyo durante la escritura de este libro.

A Chad Lawson, por creer en mí en los tiempos en que yo no creía demasiado en mí misma.

A todos aquellos cuya compañía me dio fuerzas en diversos momentos a lo largo de la escritura de este libro: Suzanne Bodson, Wensi Chin, Elizabeth Mira, Nick Bazin, Joanna Stein, Amanda Stewart, Laura Dyar, Jillian Weise, Leighton Gleicher y Joe Feczko, Stephanie Snyder Benouis, Travis Scott, Jessica Alexander, Seth Rouser, Emilia Autenzio y Dani Frid Rossi, y un agradecimiento especial para Sarah Gray por su presencia continuada, considerada y cariñosa durante estos años.

A los maestros, profesores y mentores que me hicieron mejorar y/o me dieron aliento en el momento justo: Scott Ely, Marjorie Sandor, Ann Pancake, David Huddle, Stan y Judith Kitchen, Adrienne Harun, Tom Barbash, Kevin Clark, Justin Cronin, el doctor John Bird, el doctor Steve Choate, Sherry Organ, Beverly Austin, Juanita Marrett, Bill Evans, Eva Esum, Betty Fleming, Jeff y Cindy Payne, Emma Chandler y Brian Delaney.

A Carl Lancaster, por su amabilidad, sabiduría, humildad, fe, generosidad, optimismo y presencia constantes.

A todos los que rezaron por mí cuando mi vida no iba tan bien.

A los que leyeron partes de este manuscrito y en momentos decisivos me honraron con sus críticas constructivas, ánimos y sugerencias: Marjorie Sandor, Cameron Cottrell Walker, Ann Pancake, Chad Lawson, Donald Antrim, David Huddle, Rebecca Nagel, Sarah Gray, Amanda Stewart, Amie Barrodale, Adrienne Harun, Jamie Quatro, Karen Green, Scott McClanahan, Jillian Weise, James Yeh, C. Michael Curtis, Rivka Galchen, David Gordon, Blake Butler, Seth Rouser, Jonathan Franzen, Emily Cooke y Louisa Thomas.

A los editores de publicaciones y de revistas literarias que han apoyado y publicado mis relatos: Darren Pine; Garrett Doherty, Anthony Varallo y

*Crazyhorse*; David Daley y *Five Chapters*; Amie Barrodale, Clancy Martin, Ryan Grim y *VICE*; Jamie Quatro, Roger Hodge, Eliza Borne y *Oxford American*; Laura Cogan, Oscar Villalon y *ZYZZYVA*; y un agradecimiento especial a Lorin Stein y a *The Paris Review* por la extraordinaria promoción y respaldo que han prestado a mi trabajo.

Al consejo editorial de *The Paris Review* por honrarme con el Premio Plimpton de Ficción y por su generoso respaldo.

Al Centro Yaddo, por el tiempo, el espacio y la comunidad, y a la Fundación Whiting, que junto con Yadoo me prestó una ayuda económica muy necesaria.

A los profesores y alumnos del taller de escritura Rainier en los años 2004-2008.

A Mitzi Angel, antigua editora de Farrar, Straus and Giroux, por su fe, su paciencia, su amor por mi trabajo y por concederme el honor de su atención; a Emily Bell, de FSG, por cogerlo tan afectuosamente donde Mitzi lo dejó y por convertirse en las manos más maravillosas en las que podría haber caído mi libro; gracias tanto a Mitzi como a Emily por su agudeza y su talento editorial; y a Maya Binyam, Brian Gittis y todo el equipo de FSG por su apoyo.

A Michal Shavit, antigua editora de *Granta*, por querer este manuscrito, y a Laura Barber, de *Granta*, por entender mi trabajo y entusiasmarse con él y con este libro.

A Andrew Wylie y a la Wylie Agency por su excelencia; a Tracy Bohan, de la Wylie Agency, por enrolarme, por creer en mi trabajo y por su generosidad; a Rebecca Nagel, de la Wylie Agency, por su presencia compasiva y reconfortante, por su capacidad de entender y penetrar en mi escritura, y a Cecilia Kokoris por su apoyo.

A Amie Barrodale, por echarme una mano cuando no veía la salida.

Y a Donald Antrim, por su amor y su espíritu y por querer lo mejor para mí.

*Título de la edición original:*  
Virgin and Other Stories

Edición en formato digital: marzo de 2018

© de la traducción, Inga Pellisa, 2018

© April Ayers Lawson , 2016

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3922-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

APRIL AYERS LAWSON

---

*Virgen  
y otros relatos*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas